
Godofredo Daireaux

Fábulas Argentinas

(«El hombre dijo a la oveja...»)

Godofredo Dalreaux, autor del original y curioso libro que va a leerse, puede, en cuanto escritor, ser reivindicado por los argentinos como compatriota.

En efecto, nacido en París en 1849, antes de los veinte años desembarcaba en Buenos Aires, para asociarse a la vida de este pueblo nuevo, y seguir -cooperando directa o indirectamente en él-, su desarrollo material e intelectual.

Su espíritu y su carácter le permitieron amoldarse muy pronto a su segundo centro de actividad, y se connaturalizó con nosotros hasta ese punto avanzado que, si excluye la tibieza, no elimina el sentido crítico: el cariño razonado y fecundo, no la pasión ciega.

Daireaux no venía a Buenos Aires a escribir, en realidad de literato de importación: buscaba campo en que ejercitar sus fuerzas de luchador, y creía hallarlo amplio y proficuo en estas tierras cuasi vírgenes, recién visitadas por la civilización. Pero ya había en él -porque esto no se hace artificialmente- un artista pronto a la emoción de las cosas exteriores y de los sentimientos internos, y dispuesto a recoger, quizá instintivamente, los ricos materiales que se le brindaban al paso y que más tarde había de modelar con tanta maestría. Y su talento de observador sagaz, su vista clara y penetrante, su criterio agudo y bondadoso, su filosofía -mezcla positivista de optimismo y pesimismo-, se pusieron a la obra desde el primer momento.

Y esa connaturalización íntima -se ve en cada página que escribe, el amor de Daireaux a esta su segunda patria- es lo que permite reivindicarlo como escritor argentino.

Desde los primeros momentos el campo lo atrajo como la gran usina en que se elaboraba el porvenir material de este país, como la fuente de riqueza que nos permitiría más tarde dar libre vuelo a nuestras ambiciones intelectuales, y también como un centro de «objetivación» original, peculiarísimo, lleno de la poesía de los hombres primitivos e ingenuos, y de la que rebosa de los espectáculos de una naturaleza grande y melancólica, primitiva e ingenua también.

Poco tiempo después de su llegada, en 1872, la pampa comenzó a verlo cruzar frecuentemente a caballo, fraternizar con sus hijos, interesarse por sus peculiaridades. El rancho, los cañadones, las colinas, las sabanas tendidas hasta el confín del horizonte sin una inflexión, la fogata del campamento improvisado, en que la llama barniza la cara atezada del gaucho y enreda sus luces en las barbas negras y pobladas, los bañados llenos de un hervidero de vida invisible, las fantásticas puestas de sol, todo, todo fue revelándole sus misterios y familiarizándose con él. Parecía como que hombres y cosas, en ese estado ingenuo y sin preocupaciones, con el instinto infantil, adivinaban al amigo, preveían al cantor de sus bellezas y bondades.

Y en esa frecuentación, Daireaux desarrolló en sí mismo dos entidades: la del hombre práctico que ha podido realizar obras tan útiles como *La Cría del Ganado* y el *Manual del Agricultor Argentino* -verdaderos libros de texto para nuestros estancieros y agricultores-, y la

del artista enamorado del elemento plástico y peculiarísimo que le proporciona nuestro país - suyo también ahora-, y capaz de modelarlo de sintetizar su belleza, de poner en pleno relieve su originalidad.

Por esto, no es un francés que pinta lo que ha visto en tierras extrañas; es un compatriota que, educado lejos del país, ha podido hacer comparaciones y ver mejor sus cualidades, sus defectos, su hermosura y su fealdad, su originalidad en fin.

Como tiene a su disposición un estilo claro, pintoresco, espiritual; como en sus páginas vaga una sonrisa de crítica benévola; como sus descripciones de la naturaleza son vivas, exactas y sugerentes; como hombres y animales brotan con todo su carácter de su pluma - sus libros criollos lo colocan en primera fila entre los escasos cultivadores del género.

Nunca pinta de *chic*, al capricho de la imaginación, sino del natural y perfectamente documentado.

En sus *Tipos criollos*, frondosa colección de ciento cincuenta cuadritos animados y paisajes llenos de luz, de color y de verdad, hay páginas de admirable limpidez en que parecen palpase las cosas, tocarse los hombres, aspirarse el ambiente pampeano.

Y nada de fotografía. Nada de amontonamiento de inútiles detalles, en que todos los planos tienen igual valor. No, sino la síntesis artística, que encanta por su sencillez, y en que lo superfluo se desvanece en las penumbras o se pierde en la sombra. La inspiración de la facilidad aparente que hace decir a menudo:

-¡Eso yo también lo escribiría!

Y una frescura, un sabor, un entusiasmo entre líneas, que hace creer que el autor es un joven de veinticinco años, no un hombre maduro, desencantado por la experiencia, ocupado en frías y graves tareas. Pero, quién sabe si Daireaux no conserva y no conservará por mucho tiempo todavía, la inmarcesible juventud del alma que suele ser dote de los verdaderos artistas.

Es de los pocos escritores nuestros que, habiéndose inspirado en la observación directa, habiendo vivido lo que escriben, no sólo hacen obra fundamental y duradera, sino que vencen también a las imaginaciones mas arrebatadas, pues éstas suelen pasar desdeñándolo, ante lo peculiar de hoy, que consideran trivial, sin advertir que eso mismo puede ser lo original e interesante de mañana, sobre todo en países que, como el nuestro, se hallan en un período de violenta transición.

Saber mirar, apreciar, aquilatar lo que está diariamente en contacto nuestro, vaticinar sus proyecciones, su valor documental futuro, es ser poeta, es ser artista. La página que ahora se lee quizá con indiferencia, será mañana una piedra preciosa. Lo que hoy parece vulgar porque todo el mundo lo ve, aunque muy pocos sean capaces de describirlo, sintetizarlo, arrancarle su íntimo secreto, dejará de parecerlo en cuanto el fenómeno cese y desaparezca. El viajero ignorante que va a bordo, suele no advertir la marcha del buque. El marino la siente y la ve.

Fácil hubiera sido a Daireaux calcar, como tantos otros, las literaturas extranjeras, ajustarse a la *moda*, seguir a tal o cual escritor francés, imitar a este o aquel literato español.

No ha caído en error semejante. Sabe bien que la copia o el *pastiche* vale siempre mucho menos que el original, y su espíritu no le permite desdeñar lo cosechado por sus propias

manos. Edifica con lo nuestro, con lo suyo. Construye, por lo tanto, parte del cimiento de lo que será literatura nacional.

No se preocupa ni ocupa siquiera de escuelas o de dogmas. Viste su observación o su idea con el traje que le parece más adecuado. No toma, como se hizo en otro tiempo, asuntos falsamente nacionales, para tratarlos con un amaneramiento más artificial aun. Su pluma esquivaba por instinto los productos híbridos. Fondo y forma brotaron para él de la tierra, como un diamante a veces, como un fruto siempre.

-¿Dónde ha aprendido usted a emplear un lenguaje tan propio de nuestro medio? -le preguntaba un amigo.

-En el campo... con los gauchos -contestó sencillamente.

Cuando *hay algo adentro* ¿qué mejor maestro que la realidad?

Quizá para los académicos a todo trance, el estilo de Godofredo Daireaux se resienta por ese mismo mérito y sin embargo, esa ingenua frescura de lenguaje que pasando por el alma primitiva y la imaginación pintoresca del campesino, viene a servir luego a un escritor de raza, es al propio tiempo documentaria, artística, poética. Más vale escribir con fuego que con hielo; y la gramática suele helar cuanto toca, si no se tiene bastante calórico para contrarrestarla. Escribir según las reglas suele ser como echarse a nadar con la teoría...

Quizá también la lengua materna juegue alguna mala pasada al escritor... *Peccata minuta*: un pliegue descuidado no puede amenguar la belleza de una soberbia estatua.

Y Daireaux quedará cuando muchos académicos se hayan ido para no volver, y sus libros evocarán para los que lleguen más tarde nuestra vida argentina de cuando este país nacía a la civilización, y era original, espontáneo, interesante, sin doblez ni convencionalismo.

Todas las cualidades del autor resaltan en sus páginas. El libro es una hazaña, por otra parte: muchos han intentado, aquí y allá, recoger la pluma de Lafontaine o la de Samaniego; muy pocos han alcanzado una apariencia siquiera de originalidad. Éste es original, y en grado sumo.

¿Qué mejor recomendación puede hacerse después de lo ya dicho?...

ROBERTO J. PAYRO

Al lector

A medida que uno envejece, le entran como loca picazón las ganas de dar consejos. ¿Será que, no pudiendo ya sacar provecho de su tardía experiencia, el hombre la ofrece de regalo a los que todavía la pueden utilizar?

Puede ser.

Pero los consejos, y más todavía las críticas, a que también da la experiencia cierto derecho, tienen que ser envueltos en algo muy dulce para que el paciente consienta en tragárselos, y que del remedio se pueda esperar algún efecto. Y por esto es que, desde tantos siglos, se ha imaginado el apólogo. Con él, ha podido un pobre esclavo, como el gran fabulista frigio Esopo, cantar verdades a su amo sin ser muerto a azotes; con él, ha podido Rabelais, el jovial cura francés, mofarse de los clérigos viciosos de su tiempo, sin acabar en la hoguera; por él, Lafontaine ha popularizado tantas máximas de moral y tantas reglas prácticas de conducta, que sus fábulas han contribuido más al progreso de la humanidad que cien tratados de filosofía.

Estos maestros y muchos otros han dejado tan trillado el campo del apólogo, que poco queda que espigar en él; y por mi parte, no me habría atrevido a hacerlo, si, durante muchos años, no hubiera sorprendido entre los animales que pueblan la Pampa, mil conciliábulos que sería lástima dejar perder, pues no desmerecen sus lecciones de las que nos han venido de allende los mares.

Es de sentir, por cierto, que no hayan tenido por intérprete de sus gestos graciosos y de sus conversaciones instructivas a algún inspirado poeta, capaz de traducirlos en versos lapidarios, pero no pude yo sino tomar fieles apuntes de lo que vi y oí, y reducirlos a simple prosa corriente para los que ignoran el idioma de los bichos pampeanos.

Los hay entre éstos, llenos de picardía, de envidia, de ingratitud, de egoísmo, de orgullo, de avaricia, de ignorancia, de mala fe y de muchas otras cosas feas, cuya enumeración sería mucho más larga que la lista de sus virtudes; y no hay duda que el hombre es muchísimo mejor que esos seres inferiores. Pero podría suceder ¿no es cierto? por una gran casualidad, que también se encontrasen hombres que no fueran modelos de lealtad, de desprendimiento, de gratitud, de modestia, de generosidad, de buena fe, y para enseñarles a corregirse, el apólogo es y siempre será de gran resultado; por lo menos podrá servir de desahogo al que sienta la imperiosa necesidad de reprender sin herir, y si por sus alusiones y sus indirectas, las fábulas hacen cosquillas al que las oiga... ¡que en silencio se rasque!

Bien raras veces, por lo demás, se da uno por aludido: cuando, en un círculo de muchachos, algún travieso ha pegado con alfiler colas de papel a dos de sus compañeros, todos, por supuesto, se ríen, pero, más que los otros, siempre los dos que llevan la cola.

La fábula no hace personalidades; y su gran poder, justamente, consiste en que a nadie choca, ya que siempre puede cualquiera desconocer en ese espejo las arrugas de la propia cara y aplicar a otro la semejanza; pero no por esto deja de ser siempre más eficaz la sonrisa indulgentemente burlona del fabulista que la voz severa y los ojos redondos del pedante.

También te diré, lector, el porqué del título.

Estábamos un día en un corral de ovejas arreando despacio los animales al chiquero, y nos hablaba un compañero de un sujeto a quien habían explotado muy feo los mismos que, bajo forma de habilitación, parecían ayudarle, cuando lo interrumpí diciendo: «¡claro! pues: el hombre dijo a la oveja...»

Y un gaucho, un peón, que caminaba algunos pasos delante de nosotros, al momento dio vuelta la cabeza y alargó el pescuezo, prestando con interés el oído en espera del resto. No seguí ese día, porque no había tiempo, pero la mirada hambrienta de cuentos de ese hombre había bastado para que me decidiera a juntar todos los que andaban sueltos en el cajón de mi mesa y también en mi cabeza, haciendo de ellos el modesto lío que aquí te ofrezco.

Y si también las llamé *Fábulas argentinas*, es que, aunque lo mismo pueden ser de aplicación en cualquier otro país, me han sido inspiradas, casi todas, por acontecimientos y personajes argentinos, o por sucesos e incidentes acaecidos aquí, entre gente radicada en esta tierra; y que sus actores son, con muy pocas excepciones, animales pertenecientes a la fauna argentina.

G. D.

El hombre y la oveja

El hombre dijo a la oveja: -¡Te voy a proteger!

Y a la oveja le gustó.

-Apenas -dijo el hombre- tienes en las espaldas, para resistir al frío, algunas hebras de gruesa lana. Vives en rocas ásperas, donde tienes que brincar a cada paso, con riesgo de tu vida, para buscar el escaso alimento, el pobre pasto que allí crece. Los leones no te dejan en paz. Crías hijos flacos con tu poca leche, y da pena ver en semejante miseria a ti y a toda tu familia. Ven conmigo. Te daré rico vellón de lana fina y tupida, perseguiré a tus enemigos, curaré tus enfermedades, tendrás parques seguros y prados abundantes. Verás, tus corderos, ¡qué gordos serán! Ven, pues; te voy a proteger.

Y fue la oveja, balando de gozo.

El hombre, primero, la encerró en un corral. Quiso ella salir; un perro le mordió el hocico.

Le hirieron en la oreja con un cuchillo y la metieron en un baño, frío, de olor muy feo.

Por fin, de compañero, le dieron un carnero que a ella no le gustaba nada.

En vano protestó.

-Es para tu bien -dijo el hombre-: ¿no ves que te estoy protegiendo?

Poco a poco se fue acostumbrando.

Sus formas agrestes cambiaron por completo; sus mechones cerdosos se volvieron lana, y se hinchó de orgullo al ver su hermoso vellón.

Entonces, el hombre la esquiló.

La oveja tuvo magníficos hijos, rebosantes de salud y redondos de gordura.

El hombre se los llevó, sin decirle para donde.

La oveja quiso saltar el corral para seguirlos, y rompió un listón de madera. El hombre, furioso, asestándole un golpe en la cabeza:

-¡Vaya! -dijo-, ¡métase uno a proteger ingratos!

La mariposa y las abejas

De flor en flor iba la mariposa, luciendo sus mil colores más linda que las mismas flores, más divina que un pétalo de rosa.

A cada paso, en sus revoloteos, encontraba a las abejas, atareadas siempre, siempre afanadas. Asimismo, como sabía dejarles el paso, saludándolas afablemente, las abejas le

habían criado cariño, y de cuando en cuando se dignaban algunas de ellas conversar un rato con ella.

Así se enteró la mariposa de cómo las abejas edificaban su colmena, la proveían de todo lo necesario para el invierno, tenían sus depósitos llenos y hasta podían dedicarse a un negocio lucrativo de intercambio de productos con otros insectos.

Se le ofrecieron mucho, poniendo sus casas a su disposición, prometiéndole mil cosas, rogándole que las ocupara, sin cumplimiento.

La mariposa, llena de imaginación, se figuró que con semejante ayuda, podría también ella poner negocio. No había trabajado, hasta entonces, en recoger la miel, sino para su consumo personal; pero, como las abejas, sabía juntarla, y lo mismo que ellas, podría muy bien hacer fortuna.

Sólo le faltaba un poco de cera para empezar y algunos otros materiales para formar la colmena.

Fue a ver a sus amigas las abejas, a pedirles la cera.

Una, desde el umbral de su casa, le contestó que, justamente en este momento, acababa de disponer de la poca que tenía guardada, y que de veras sentía mucho no poderla favorecer.

La segunda entreabrió la puerta, y le dijo que todavía no tenía cera disponible; y la tercera, por la ventana, le gritó que recién al día siguiente la iba a tener.

Otra, con mucha franqueza, le contestó que, realmente, tenía, pero que la iba a necesitar y no se la podía prestar.

Y la mariposa volvió a sus flores, convencida de que de los mismos que se ofrecen, muchos han tenido, muchos tendrán, muchos van a tener, muchísimos tienen y se lo guardan, y que, si los hay, bien pocos deben ser los que tienen y dan.

El tigre y los chimangos

Un tigrecito, joven y de poca experiencia, se había fijado que cuando volvía de la caza, los chimangos se juntaban por centenares alrededor suyo, saludándolo con su simpática gritería, mientras devoraba la presa.

-Nosotros los tigres -pensaba-, como príncipes que somos, pocos amigos leales solemos tener. Adulones no nos faltan, por cierto, que siempre tratan de sacar de nosotros alguna tajada, o miedosos y cobardes, que con tal de alejar de sí nuestra ira, serían capaces de las más bajas vilezas. Pero estos chimanguitos no son ni uno ni otro. Se conoce a la legua que sus gritos son de sincera y pura alegría, de felicitación desinteresada, pues nunca vienen, estando uno de nosotros, a pedir siquiera una lonjita de carne. Tampoco nos pueden tener mucho miedo, pues son tan flacos que no valen un manotón, y bien lo saben ellos, por cierto. ¡Éstos, sí, pues, son verdaderos amigos!

Un día, volvió sin haber podido cazar ninguna presa.

Como siempre, muchos chimangos había alrededor de la guarida paterna; pero calladitos.

-Tristes están los pobres -pensó el tigrecito-, porque ven que vengo sin nada y les da lástima verme pasar hambre. ¡Qué buenos amigos!

Enternecido, contó el hecho a su padre, quejándose sólo de no poder conocerlos a todos uno por uno, para quererlos más.

-¿Quieres saber cuántos son? -le dijo el viejo-. Pues, hazte el muerto, no más, y pronto se van a juntar todos.

Así hizo nuestro tigrecito. Al rato, empezó la gritería, y venían chimangos, y más chimangos; demasiados eran para poderlos contar, ¡y casi lloraba de gusto el tigrecito al verse rodeado de tantos amigos!...

De repente sintió que dos de ellos, creyéndolo muerto de veras, le empezaban a picotear los ojos, y conoció su error.

La gaviota

La gaviota, como lo sabe cualquiera, nunca se queda muy atrás para ganarse la vida. De gañote algo ancho, de apetito insaciable, poco delicada, le mete pico a cualquier bocado, caiga del cielo o sea pura basura.

Con esto, algo doctora: y si deja de comer un rato, no por ello cierra el pico, pues también le sirve para charlar. ¡Dios nos libre de sus gritos cuando habla de política!

A pesar del pelaje, es prima hermana, dicen, del ave *negra*, que llaman, en los pueblos de campaña.

Por allá, busca a los que andan por pleitear; atiza el fuego; los manda a su primo que vive en el pueblito, y éste se las sabe componer de tal modo que todos salen perdiendo, menos él, por supuesto.

Son dos diablos muy vivos, muy útiles en día de elección, y muy amigos del juez.

Un día, se quejaban todos los animalitos que viven en la campaña, de la invasión de la langosta. Los que más habían trabajado eran los más afligidos.

-¡Pensar todo el año -decían-, y no cosechar ni Cristo! Ni un grano va a dejar esta maldita langosta, ni una hebra de pasto. ¡Si el gobierno, siquiera, bajase el impuesto!

-Al contrario -dijo uno-; han votado otro más para matar la langosta.

Y todos se callaron, deplorando su miseria. Sola, la gaviota parecía más bien risueña. Uno le preguntó por qué.

-Amigo -le contestó-, el que sabe vivir, hasta de la langosta vive.

El arroyo y el cañadón

Angosto y transparente, corría el arroyo, con su incesante cuchicheo, sobre su hermoso lecho de piedritas, en mil saltos alegres, entre sus riberas floridas.

Extendido en todo lo ancho de la llanura, reflejando las nubes espesas, mudo, dormía el cañadón perezoso, tapado en partes por su sábana de juncos y duraznillos.

El primero brindaba, con amable generosidad, a las haciendas sedientas el cristal de sus aguas.

-Pocas, pero buenas -les decía, sonriéndose, con su vocesita cantante-; tomen sin cuidado. Son limpias y sanas. No teman que se les acabe; vienen de a poco, pero para todo y para todos alcanzan. No se secan nunca: siempre corren renovadas.

-¿Qué diré yo, entonces -dijo el cañadón-, si este pobre tonto se alaba? Aunque corras y trabajes toda la vida, nunca pasarás de lo que sois, encerrado entre tus barrancas. Enriquecido yo, de todas las aguas que de ti y de tus semejantes puedo detener, no necesito moverme para vivir. ¿Ves estas nubes negras? algo destruirán, pero aumentarán mi caudal. También sé ser generoso a mis horas y no impido que las haciendas prueben mis aguas.

-Rico sois, es cierto, cañadón mío -le contestó el arroyo-, rico de lo que nos quitas, y tienes agua más bien por demás. También les das a los animales sedientos; pero les tapas el pasto bueno. Tus aguas barrosas, sucias y cálidas, no fecundan la tierra y sólo producen gérmenes de muerte para los que, apremiados por urgente necesidad, se atreven a probarlas.

No seas orgulloso por tu extensión; los sapos, los escuerzos y los mosquitos, son los únicos que cantan tu gloria; y si, cansado de tu insolencia, te llega a secar el sol, ¡qué olor, señor!

Mal puede alabar su generosidad el usurero.

La hormiga y la cucaracha

Al pie de una bolsa de arroz se encontraron un día la hormiga y la cucaracha.

La primera, con cuidado, agarró un grano de los que salían por la costura de la bolsa y con gran trabajo lo llevó hasta su cueva. Volvió, tomó otro, y se lo llevó también; y así siguió sin descanso.

La cucaracha subió hasta la misma boca de la bolsa, probó un grano, lo tiró, probó varios, probó muchos, mordiéndolos apenas y tirándolos en seguida. Una vez llena, se durmió entre el mismo arroz y lo ensució todo.

Al bajar, horas después, volvió a ver a la hormiga que seguía trabajando, llevando sin descanso los granitos a la cueva.

Se burló de ella, la trató de avarienta y se fue a pasear sin rumbo por los techos del granero. La hormiga se fue para su casa, a comer y dormir.

Días después, la cucaracha, en una hora de hambre, se acordó de la bendita bolsa de arroz y corrió a donde había estado parada, pero la habían quitado de aquel sitio, justamente por haberla ella ensuciado tanto.

-No importa -dijo-, la hormiga tiene.

Y fue en su busca.

La hormiga la recibió muy bien, y consintió, sin mayor dificultad, en prestarle cien granos de arroz, pero con la condición que le devolviese ciento diez al mes.

Agradecida, la cucaracha se comió los granos sin contar, y cuando no tuvo más, fue a visitar otra vez a la hormiga.

Pero no consiguió nada hasta no haber cumplido con su anterior compromiso. ¡Y qué trabajo le costó! Habían escondido la bolsa de arroz en un rincón oscuro, lejos de la cueva de la hormiga, y tuvo que hacer viajes y viajes.

La hormiga almacenaba los granos a medida que venían llegando. Puso aparte ocho de los diez que le correspondían por rédito, y como la cucaracha le preguntase por qué hacía así, le contestó:

-Estos ocho los comeré yo; los otros dos quedan de reserva; y son ellos los que me permiten trabajar para mí sola, y también hacer trabajar a los demás para mí.

Con la economía se conserva la independencia propia y hasta se compra la ajena.

El perro fiel

Un perro llevaba en una canasta, para la casa de su amo, un buen pedazo de carne.

Por el camino encontró a su pariente el cimarrón, quien entabló con él conversación amistosa. No comía todos los días el pobre, y de buena gana hubiera mascado un poco de lo que llevaba el perro. Hacía mil indirectas; ofrecía sus servicios para cualquiera oportunidad; proponía ciertos *cambiazos* muy ventajosos, según él, enumerando con énfasis las varias reses que decía tener guardadas.

-Dame la canasta -decía al perro-; te la voy a llevar hasta casa, y allí verás cosa buena. Podrás elegir a tu gusto la presa que más te parezca debe ser del agrado de tu amo, a quien tanto deseo conocer, y así se la ofreces de mi parte.

El perro, sin desprender los dientes, medio le contestó que no tenía tiempo, que dispensara, y para evitar compromisos, se apretó el gorro.

Algo más lejos, dio con un puma flaco, hecho feroz por el hambre.

El perro, en otra ocasión hubiera disparado; pero el deber lo hizo valiente. Puso en el suelo la canasta, enseñó los colmillos y esperó el ataque. El puma se abalanzó más a la

canasta que al enemigo, pero antes que la pudiera agarrar, el perro lo cazó de la garganta y lo sacudió de tal modo que se volvió el otro para los montes, sin pedir el vuelto.

Trotando, seguía el perro con la canasta, cuando se vio rodeado, sin saber cómo, por cuatro zorros. Se paró; se pararon ellos. Volvió a caminar; se volvieron a mover: pero como se le venían acercando mucho, y que si soltaba la canasta un solo rato, para castigar a alguno de ellos, los otros aprovecharían la bolada, optó por quedarse al pie de un árbol, y esperar con paciencia que le vinieran a ayudar. Pasaban las horas; los zorros no se atrevían a atacarlo, pero, pacientes, espiaban un descuido del fiel guardián. Ni pestañeó siquiera, y cuando lo atormentó el hambre, no se quiso acordar de lo que llevaba, pues era ajeno.

Al fin, vino el amo, inquieto, buscándolo. Dispararon los zorros; el perro fue acariciado como bueno.

Pues había sabido tener, para conservar, más astucia que el astuto para adquirir, más fuerza que el fuerte, más paciencia que el paciente.

*

De otro perro cuentan que, también llevando carne, se vio de repente atacado por uno mayor que él y más fuerte. Puso en el suelo la carne, y sin vacilar, peleó, como guapo y fiel que era; pero se juntaron otros perros y entre todos, ya lo iban a obligar a ceder y a robarle lo que llevaba.

Se le ocurrió entonces que, ya que no podía salvar la carne, siquiera él también debía tomar su parte de ella: arrancó un pedazo y con él se mandó mudar, dejando que los demás siguiesen disputándose el resto.

Hay héroes que sólo son héroes, y hasta el fin; pero son pocos.

El terú-terú

El terú-terú, alegre, dispuesto, conversador, entrometido, burlón, lo mismo le hace los cuernos al gavilán que al buey, pero es amigo de todos, en la Pampa, y su principal oficio es avisar a cualquier bicho, de sus compañeros, de los peligros que corre o podría correr.

Si cruza un perro, solo, por el campo ¡pobre de él!

¡Lo que le dirán de cosas los terús, a la pasada!, ni las ganas le dejarán de volver a pasar por allí.

Un día, a la madrugada, entre la neblina liviana que todavía flotaba encima del suelo húmedo de los bajos, se iba aproximando despacio a una laguna, un mancarrón bichoco despuntando con los dientes las matitas de pasto salado, dando algunos pasos, parándose, volviendo a caminar, hasta que se paró muy cerca de una bandada inmensa de patos dormidos en la orilla.

En aquel momento, el primer rayo de sol hizo brillar detrás del mancarrón una escopeta larga, larguísima, un fusil, un cañón, capaz de no dejar vivo un solo pato de todos los de la bandada.

Pero sonó también entonces el grito de alarma del terú-terú, y ya que el mancarrón disimulaba a un cazador, peligro había para los patos amigos. «¡Terú-terú!» y éstos empezaron a levantar la cabeza; se agitaron, escucharon, miraron; «terú-terú»; gritaba el guardián honorario de los campos, hasta que se voló la bandada toda, dejando al cazador renegar contra «ese maldito *pácaro de miseria...* hico de alguna *matre desgraziata*»...

El terú-terú se reía ahora, y se burlaba del hombre «¡terú-terú!» celebrando, aunque fuera gratuito, el servicio prestado por él a los patos; tanto que le dio rabia al cazador, y que, a pesar de lo que cuesta un tiro destinado a matar cincuenta patos (lo menos cuatro centavos y medio); «¡Santa Madonna!» clamó éste, e hizo volar por las nubes al pobre terú descuartizado.

El comedido siempre sale malparado.

El hurón y la gata

Hicieron, un día, sociedad el hurón y la gata, para beneficiar una cantidad de ratas que se habían apoderado de una casa.

Durante muchos días, vivieron como reyes y en la mayor amistad.

La gata cazaba poco, porque las ratas eran grandes y no las podía agarrar sola; pero ayudaba al hurón; y éste mataba muchas, haciéndole su parte a la compañera, quien, por su lado, y para variarle la comida, le dejaba algo de lo que le daban los amos de la casa.

Pero, poco a poco, fueron escaseando las ratas; el hurón se comía las pocas que podía cazar, y la gata, que había tenido familia, ya no le daba nada al hurón, pues apenas le alcanzaba para sí la ración.

Vino la penuria; hubo reyertas.

Así sucede a menudo, entre los mismos hombres, que en vez de comer los últimos pedazos de pan, se los tiran a la cabeza.

Medio muerto de hambre, el hurón, un día, vio pasar cerca de él uno de los cachorritos de la gata, y se lo comió. La gata cuando volvió, buscó al hijo; pero ni rastro encontró.

Al día siguiente, el hurón, cebado, se cazó otro. La gata, esta vez, lo vio y corrió sobre él; en vano, ya se lo había comido.

Echó la gata los gritos al cielo, y se deshizo la sociedad.

Más bien sola, pensó tarde la pobre, y no tan mal acompañada.

La cigüeña

De paso acompasado, con los anteojos puestos, alzando los pies con majestuosa precaución, iba la cigüeña, clavando a cada rato su largo pico en el suelo húmedo, matando y tragando por familias enteras los sapos, las ranas, las lagartijas y demás inocentes bichos.

Sin más defensa que sus quejas, los pobres en vano le pedían piedad, y la llanura resonaba del triste coro de sus ayes y de sus maldiciones al terrible tirano.

Impasible, seguía su obra la cigüeña, indiferente a quejas que no entendía; encontrando, sí -aunque llena de tierna indulgencia-, que todos esos infelices, realmente, metían demasiada bulla con sus gritos y que harían mejor en callarse...

En la falda del bañado, conversaban en aquel momento la mulita, la vizcacha y el zorrino.

-¡Mira! -dijo la mulita-. Ahí está la cigüeña. Habrá venido a pasar su habitual temporada. ¡Cuánto me alegro! Pues, es un gusto pasar un rato con tan buena persona.

-Cierto que es muy buena persona, y tan reservada- afirmó el zorrino.

-¡Excelente persona! -dijo la vizcacha. Y los tres formando coro: -¡Excelente persona!- repitieron con convicción.

Según el juez, es el juicio.

El mono y la naranja

Un mono, sin dejar de rascarse, alzó una naranja y la quiso comer. Pero, primero la tenía que pelar.

No queriendo dejar su ocupación, tiró de la cáscara con los dientes, pero poco le gustó la amargura de la cáscara y buscó otro medio.

Siempre rascándose con una mano, puso un pie sobre la naranja, y con la otra mano la empezó a pelar. Posición cansadora.

Se sentó entonces y apretó la naranja entre las rodillas, sacando con la mano libre algo de la cáscara; pero la fruta se le resbaló y rodó por el suelo, donde se ensució toda. Enojado, pero siempre rascándose, la limpió como pudo y la empezó a chupar. Con una sola mano poco jugo podía exprimir y sus esfuerzos no le daban resultado.

Algo desconsolado, pestañeaba, mirando con sus ojitos la naranja sucia y deshecha, buscando la solución del problema, cuando de repente se le alegró la cara.

Había por fin encontrado el medio sencillo y seguro de poder pelar ligero y bien una naranja.

Dejó de rascarse por un rato, agarró fuerte la fruta con una mano, la peló con la otra en un minuto, la partió, la comió, la hizo desaparecer, y dando dos piruetas, se empezó a rascar otra vez, pero ya con las dos manos.

Hacer dos cosas a la vez, no sirve, y siempre trabaja mal una mano sin la ayuda de la otra.

El ombú

Erguido en la planicie, orgullosamente asentado en sus enormes raíces, el ombú extendía en la soledad sus opulentas ramas.

En busca de un paraje en donde edificar su choza, llegó allí un colono con su familia.

¡Qué árbol hermoso! -exclamó uno de los hijos-; quedémonos aquí, padre mío.

Seducido por el aspecto del árbol gigante, consintió el padre. De una raíz iba a atar con sogas largas, para que comiera, el caballo del carrito en el cual venía la familia, cuando vio que allí no crecía el pasto y tuvo que retirar el animal algo lejos del árbol.

Mientras tanto, el hijo mayor, a pedido de la madre, cortaba unas ramas para prender el fuego y preparar el almuerzo. Pero pronto vieron que con esa leña, sólo se podía hacer humo.

Uno de los muchachos, entonces, para calmar el hambre, se trepó en las ramas altas y quiso comer la fruta del árbol. Se dio cuenta de que aquello no era fruta, ni cosa parecida.

-¡Hermoso árbol! -dijo entonces el padre- para los pintores y poetas. Pero no produce fruta, su leña no sirve, y su sombra no dejaría florecer nuestro humilde jardín.

Orgullosa, inútil y egoísta; más bien dejarlo solo. Vámonos a otra parte.

La vizcacha y el pejerrey

Una vizcacha, buena persona sin duda, pero algo corta de vista y de ingenio, andaba un día, a la oración, buscándose la vida en las riberas de un arroyo.

Al mirar las aguas, quedó de repente asombrada; le había parecido ver moviéndose en ellas, un ser vivo, lindo, al parecer ágil, plateado. Pronto se convenció de que efectivamente así era, y que un animal vivía de veras en el elemento líquido.

Si su primer movimiento había sido de asombro, el segundo fue de compasión. Llamó al animalito que había visto en el agua, y éste, un lindo pejerrey, no se hizo rogar para venir a conversar un rato (todos saben cuánto les gusta conversar a los pescados) y sacó afuera del agua su cabecita brillante.

Después de los saludos acostumbrados entre gente decente, doña vizcacha le manifestó al pejerrey cuánto sentía ver a tan gentil caballero, condenado a vivir de modo tan cruel.

-Vivir en el agua -decía-, ¡qué barbaridad!, en esa cosa tan fría. ¿Y cómo es que no se ahoga usted? ¿y, qué es lo que come? ¿y dónde aloja a la familia? ¿Dónde está su cueva? Debe de ser una vida de grandes sufrimientos y de grandes penurias ¿no es cierto? -le decía.

-Señora -le contestó el pejerrey-, agradezco el interés que usted me demuestra; pero no crea usted que lo pasemos tan mal en el agua. No somos de los peor servidos. El agua le parece fría; para nosotros es apenas fresca. Tenemos en ella abundante mantención. Pocos enemigos nos persiguen, y vivimos aquí muy bien, señora. Y dígame usted, ¿es cierto que vive en una cueva? -¡Cómo no! -dijo la vizcacha-. Esto, sí, debe ser penoso -interrumpió el pejerrey-. ¡Qué triste vida debe de ser la de ustedes, vivir en obscuridad tan profunda! ¡No cambiaría con usted, señora!

Y zambulléndose, dejó a la vizcacha convencida de que, para ser feliz, cada cual tiene que vivir en su elemento.

El mosquito

Zumbando a los oídos del pastor, asentándose acá y acullá, picando al caballo en el hocico y a la oveja en el ojo; juntándose en el campo con bandadas de sus compañeros para divertirse en arrear los animales a gran distancia, se iba haciendo el mosquito insoportable a todos.

Él se reía, incansable, liviano, alegre, poco ambicioso, encontrando fácilmente cómo mantener su pequeña persona con la ínfima cantidad de sangre que de vez en cuando conseguía sacar a algún animal grande. Cuando su víctima recién lo sentía, su hambre estaba satisfecha, y, al encabritarse o corcovear el caballo, al sacudirse la oreja, o al colear fuerte la vaca, disparaba ligero, haciéndoles morisquetas y golpeándose la boca.

Más que todo, le gustaba chupar la sangre humana, y el hombre era de veras, con permiso de la gente, un animal superior para él. Ya que lo veía llegar cerca del rebaño, se asentaba en él, en acecho; elegía en la cara o en la mano el sitio favorable, y despacio metía la trompa en el cutis y empezaba a chupar.

Al sentirlo, el hombre le pegaba un manotón; pero el mosquito, ligero, volaba contento con lo que había podido conseguir, y se mandaba mudar a otra parte, zumbando.

Desgraciadamente para él, acostumbrado a evitar fácilmente los manotones y a salir ileso de sus atrevidas campañas, cobró mayor y mayor afición a la sangre del rey de la creación, al mismo tiempo que una confianza llena de peligros.

Un día, se colocó sobre la mano del hombre, tan despacio que éste, absorbido en la contemplación de sus ovejas, no lo sintió. Empezó a chupar; al rato, satisfecho ya el apetito, pensó retirarse ligero como de costumbre; pero viendo que nada se movía, siguió chupando, y chupó más y más, ya de puro regalón vicioso y avariento, pensando en hacer provisión para varios días. Se iba llenando como para reventar, cuando despertó el hombre de su medio sueño. Al movimiento que hizo, quiso huir el mosquito. Pero ¿cuándo? señor, si no podía ni moverse. Todo lo que pudo hacer fue desprender la trompita. El hombre lo sintió, lo vio (¿quién no lo iba a ver con semejante panza toda colorada?) y ¡zas! le pegó una que lo dejó tortilla.

La codicia, dicen, rompe el saco.

Los pavos y el pavo real

En un corral vivían unos cuantos pavos. Gente de poca idea, muy vanidosos, haciéndose los importantes y creyendo serles merecido todo, se admiraban entre sí, aprobando siempre todos, con cloqueos entusiastas, cualquier pavada que dijese cualquiera de ellos, y bastaba que uno, hinchándose majestuosamente, dejase escapar un estornudo solemne, para que todos hicieran en coro: ¡glu, glu, glu, glu!

Con esto, mal vestidos y presumidos, insaciables y de mal genio, buscaban camorra a quien no tuviera para ellos una admiración incondicional.

Les llegó un día de visita un pájaro, al parecer su pariente, pero mucho más elegante en sus modales, bien vestido, aunque con cierta sencillez con una cola mucho más larga que la de ellos, y un copetito brillante mucho más bonito que el horrible bonete violáceo que tenían en la cabeza.

Lo empezaron, por supuesto, a mirar de reojo.

Saludó él con gracia: contestaron ellos con solemnidad y se entabló la conversación.

En lo mejor, el orador de los pavos, viendo que sus palabras poco efecto producían en el huésped, quiso hacerle una impresión irresistible y enseñarle que también ellos sabían ser bonitos; se puso tieso en las patas, estornudó fuerte y abrió la cola poniéndose la cara toda azul y colorada.

Todos sus compañeros lo imitaron, y quedó efectivamente estupefacto el pavo real, al ver tanta vanidad junta con tanta ignorancia. Quiso entonces enseñarles lo que realmente era digno de admiración, y ostentó, a su vez, el magnífico abanico de su cola.

Al ver, al comprender su inimitable superioridad, los pavos se juntaron, y en son de guerra, se abalanzaron para destrozar lo que no podían igualar.

El pavo real, alzando el vuelo, se asentó en lo alto del murallón y soltó la carcajada.

Flor de cardo

El rayo del sol rajaba la tierra.

Una planta de cardo, ya casi seca, luchaba para conservar, un rato más, en su seno, a sus hijitos alados, prontos en su inexperiencia juvenil, a dejarse llevar hacia lo desconocido, por el primer soplo que pasara, que fuera céfiro o fuera ráfaga.

-¡Hijos, hijos míos! -decía la planta-; escuchen a su madre querida. No se alejen del hogar paterno. Las alitas que tienen ustedes pueden, cuanto más, impedir que se golpeen al caer;

pero no son las alas del águila para afrontar las tempestades, ni las de la paloma incansable viajera.

Escuchaban, y con todo, se iban hinchando las alitas; asomaban por las rendijas de la corola, abriéndolas más y más, y la pobre madre, sin fuerzas ya, inclinaba poco a poco la cabeza, resignada.

Una de las impacientes semillitas cayó. Antes de tocar el suelo, un airecito embalsamado se la llevó, amoroso, empujándola despacio hacia el cielo azul, y cuando dejó de soplar, lo que fue muy pronto, cayó la semillita alada en un charco fangoso, donde desapareció.

Otras se las llevó un viento más fuerte, prometiéndoles la fortuna, campos hermosos y ricos, donde prosperarían, y de los cuales su numerosa prole, sin duda, podría gozar.

Y las echó por delante, en vertiginosa carrera, arreándolas hacia tierras destinadas al arado, donde no pudieron arraigar, siempre perseguidas, removidas y destruidas.

Quedaban algunas semillas aladas, listas para tomar vuelo, cuando sopló, en medio de relámpagos y truenos, un terrible ventarrón, llamándolas a la Gloria, a conquistar tierras lejanas, gritaba; y las arrebató, entusiasmadas.

Pronto, despavoridas por el trueno, empapadas por la lluvia, atropelladas por la piedra, golpeadas, cayendo y levantándose, llegaron a campos desiertos y pobres, donde fueron presa de los pájaros hambrientos y del fuego destructor...

Una sola semillita quedaba con la madre moribunda, y cuando ésta cayó al suelo, quebrada por la tempestad, allí mismo quedó ella: allí brotó, prosperó y se multiplicó.

En el rinconcito familiar había encontrado, sin abrir sus alas, la felicidad.

El gato montés

En las islas del Paraná, acurrucado en una rama de sauce que formaba puente encima del agua, un gato montés, en acecho, espiaba las idas y venidas de los pescados del arroyo. Se venían, jugueteando, a poner al alcance de sus uñas muchos pescaditos, entre chicos y medianos; pero hacía frío, y el gato, a pesar de las ganas que les tenía, vacilaba en mojarse.

La excusa que a sí mismo se daba de su indecisión, era de esperar que se pusiese a tiro algún pescado grande que valiera la pena, y mientras quedaba perplejo, pasaban.

Aparecieron varios de muy buen tamaño, pero el gato no los cazó, porque sólo estiró las uñas hasta rozar el agua, y las retiró en seguida, friolento.

De repente, salta a veinte metros de allí un magnífico dorado, y ve el gato que se dirige hacia él, nadando ligero. Esta vez, alarga las uñas y se prepara.

Y viene deslizándose suavemente el pescado; ya está a tiro. El gato todavía titubea, detiene la manotada; y mientras tanto, pasa el dorado abajo del puentecillo; se da vuelta el gato para cazarlo por detrás, el pescado se aleja. «¡Ya! ¡ya!» piensa el gato; y estira las uñas,

abre la mano, extiende la pata, se abalanza todo, pierde el equilibrio y se toma un soberbio baño de cuerpo entero, sin poder, por supuesto, ni tocar al dorado.

Al irresoluto, todo le sale porrazo.

El trigo

Asomaba el sol primaveral, y bajo sus caricias iba madurando el trigal inmenso. Los granos hinchados, gruesos, pesados, apretados en la espiga rellena, hacían inclinar los tallos, débiles para tanta riqueza, y el trigal celebraba en un murmullo suave su naciente prosperidad.

A sus pies, le contestó una vocecita llena de admiración para sus méritos, alabándolos con entusiasmo. Era la oruga que, para probarle su sinceridad, atacaba con buen apetito sus tallos.

Llegó una bandada de palomas, y exclamaron todas: «¡Qué lindo está ese trigo!» y el trigal no podía menos que brindarles un opíparo festín, en pago de su excelente opinión.

Y vinieron también numerosos ratones, mal educados y brutales, pero bastante zalameros para que el trigal no pudiera evitar proporcionarles su parte.

Después vinieron a millares, mixtos graciosos, pero chillones y cargosos, que iban de un lado para otro, probando el grano y dando su apreciación encomiástica.

Y no faltaron gorriones y chingolos que con el pretexto de librar al trigal de sus parásitos, lo iban saqueando.

Y cuando el trigo vio a lo lejos la espesa nube de langosta que lo venía también a felicitar, se apresuró en madurar y en esconder el grano.

La prosperidad, a veces, trae consigo tantas amistades que se vuelven plaga.

Las palomas

A las palomas, que son, como lo sabe cualquiera, de genio humilde y de pelaje gris y poco vistoso, se les ocurrió un día permitir a algunas de ellas (en recompensa no se sabe de qué servicios) vestir un traje brillante y adornar su cabeza con plumas relucientes.

El efecto fue fatal: estas palomas, admiradas por la muchedumbre, se volvieron orgullosas, batalladoras, imperiosas, y pronto formaron un bando que se atribuyó, entre otros, el privilegio de defender el palomar, si fuera atacado.

Y las palomas comunes ya las empezaron a mirar con más recelo que admiración.

Otras consiguieron entonces, con el pretexto de contrarrestar los avances de estas guerreras, y de diferenciarse más de ellas, vestir un traje oscuro.

Y empezaron a exagerar la humildad de sus modales, la suavidad de sus conversaciones, y su devoción a la Divinidad, llegando a asegurar que por ellas solas se podía comunicar con ella.

Muchas palomas comunes, las más ignorantes, se les juntaron, y lo mismo que las guerreras, aunque por otros medios, las palomas negras empezaron a querer dominar.

Hubo luchas, y sangre derramada; y lloraron los amores abandonados.

Pero lo peor de todo fue cuando se juntaron las dos castas, de traje obscuro y de traje brillante; y las palomas comunes no tuvieron entonces más remedio que de hacer toda una revolución para llegar a prohibir el uso de cualquier otro traje que el traje gris.

El caballo asustadizo

Un caballo quería mucho a su amo; también lo quería mucho éste a él, porque era bueno y guapo, y siempre hubieran vivido en la más perfecta armonía, si el caballo no hubiera sido tan asustadizo.

Una rama meneada por el soplo de la brisa; un cuis disparando entre las pajas; un terú que de pasada lo rozase con el ala; la sombra de una nube, el ladrido de un perro, el chillido del viento, todo era pretexto para que se espantara, cortara huascas y disparara.

Un animal bueno, pero enloquecido por el miedo.

Un día, iba montado por su amo, ambos medio perdidos en los sueños que tan corridamente nacen, se desvanecen y se renuevan con el suave hamaqueo del galope, cuando de repente toparon con una osamenta colocada en el mismo medio de la senda que seguían y tapada por yuyos altos.

Fue cosa ligera: el caballo pegó una espantada tal, que volteó sin remedio al amo en la zanja, y emprendió la carrera como perseguido por la misma osamenta. En la disparada loca, enceguecido por el miedo, sin tener otra idea que la de huir, huir lejos, huir siempre, puso la mano en una cueva de peludo y se mancó; se llevó por delante un alambrado de púa, dio vuelta de carnero, cayó del otro lado, torciéndose el pescuezo y lastimándose todo; cruzó cerca de un rancho, y los perros lo siguieron hasta morderle las patas; al querer escapar de ellos, atravesó a toda carrera un charco pantanoso donde pisó mal y se desortijó, y cuando por fin llegó, sin saber cómo, a las casas, manco, rengo, ensangrentado, medio descogotado, y sin el recado, sembrado por todas partes, el amo, furioso, le pegó una soba de mil rabias.

No hay peor consejero que el miedo, y a cualquier peligro, aunque no sea más que con bufidos, siempre hay que hacerle frente.

Cambio de política

Durante un tiempo, tanto los herbívoros como los carnívoros habían tomado parte en el gobierno. Y no por esto andaban peor las cosas: al contrario, pues cada cual traía el tributo de sus cualidades peculiares, y mientras reinó la concordia, todo anduvo perfectamente.

Pero los que comen pasto, creyéndose, quizá con razón, más útiles que los carnívoros, quisieron echar a éstos del gobierno. Los carnívoros que eran los menos pero que tenían para sí la fuerza bruta, se resistieron y fueron, al fin y al cabo, los herbívoros los que tuvieron que ceder y salir.

Por supuesto que los otros no dejaron en el gobierno ni a uno solo de sus contrarios, y tuvieron que sufrir la dura ley del vencido, los vacunos y los yeguarizos, la oveja y la cabra, el huanaco y la gama, y hasta las palomas.

Y los carnívoros colocaron en todos los puestos del gobierno a sus solos partidarios, desde el tigre, que fue presidente, hasta la gaviota que entró de portera. El puma, el cimarrón; el zorro, el gavilán, y el mismo tábano, todos tuvieron colocación, y los herbívoros se tuvieron que conformar con pasárselo lamentando que sus méritos quedaran inútiles.

¿Quién tenía la culpa?

Cuentan que fue entonces cuando el cerdo (siempre ha sido vividor) se acostumbró a comer carne con unos y vegetales con otros, «por si sobreviniera -dijo- algún acuerdo».

Concurso de belleza

Decidieron los animales abrir un concurso de belleza: se fijaron día y condiciones, y se publicó la lista de los premios ofrecidos.

El día señalado acudieron a la cita los candidatos; y los miembros del jurado comprobaron con sorpresa que todos los animales, sin excepción, se habían presentado para disputar el premio.

Empezaron a indagar los motivos de semejante unanimidad, pues les parecía que entre los competidores, algunos había que no podían ni remotamente contar con los sufragios de los jueces y que el jurado iba a tener un trabajo por demás ingrato.

Preguntaron, por ejemplo, al elefante, qué era lo que lo impulsaba a concurrir: «Pero toda mi persona, contestó él; el conjunto y los detalles: mi masa imponente; mi trompa tan larga y tan elegante; mi cuero tan rugoso que no hay otro igual; y mi colita tan bonita, y mis ojos tan pequeños, y mis orejas tan anchas».

Todo lo que era de él le parecía bonito. Y lo mismo pasó con los demás, sin contar que nunca era lo que a los jurados parecía digno de mayor aprecio lo que a cada cual de los competidores más le agradase. El pavo real, por cierto, era orgulloso del esplendor de su cola, pero, más que todo, recomendó a los jueces la suavidad de su canto; el perro ñato ponderó lo chato de su hocico, lo mismo que el elefante había ponderado lo largo de su trompa, y el zorro no dejó de llamar la atención sobre lo puntiaguda que era su nariz, asegurando que esto era el verdadero colmo de la belleza.

El avestruz quería que todos admirasen lo corto de sus orejas, y el burro sacudía las suyas para hacer valer su tamaño. Tanto que el jurado tuvo que aplazar el concurso hasta que entrase -dijo- un poco de juicio en las cabezas; como quien dice: por tiempo indeterminado.

Los carneros y el capón

Dos carneros topaban con furor. Grandes y fuertes ambos, no mezquinaban la frente, y los cráneos sonaban como si hubieran estado por quebrarse en mil pedazos. Parecían insensibles al dolor, y, a pesar de estar asomando ya la sangre, seguían topando sin perdón.

Es que se trataba de conquistar el corazón de una borrega coqueta que los tenía locos, y que bien sabían los combatientes que sólo al más valiente, o por lo menos al más fuerte, rendiría ella las armas. Todos los carneros de la majada se habían juntado y formaban rueda, cambiando opiniones sobre las topadas, como gente que entiende y que prácticamente sabe lo que es pelear. A ellos les constaba: la misma naturaleza es la que manda que así luchen los machos guapos para que de esta lucha salgan los hijos fuertes y lucidos, y cada cual hacía votos para que éste o aquél saliera vencedor, según más apreciaban tal o cual dote de éste o de aquél de los contendientes.

Un capón entonces también quiso meter la cuchara y dar su opinión; y empezó a criticar el modo de dar las topadas de uno de los carneros y el modo de recibirlas del otro. Encontraba las astas de uno demasiado abiertas y las del otro muy cerradas; afirmaba que los hijos del primero saldrían muy bajos, y los del segundo muy cortos de cuerpo, y más que todo, le parecía que la hembra, por la cual peleaban, no valía tanto furor. No hubiera dejado muy pronto de fastidiar a la gente con sus habladurías de pedante, si uno de los carneros espectadores no le hubiera cerrado el pico, diciéndole: «Mirá, capón amigo; cuando te hayan salido astas y seas capaz de dar topadas y cuando, sobre todo, puedas enseñarnos tus hijos, te pediremos opinión; pero, hasta entonces cállate, para que no se ría de ti la gente».

¡Ah, crítica! consuelo y desquite de los impotentes.

Patrón rico

Un caballo tenía para sí solo todo un potrero bien cercado, de riquísimos pastos, con un buen retazo de alfalfa siempre verde, y en un rincón varias parvas de pasto. En el galpón donde dormía, tenía además, a su disposición y para su consumo una pila de bolsas de maíz.

Era soltero, y por supuesto vivía en medio de extrema abundancia, no por codicia, sino porque así era, no más, por un favor de la Fortuna. Era bueno y servicial por lo demás, este señor caballo, y un día que un ratón le vino a pedir un poco de maíz para su señora que estaba enferma, le dio permiso para tomar lo que necesitase, pensando que un animal tan pequeño no podía comer mucho; y no quiso siquiera aceptar la promesa de pago que le quería firmar el ratón.

Éste, al volver a su casa, encontró al cuis, su amigo íntimo, y entre agradecido e irónico le contó la cosa, diciéndole: «Y tú, ¿por qué no vas? Pedile licencia para estar en el campo y te la va a dar. Poco le cuesta: ¡es tan rico!»

Fue el cuis; ofreció pagar arrendamiento; pero el caballo no aceptó y le dio licencia, no más.

Y el cuis aconsejó a la vizcacha que fuera también, pues era tan rico el patrón que seguramente no le negaría campo. La vizcacha pensó que sin pedir nada, bien se podía establecer allí, y así lo hizo, sin que el caballo, bonachón y rico, le pusiera obstáculo.

La cabra se coló un día entre los alambres y fue a visitar al caballo, queriendo comprarle un poco de pasto verde; el caballo la convidó a comer y puso a su disposición su retazo de alfalfa.

Pronto la cabra llamó a las ovejas, sus compañeras, y a fuerza de pasar por el alambrado, le abrieron un portillo por el cual pudo entrar la vaca; su ternero no podía quedar afuera, y también se hizo baqueano para entrar y salir.

Y toda esta gente comía, destrozaba, voraceaba, ensuciaba, pelaba el campo, volcaba el maíz, deshacía las parvas, siempre muy zalameros todos con el caballo, a quien llamaban patrón, ponderando su riqueza. «¡Es muy rico el patrón!»

Pero cuando llegó el invierno, se encontró el caballo con que le habían acabado el maíz, que casi no le quedaba pasto seco, que la alfalfa estaba pelada y todo el campo talado, y cuando uno de los intrusos se le vino con la santa palabra: «¡Bah, es usted tan rico, patrón!» él, que ya se veía pobre, se enojó de veras, y lo puso de patitas del otro lado del alambrado; y con todos se apuró a hacer lo mismo, no sin bastante trabajo, y a cerrar los portillos, sintiendo haberlos dejado abrir.

No hay riqueza que valga, donde hay derroche.

El guacho

Un cordero guacho, criado con toda clase de atenciones por las hijitas del pastor, vivía como un príncipe. Mantenido con leche a discreción, tampoco le faltaban golosinas, y con sólo venir balando, al momento conseguía que se ocupasen de él y le diesen mil cosas buenas: un terrón de azúcar, un pedazo de pan, granos de maíz, una zanahoria o cualquier otra cosa de su agrado. Y aunque gordo a más no poder, siempre pedía y siempre le daban de todo a pedir de boca.

Asimismo, no podía ver pasar la majada, sin dejar todo tirado, para correr a mezclarse con ella y atropellar brutalmente a los corderos recién nacidos, quitándoles la teta materna y tratando de chuparse él solo toda la leche, con balidos tan quejumbrosos como si estuviera muerto de hambre.

Hasta que un día, una oveja le preguntó si no tenía vergüenza, gordo como estaba y en estado de tan manifiesta prosperidad, de llorar así por leche; y el guacho le confesó ingenuamente lo que muchos, sin confesarlo, sienten, que nada valía para él lo que tenía, mientras veía que tuvieran algo también los demás.

El hombre sin envidia nunca es pobre de veras; ni rico de veras el envidioso.

El caballo y el buey

Un buey y un caballo comían en el mismo potrero a su respectiva discreción. El buey comía ligero, buscando los sitios donde el pasto más alto le permitía alzar, en cada bocado, media carretillada; tragaba casi sin mascar y echaba cada panzada que daba miedo.

Después se dejaba caer pesadamente en el suelo, y durante las horas rumiaba tranquilo.

El caballo también comía a su gusto, pero sólo cuando no lo tenían ensillado; y aunque se hubiese apurado entonces, de día y de noche, no hubiera alcanzado a comer ni la mitad de lo que el buey en unas pocas horas alzaba; y comparando los servicios prestados por ambos, no podía menos de pensar que poca cuenta tenía que hacer al amo el mantener a aquel haragán comilón.

Pero el amo un día se llevó el buey, que, de gordo, apenas podía caminar; y preguntó el caballo a un chimango que desde un poste del alambrado seguía con interés la operación, a dónde llevaban a su compañero.

-Al matadero, pues -chilló alegremente el chimango-; ¿no ve que está de grasa? ¡qué almuerzo voy a hacer!

Y el caballo comprendió que hay en esta vida varios modos de pagar el gasto.

El zorro y el avestruz

Don Juan había pasado la noche, de agregado, en una vizcachera. Las huéspedas que lo habían alojado poco suelen carnear, y, como a este caballero la verdura no le gusta, estaba en ayunas y se disponía a dar una vuelta, a ver si cazaba alguna perdiz o cualquier otra cosa.

Al asomar el hocico divisó entre las pajas, brillantes aún de rocío, una bandada de charitas que jugueteaban. Sus ojos echaron chispas y se relamió el hocico; pero viendo que también estaban los padres, volvió a esconder la lengua.

Es que el avestruz es terrible cuando tiene pichones y que bien sabe don Juan que no es tarea fácil el cazarlos.

Con todo, se fue avanzando despacio, estirando entre las matas de paja la panza hueca, hasta muy cerca de las charas, y ya calculaba el brinco que iba a pegar, cuando el macho, viéndolo, se abalanzó sobre él, mientras la madre arreaba a su prole, aleteando y silbando.

Huir le hubiera gustado al zorro, pero no tuvo tiempo; en cuatro trancos, el avestruz había estado encima de él, pegándole patadas. Lo mejor, en este trance, era hacerse el muerto, y recibir con toda filosofía las zancadas que no se podían evitar ni devolver, y reflexionando el zorro que, si se mueve, el otro lo mata de veras, quedó tan inmóvil que el avestruz lo creyó

muerto y fue a juntarse con la familia. Medio abombado por los golpes, el zorro quedaba tendido, esperando un momento favorable para apretarse el gorro, cuando vio que poco a poco volvía a acercarse a él la bandada de charas. Cerró los ojos y quedó tieso. El sol empezaba a calentar y las moscas vinieron a cerciorarse de si era cadáver o no. Los charas al ver las moscas, corrieron ávidos hacia él, y el padre les dejó ir; impidiendo que la madre, todavía inquieta, los detuviera, pues experimentaba cierta satisfacción de que vieran de cerca sus hijos al muerto que él había hecho en defensa de ellos.

De repente saltó el finado, agarró un chara y se lo llevó disparando hasta la vizcachera, alcanzando sólo el avestruz a darse cuenta de la catástrofe cuando no podía más que patear de rabia en la boca de la cueva.

Hay pillos capaces, si se descuidan con ellos un rato, de llevarse robado, después de muertos, hasta el cajón fúnebre.

El caracol

Un caracol viejo arrastrábase penosamente.

Siempre trae consigo la vejez muchos desperfectos en los seres, y los mismos caracoles no pueden escapar a esa ley de la naturaleza. Estirando los cuernos para buscar su camino, hacía con el pescuezo esfuerzos inauditos para llegar, llevando encima su casa, hasta una hoja de parra donde pensaba almorzar.

Más que todo, parecía causarle gran dolencia una abolladura, cicatrizada pero ancha y profunda, que tenía en la cáscara, y que forzosamente le tenía que apretar en parte el cuerpo.

Unos caracolitos que lo estaban mirando, buenos muchachos, pero de poca reflexión, como casi todos los caracolitos, le dijeron al pasar:

-Pero, padre caracol, ¿por qué no cambia usted su cáscara por una nueva? Le debe hacer sufrir mucho esa abolladura que tiene.

-Hijitos -les contestó-, esta abolladura, es cierto afea mucho mi casa y me hace sufrir bastante; pero cambiar sería peor, y hasta creo que el desgarrar que me causaría la mudanza me sería fatal.

En casa vieja todas son goteras, pero en casa nueva los viejos poco duran.

El avestruz y la perdiz

Un avestruz, las alitas hinchadas y el pescuezo estirado, recorría la Pampa como despavorido, yendo y viniendo por todas partes.

Se acercaba la primavera, y por todas partes, se veían teros, patos y perdices, palomas y demás pájaros aprontando los nidos, afanados en preparar todo lo necesario para la próxima empolladura.

Todos miraban admirados al avestruz, y como no entendían el porqué de sus andanzas, pensaban lo que cuando no se entiende se piensa, que se había vuelto loco. Como don Churri es persona de mal genio, nadie se atrevía a preguntarle qué motivo tenía para correr así, en vez de acordarse como la demás gente, de la estación que empezaba y de la nueva familia que había que formar.

Sólo una martineta con quien estaba en muy buenas relaciones, un día, le dejó entender que su conducta daba mucho que hablar. El avestruz le contestó que más extraña era la conducta de todos los demás pájaros que, sin ton ni son, sin saber lo que hacían, iban edificando nidos en todas partes y poniendo huevos sin contar.

-Que así lo haga la gallina -dijo-, todavía se comprende, porque si algo le falta, el hombre se lo da... (y ya se sabe por qué); pero nosotros, los pájaros Silvestres, sin más recursos que los que nos proporciona la naturaleza, debemos ser previsores y pensar en el porvenir. Este año es de sequía; poco pasto va a haber, y antes de formar familia, me parece necesario ver primero a dónde podré llevar a mis esposas, para mantenerlas bien, y cuántas podré mantener, y cuántos pichones podrá criar cada una. Y por esto es que, antes de decidirme, estudio el asunto.

Sistema recomendable, este, de calcular los recursos antes de empezar a gastar.

El zorro y la vizcacha

El zorro solía pedir hospitalidad a la vizcacha; y ésta no se la negaba, sabiendo que ese atorrante, siempre distanciado por algún motivo con la policía, pronto tenía que mandarse mudar.

Un día, el zorro resolvió cambiar de estado, casándose. Fue a pedir a la vizcacha le prestase su casa para la noche de las bodas; y la otra, bonachona, consintió, pasándose a vivir en casa de una parienta, para no turbar la luna de miel de su huésped.

Después de algunos días, la vizcacha volvió a su hogar y se lo pidió al zorro; pero éste ya se había acostumbrado a tener casa y no quiso saber nada de devolverla a su dueña. La vizcacha no tuvo más remedio que ir al juzgado de paz, a entablar demanda, pidiendo el desalojo. Pero no se hacía ilusión sobre el éxito de la cuestión, sabiendo de antemano que cuando, a los años, y después de gastar plata, tiempo y saliva, conseguiría el desalojo, la casa estaría completamente destruida: y triste, andaba de noche, merodeando por las cercanías de lo que había sido su domicilio.

Una noche, oyó como lamentos apagados: parecían salir de la tierra. Se acercó más y más, hasta llegar a la entrada principal, y vio que durante el día, el colono que ocupaba el campo, había tapado con mucho cuidado todas las bocas. Del mismo fondo de la cueva salía efectivamente un vago rumor de gemidos, y la vizcacha conoció la voz del zorro; lloraba éste de rabia impotente; se estaba ahogando y llamaba a la vizcacha, pidiéndole perdón y suplicándole que le abriese la cueva, pues él no tenía para esto las manos como ella.

-Aquí estoy, don Juan -le gritó-, pero ya que me echaste de mi casa, quédate vos en ella, que es tuya.

El que me robe la presa, que con ella se ahogue.

El toro y el hornero

Un loro, de estos que con tal que hablen, les parece que dicen algo, y que más gritan, más piensan ser entendidos, iba por todas partes, diciendo que su nido estaba deshecho sin compostura, y tan sucio que ya no se podía vivir en él.

El hornero, que tanto trabajo se da para edificar su casa, que siempre la va componiendo, arreglando y limpiando, extrañaba que pudiera uno hablar tan mal de su propio nido; y un día, le preguntó al loro por qué más bien no trataba de componer el suyo.

-Si no tiene compostura, amigo -le contestó el loro-; si esto no tiene remedio; los loros somos así; ya que hemos hecho algo, lo destruimos; nuestra raza es una raza ruin -y mil cosas parecidas.

-Haces mal, loro, en hablar así de tu hogar y de los tuyos -le dijo el hornero-; sería mejor, por cierto, no ensuciar, ni destruir tu nido; pero todo mal tiene compostura menos para el que se figura que no la tiene. Ya que no puedes corregir los defectos de tu nido, escóndelos siquiera y no metas tanta bulla para hacerlos conocer de todos.

Nunca debe pensar nadie, ni menos decirlo, que haya mejor casa, mejor familia, mejor patria que la propia.

La cotorra y la urraca

Estaba de visita la urraca en lo de la cotorra, y como, desde el día anterior, no se habían visto, fácil es suponer la cantidad de cosas que se tenían que contar. Ambas hablaban a la vez, para aprovechar mejor el tiempo, y se apuraban tanto en chacharear que casi no se entendían. Pero esto era lo de menos, siendo lo principal mover el pico sin descanso.

Y cuando en lo mejor estaban de una historia que contaba la urraca sobre la hija del vecino, llegó la sirvienta de la cotorra y le dijo, alarmada:

-Señora, ¡está llorando la chica!

-¡Oh! exclamó la cotorra-, ¡qué fastidio! Bueno, ya voy, ya voy.

Y quedose escuchando hasta el fin el interesante cuento de la urraca sobre la hija del vecino.

El tigre y sus proveedores

El tigre encontrándose indispuerto, tuvo que apelar, para poder comer carne de ave, como se lo había mandado el médico, a los buenos oficios de los pájaros cazadores. El cóndor pronto le trajo una pava gorda; el gavián le trajo después una martineta; el carancho se quiso lucir y también le trajo un pollo.

El chimango, que no quería ser menos, reclamó su turno y se aprontó también para salir a cazar. Cuando lo supo, el tigre frunció la ceja y dijo que era una barbaridad contar con semejante infeliz para tener carne fresca. No había duda, decía, de que ese día él no iba a comer, y se iba a enfermar más, y que era cosa de enojarse ver a semejante comedido meterse en lo que no sabía hacer.

-Si algo trae, seguro que va a ser carne podrida, pues es lo que más le gusta a él. Y si por casualidad es una presa viva, va a ser algún chingolo que ni alcanzará a llenar la muela que tengo picada. Pero, ni esto.

No va a traer nada, nada, seguramente; y no tendré más remedio que comérmelo a él.

El chimango no quiso desistir, a pesar de todo, ni ceder su turno; se fue no más.

-Nada, nada va a traer, verán -insistió su majestad.

Y efectivamente volvió el chimango sin nada en las garras y sin nada en el pico; todo avergonzado y temblando al pensar en la ira terrible del tirano.

-Pero ¿no les decía yo -exclamó éste-, que no traería nada? ¿No lo había previsto yo? ¿No lo había previsto? Digan.

Todos así lo reconocieron, alabando el acierto del monarca; y aunque el almuerzo le hubiera fallado, quedó el tigre quizá más satisfecho por no haber errado en sus previsiones que si el chimango le hubiera traído una perdiz. Hasta creen muchos que si éste hubiese traído una gallina, no hubiera evitado ser castigado con cualquier pretexto, por haber hecho salir desairado, al que al contrario perdonó generosamente una torpeza que tan bien ponía de relieve su triunfante perspicacia.

Para muchos casi es desgracia que no se produzca la que tienen anunciada.

El chancho gordo

Un cerdo a medio cebar no tenía más que gruñir un rato, al despertarse, para que al momento viniera un peón con dos baldes llenos de suero, una ración de afrecho y otra de maíz, sin contar algunos zapallos y restos de cocina. Con la panza siempre llena y nada que hacer sino dormir, el excelente animal se consideraba feliz y siquiera tenía el tino de no pedir más.

Era en invierno, con tiempo de sequía, grandes heladas, y los campos estaban en muy mal estado: a tal punto que los caballos, lo mismo que las vacas y las ovejas, estaban sumamente flacos y con miras de volverse osamentas.

Se quejaban, pues, de su mala suerte y no teniendo que comer, se lo pasaban maldiciendo del hombre, su amo, que no se acordaba de ellos y los dejaba abandonados, sin hacer nada en su favor; y no dejaban de mirar con envidia al cerdo a quien no se mezquinaba la comida, dándole de todo a él, como si fuera más que ellos.

El cerdo los oía y sin dejar de moler maíz y de chupar con avidez la leche espesada con afrecho, murmuraba con profundo desprecio... y algo de inquietud:

-¡Gente envidiosa, que nunca está contenta! ¡Socialistas!

Flores quemadas

El fuego devastador había pasado por allí; destruyendo, arrasando todo y dejando en lugar de la lozana y tupida vegetación, una extensa mancha negra, de aspecto fúnebre.

La oveja, asimismo, a los pocos días, ya empezaba a recorrer el campo quemado, encontrando entre los troncos calcinados de las pajas brotes verdes que saboreaba con tanto mayor deleite, cuanto más tiernos eran.

Alcanzaba ya a saciar su hambre con relativa facilidad y pensaba que las quemazones no son, por fin, tan terribles como lo suelen ponderar algunos.

Y justamente encontró a la mariposa que andaba revoloteando por todos lados, triste como alma en pena que busca, sin poderla encontrar, la puerta del cielo, y lamentando el terrible desastre causado por el fuego.

La oveja le preguntó, entre dos bocados, por qué lloraba tanto; y contestó ella entre dos sollozos: «por las flores».

La oveja se echó a reír, encontrando peregrina esta idea de llorar por las flores, cuando con sólo dos noches de rocío volvía a crecer el pasto con tanta fuerza.

-Cierto es que las flores son bonitas -dijo-, con sus colores tan variados, y su perfume tan suave; pero aunque me guste también comerlas porque dan más sabor al pasto, creo que muy bien puede uno pasarlo sin ellas, y que no porque falten, se debe dejar de comer ni deshacerse en llanto.

-¡Ay! -contestó la mariposa-. El pasto volverá a crecer seguramente y las ovejas a llenarse; pero las flores, ellas no volverán en todo el año con sus colores hermosos y su delicioso perfume; siempre habrá de comer para la hacienda, pero no ya para las mariposas.

El médano y el pantano

Justamente por donde pasaba el camino carretero, un médano amontonaba arena siempre tan removida por el viento, que nunca podía crecer en ella una mata de pasto. El médano sentía verse tan inútil, la cosa peor y más humillante en este mundo; y cuando por

las lluvias se había puesto intransitable el pantano que se extendía a sus pies, y que los carreros tenían por fuerza que cruzar por la arena para evitar de dos males el peor, sufría al oírlos renegar contra él.

La suerte del pantano no era mejor: los carreros lo cruzaban con el Jesús en la boca, por poca agua que hubiera caído, casi seguros de quedarse atascados en él, y poco cariño le podían tener a semejante estorbo. Aun en verano, cuando estaba seco, y que no presentaba más que su área polvorosa y desnuda, lo miraban de reojo, acordándose de los malos ratos pasados en él.

Pero, a fuerza de vivir juntos y de contarse sus penas, empezaron el médano y el pantano a prestarse mutuo auxilio. Ayudado por el viento travieso, el médano desparramó poco a poco su arena sobre el pantano, tapando con ella los pozos cavados en éste por el médano, y que ambos se cubrieron con pastos finos y tupidos, sin que en uno se estancara el agua, sin que en el otro se moviera ya el piso con el sople del viento.

Y vino el día en que quedaron parejos el pantano y el pasar de los carros.

En ambos podían pastar los rebaños y cruzar las tropas de carros, sin que los carreros renegasen, incontrastable prueba de lo acertada que había sido su alianza.

Maledicencias

Mientras desfilaba la majada, al salir del corral, un carnero que caminaba solo, escuchaba la conversación de dos ovejas que iban detrás de él. Hablaban de sus compañeras y criticaban sin piedad a todas las que pasaban cerca de ellas. «¡Qué facha! ¡Qué modo de caminar! ¡Qué lana fea! ¡Qué gorda! ¡Qué flaca!» y mil otras cosas peores, algunas.

El carnero, pensando al oír las, que quienes así hablaban no podían ser sino un compendio de la hermosura ovejuna, se dio vuelta, dispuesto a admirar, y se encontró con dos caches horrorosos que casi lo asustaron.

La mulita indiscreta

Al pasar, de noche, cerca de la cueva de unos peludos, una mulita oyó el ruido de la conversación, y como es bastante curiosa por naturaleza, se acercó despacio y paró la oreja para escuchar mejor. Primer no oyó más que el murmullo confuso del cuchicheo; y pensó que no debían hablar de religión ni de política, pues parecían muy sosegados; concentró su atención y empezó a distinguir las palabras cuando comprendió que de ella misma y de su familia se trataba.

Pensó, pues parecen ser bastante amigos, aunque parientes, los peludos con las mulitas, que estarían haciendo su elogio, y ya se preparó a saborear alabanzas que tanto mayor valor tendrían, cuanto más sinceras tenían que ser.

Había vivido poco, ignorando todavía que a los ausentes, lo mejor que les pueda suceder, es que no se acuerde nadie de ellos, y prestando más y más el oído, oyó que uno tras otro, como frailes en responso, los peludos cantaban sus glorias y las de su familia, pero de singular modo, no dejando un vicio, un defecto, un ridículo, que no atribuyeran a ella o a alguno de sus más queridos deudos. Oyó cosas terribles, que nunca se hubiera pensado que pudiesen salir de la boca más odiada, invenciones pestilenciales, calumnias ponzoñosas, pérfidas exageraciones y restricciones peores, alegres votos de muerte, de ruina, de deshonor para ella y para los suyos; y se fue corriendo a su cueva, a contarle todo a su madre, aniquilada por el dolor de haber oído tamañas cosas.

-¡Bien hecho! -le dijo la madre-, bien hecho, por indiscreta. Guarda tu oído de las rendijas, pues no acostumbran ellas cantar alabanzas ni tampoco tienen para qué guardar la boca.

Vae soli!

Cazadores de todas clases hacían estragos entre los bichos silvestres de la Pampa. Unos con escopetas mataban a larga distancia perdices, patos y palomas; otros con boleadoras perseguían al avestruz y al venado; las mulitas y los peludos, en las noches de luna, eran degollados por centenares; no escapaba ningún animal de ser víctima de la codicia o sólo del instinto destructor del hombre.

Formaron una sociedad para tratar de aminorar sus males, y cada uno de los socios se comprometió a avisar a los demás por señales apropiadas a sus medios, de cualquier peligro de que tuviera noticia.

Por cierto que esto no impidió del todo la matanza, pues siempre hay incautos o malévolos, pero la hizo disminuir en grandes proporciones.

Al mirasol le propusieron entrar en la sociedad; pero no quiso él. Alegó que no tenía enemigos; que sus relaciones con el sol lo elevaban demasiado encima de los demás habitantes de la tierra, para que pudiera rebajarse a ser un simple miembro de cualquier asociación; que su género de vida, puramente contemplativa, no admitía que se pudiese molestar en avisar a los demás de peligros que para él no existían; que no podía desprender su atención ni un momento de la adoración perpetua del astro del día, al cual había consagrado su vida; y que por fin, siendo él de una flacura tan extrema, la misma muerte temería mellar su guadaña en sus huesos y no corría personalmente ni el más remoto riesgo de incitar la codicia de los cazadores. En vano don Damián, el venado, persona muy prudente, le hizo observar que nadie en este mundo puede guarecerse a la sombra de su propio cuerpo; le opuso el mirasol los invencibles argumentos del egoísmo.

Pero sucedió que entró la moda entre las mujeres, de llevar de adorno plumas en la cabeza, y particularmente copetes delgados y finos. Pronto se les ocurrió a los cazadores que el copetito blanco del mirasol era lo más apropiado para el objeto; y la matanza empezó.

¿A quién hubiera podido ser más útil el aviso del peligro que a este eterno soñador cuya vista siempre queda perdida en las regiones etéreas y que parece olvidarse de que la tierra existe?

No se había querido dar por solitario de sus semejantes; y dejaron éstos, indiferentes, que perdiera la vida.

Cada uno, en este mundo, de todos necesita.

La gran conejera

Parecían haberse olvidado los conejos de que los repollos y las zanahorias no crecen en la conejera; y se habían amontonado en ella, cavando cada día más cuevas, y también encontrando la vida, cada día más difícil. Como nadie se ocupaba de sembrar ni de plantar, los precios de los alimentos habían subido enormemente, y a pesar de cavarse cuevas y más cuevas, éstas no alcanzaban para la población siempre creciente de la conejera, y los precios de los alquileres iban por las nubes.

Todo estaba repleto, desbordaba; siempre había que fundar más escuelas, crear más hospitales, abrir nuevas vías. Tanto para todo esto como para impedir que siguiese esa aglomeración anormal, las autoridades inventaron impuestos nuevos y perjudiciales al desarrollo de la fortuna pública, y como se quejaban muchos de que no había trabajo para ellos, la miseria era grande, y pocos eran los que alcanzaban a satisfacer su apetito.

La situación era lo más tirante, y hasta disturbios graves se hubieran podido producir, cuando un conejo, iluminado, no hay duda, por una luz divina, un conejo de genio, se acordó que fuera de la conejera había campos inmensos, despoblados y fértiles, donde la vida abundante quedaría asegurada para cualquier número de conejos que fueran allá a plantar repollos y sembrar zanahorias.

Convenció a las autoridades; éstas dejaron por un momento de atormentar su imaginación exhausta, y en vez de seguir buscando nuevas fuentes de impuestos, regalaron a cada conejo que quisiese ir a plantar repollos, una pequeña área de tierra desierta.

La abundancia renació como por encanto, y hasta los que quedaron en la conejera tuvieron con qué comer a sus anchas, pues los que de ella habían salido producían para comer, vender, dar, prestar y tirar.

Los zánganos en la colmena

Las abejas, un día, creyeron que andaría mejor el gobierno de la colmena si estableciesen impuestos para costear los servicios públicos. Viendo que los zánganos andaban ociosos, les ofrecieron encargales la cobranza, lo que éstos aceptaron gustosos, ya que era trabajo liviano y bien remunerado.

Pero, poco a poco, indujeron éstos a las abejas a aumentar el número de los cobradores, consiguiendo así colocar a una cantidad tan considerable de sus amigos, que hubo que aumentar los mismos impuestos para pagarles, y que toda la miel de la colmena amenazaba ser poca para tanta gente.

Las abejas se dieron cuenta del peligro y decretaron la inmediata expulsión de los zánganos. Hubo llantos, y los zánganos preguntaron llorosos a las abejas qué iba a ser de ellos, una vez en la calle, y las abejas les contestaron: «¡Que hagan miel, pues, ustedes también!»

La gallina y el cuchillo

Hacía tiempo que la gallina soñaba con vengar de la tiránica crueldad del hombre a todos los de su raza que había visto degollar, cuando un día quiso a casualidad que encontrase en el suelo un cuchillo.

Ignoraba que el débil, después de esperar a veces siglos, todavía tiene, cuando le parece haber llegado la hora de la justicia, que aprender el manejo de la espada puesta por ésta en sus manos; quiso apoderarse del arma y no hizo más que cortarse las patas lastimosamente.

Flores marchitas

¡Oh! flores hermosas, las del Deseo ¡purpúreas, enormes, y de perfume embriagador! El viajero anheloso se apura, sube, se trepa sin sentir el cansancio hasta la cima, de donde parecen inclinarse hacia él, iluminando el horizonte. Extiende la mano, toma de ellas un ramillete...

...El ramillete ya está ajado; sus colores han palidecido, sus pétalos se cierran, su perfume se evapora; ya no es la flor atrayente del Deseo; es la flor severa de la Realidad.

Las conserva el viajero; y mucho tiempo después, las volverá a ver, incoloras, con su perfume tenue y deliciosamente apagado de flores marchitas del Recuerdo.

Y si se da vuelta, verá que en la planta han quedado otras, purpúreas todavía, pero de una púrpura deslucida, triste, y cuyo perfume, a la vez suave y amargo, desconcierta. Son las flores del Pesar; también, en otro tiempo hermosas flores del deseo, dejadas ahí por descuido, por desdén o por olvido, por no haber podido o por no haber querido, también por no haberse atrevido quizá, o por no haber sabido.

Interesante sesión

No se sabe muy bien por qué fue, pero una parte de los animales resolvió protestar enérgicamente contra su gobierno, y se llamó por carteles a una gran reunión para cambiar ideas, elaborar programas y echar, por fin, si cuajaba, las bases de alguna revolucioncita, aunque no fuera más que para pasar un rato.

La reunión fue numerosa; muchos oradores enérgicos, unos, o imperiosos, insinuantes otros, o irónicos, y también fastidiosos, trataron de hacerse oír, pero les era imposible dominar el tumulto.

El burro, en ese trance, pensó que sólo él podría imponer su voz y que esto seguramente lo haría elegir jefe del nuevo partido.

Subió, pues, a la tribuna; frunció las cejas, paró las orejas, tomó una actitud tan seria, tan imponente, tan doctoral, que todos, creyendo que iba a rugir, se callaron.

No hizo más que rebuznar: y se disolvió la asamblea en medio de risas.

La oveja merina y las ovejas criollas

Llovía: acurrucadas las ovejas tiritaban de frío. Una oveja merina, de lana fina, larga y tupida, a pesar del magnífico y espeso manto que la cubría, parecía sufrir más que las que la rodeaban, mal tapadas éstas, sin embargo, y sólo en parte, por unos mechones ralos que dejaban pasar el agua hasta el cutis.

La merina se quejaba y las otras se admiraban de que se quejase, vestida como estaba, por una mojadura, cuando ellas, casi desnudas, soportaban lluvias y fríos sin decir nada.

Una oveja vieja, que habiendo vivido mucho, sabía muchas cosas, les dijo: «No extrañen se encuentre tan desgraciada: es hija de ricos; y la pobreza, madrastra como es, mejor que la prosperidad, entiende de educación».

Las dos manos

¿No ve? ¡otro golpe! -dijo, sacudiéndose, la mano izquierda a la mano derecha, que armada de un martillo, iba a seguir pegando como si ni tal cosa, y declaró que, cansada ya de ser siempre la víctima, también ella quería manejar el martillo, el serrucho, el hacha y el cuchillo, y que a su vez, la derecha tendría parado el clavo o asentaría la tabla, el trozo de leña o el pedazo de carne.

La mano derecha, sonriéndose, asintió, y teniendo derecho el clavo, entregó a la izquierda el martillo. Ésta lo levantó con esfuerzo, no pudiendo hacer menos que susurrar: «¡Qué pesado!» y dio con él varios golpes con tanta torpeza, que el clavo voló y la mano derecha hubiera quedado destrozada si no hubiera estado sobre aviso.

Se burló de la izquierda, que ya no podía más, sin haber todavía hecho trabajo útil, y la dejó convencida de que si bien estaba hecha para ayudar, no era capaz de manejar las herramientas.

-Uno que otro golpe o tajo recibes, es cierto -le dijo-; pero tu tarea no es tan penosa como la mía, y lo mejor, en este mundo, es hacer lo que uno puede, sin meterse en lo demás.

El gato blanco

Un gato blanco se sentía orgulloso por su magnífico pelaje. Todos lo admiraban y sus amos lo cuidaban con todo esmero, manteniéndolo en la abundancia.

Pero le sucedió lo que a muchos; los amos, en una mudanza, lo dejaron olvidado, y tuvo que andar vagando y buscarse la vida. Quiso hacer lo mismo que los demás gatos pobres y cazar ratones, lauchas y pájaros para mantenerse; pero no podía nunca agarrar nada, a pesar de no ser de los más torpes, sin explicarse el porqué de su poca suerte.

Un gato gris, hábil y afortunado al punto de no envidiar a sus semejantes, descubrió el secreto de su mala fortuna y le aconsejó para poder encontrar de comer en cualquier parte, rebajar un poco el brillo de su traje; que fuera revolcándose en el polvo, porque por su pelaje blanco, los ratones, las lauchas y los pájaros de lejos lo veían venir y se escondían o se mandaban mudar, y que por esto era que no cazaba nada. -No sienta bien -agregó-, un traje demasiado vistoso al que tiene que vivir de su trabajo.

El entierro del perro

No hay como ser finado para ser bueno. Un perro muy querido de sus amos había muerto: lo enterraron en el jardín los niños de la familia, y casi lloraban al recordarse unos a otros todas las cualidades del finado.

-¡Qué bien cuidaba la casa! -dijo uno.

-¡Tan valiente que era! -contestó otro.

-Tan fiel.

-¡Tan bueno!

-Tan obediente.

Y mientras deshilaban ese rosario de alabanzas, el hijo del jardinero se acordaba que con el pretexto de cuidar la casa, el perro lo había mordido a él en la mano, sin la menor provocación.

Una lechuza al oír que trataban de valiente al muerto, no pudo hacer menos que reírse, acordándose que un día ella lo había asustado con sólo rozarlo a la pasada, corriéndolo después a gritos, un gran trecho.

¡Fiel! pensaba el gato, encogiéndose de hombros, ¡sí! cuando le daban de comer; y muy bien se acordaba que el perro se había quedado todo un día en casa del vecino, por haber sido agasajado con un pedazo de carne.

¿Bueno, él? escuchaba con asombro una oveja. Es que nunca habrán sabido por quién fue muerto el cordero que una vez encontraron destrozado.

¡Obediente! ¡qué rico!, cacareó la gallina. Sí, cuando lo llamaban a comer; pero cuántas veces, a pesar del reto que un día le dieron, me robó a mí los huevos. Es cierto que desde entonces, se sabía esconder bien para comérselos.

Asimismo siguieron los niños celebrando las virtudes del finado, sin querer oír nada de sus defectos; porque siempre dura más, y por suerte, el recuerdo de lo bueno que se ha perdido, que el del mal que ha dejado de causar dolencia.

El chajá y los patos

Una bandada de patos estaba a punto de volar para otros pagos; pero unos querían ir al sur, diciendo que en vista de la estación calurosa que se acercaba, se estaría mucho mejor allá, con grandes lagos siempre llenos de agua, aun en los días más fuertes del verano.

Los otros porfiaban que, acercándose la cosecha del trigo, era mucho mejor irse al norte, a Santa Fe (habían leído sus informaciones en los diarios), donde, decían, hay inmensos sembrados; allá se podría anidar y empollar en las mejores condiciones, por la abundancia de grano que siempre queda en los rastrojos. Ambas partes daban excelentes razones a favor de su opinión, pero ninguna podía convencer a la otra, probando una vez más que, aunque digan, toda discusión es inútil entre gente de opinión contraria.

Por suerte apareció por el cañadón un chajá, y los patos convinieron en someterle el caso, comprometiéndose cada bando a acatar su laudo sin más trámite. Los patos que querían irse al sur, se acercaron los primeros, y después de saludar al chajá, le dijeron:

-¿No es cierto, señor chajá, que es al sur a donde debemos ir?

-¡Chajá, chajá! -contestó sin vacilar el interpelado y con un tono de convicción que no admitía réplica. Los patos, agradecidos, se pusieron en marcha con rumbo al sur, gritando a los compañeros:

-¿No ven?

Pero los que querían ir al norte los dejaron salir solos y preguntaron también al chajá:

-¿No es cierto, señor chajá, que es al norte a donde debemos ir?

-¡Chajá, chajá! -volvió a gritar el chajá con la misma convicción, y los patos se fueron al norte, persuadidos de que el chajá les daba la razón.

El chajá, muy prudente, había sabido evitar compromisos y quedarse bien con todos.

La ostra madreperla y la ostra común

Con la misma ola vinieron a dar en la misma roca dos ostras, hijas de la misma madre, bien iguales al parecer, y se arreglaron lo mejor posible, pegándose en la piedra para vivir allí. Y crecieron, juntas, sin que nunca se les ocurriera a ninguno de los innumerables peces que diariamente pasaban por cerca de ellas y tan bien creían conocerlas, que pudiera haber entre ambas la mínima diferencia.

-Son dos ostras, y nada más -decían los peces, con una mueca de desdén-. Hasta que vinieron los pescadores; al llegar a nuestras ostras se abalanzaron ambos sobre una de ellas, despreciando del todo la otra, y pelearon cuchillo en mano para disputarse el único objeto de su ambición.

Los pescados asistían atónitos a semejante trance, llamándoles la atención, primero que tanto pelearan esos hombres por una ostra, y más, que fuera por una sola y no por la otra.

-¿Por qué no toman cada uno una, ya que son iguales? -decían.

-Es que -contestó una almeja muy versada en ciencias sociales-, no son de ningún modo iguales, aunque así lo parezcan. La igualdad no es cosa de este mundo; y siempre la madre perla, aun cuando su cáscara sea vulgar y fea, valdrá más ella sola que toda una multitud de ostras comunes.

La babosa

Deslizándose pesadamente entre las sombras de la noche, evitando con mucho cuidado el atravesar en descubierto las sendas iluminadas por los rayos de la luna, la babosa se arrastraba por el suelo, buscando en qué planta dejaría caer su baba asquerosa.

Plantas espinosas de abrojo, plantas grises y feas de cepa-caballo o de chamico hediondo, ortigas y yuyos venenosos parecían solicitar sus repugnantes abrazos, pero pasaba ella como despreciándolas. Algo mejor quería. Ensuciar lo sucio ¿para qué?, hubiera sido gastar en vano la baba de que anda tan bien provista.

Y siguió su camino hasta encontrar un rosal cargado de flores en el que trepó, recorriendo todas las ramas; trabajo le dio, por cierto, pero ¡qué gloria, qué gusto, qué deleite!, pudo ensuciar, sin dejar indemne una sola, todas las hermosas rosas espléndidamente abiertas por la primavera y perfumadas por el sol.

Cóndor y chingolo

El cóndor en su poderoso vuelo remontó a la cima de la montaña, se asentó en ella, torció su horrible pescuezo desplumado y recorriendo todo el horizonte con una orgullosa ojeada, exclamó:

-¡Yo, buitre, soy el centro del orbe!

Un gavián, amodorrado en la punta de un poste del telégrafo en plena Pampa, contemplaba entre los párpados a medio cerrar el horizonte lejano que por todas partes a igual distancia lo envolvía, y despertándose, también exclamó: ¡Yo, gavián, soy el centro del orbe!

Pero también el carancho, asentado en la cima de un sauce, viendo el horizonte amplio de la llanura extenderse por igual trecho a todos lados, gritó: ¡El centro del orbe soy yo, carancho!

El chimango, mientras tanto, dejó durante un rato de rascarse los piojos para cerciorarse desde lo alto de un poste del corral, de que, sin la menor duda el centro del orbe era él, pues no había más que fijarse en el horizonte para comprobar el hecho. Y tanto se convenció de que así era, que se lo dijo al chingolo.

Pero el chingolo, que no tiene ni una pluma de zonzo, no se la quiso tragar sin ver; voló para arriba, hasta lo más alto que le fue posible, y cuando volvió a bajar, le gritó al chimango: ¡Mentira, el centro del orbe soy yo, bien lo acabo de ver!

Y no hay pájaro en este mundo, por chico que sea, que no crea ser el eje de alguna cosa.

La vizcacha inexperta

Criticando, y con mucha razón, a sus padres, que pudiéndola hacer grande y cómoda, pues para ello habían tenido campo a discreción, habían cavado una vizcachera que no alcanzaba siquiera para toda la familia, una vizcacha joven y entusiasta del progreso exclamaba: «¡Pero si es una barbaridad!, haber hecho tan pocos cuartos, tan pequeños, con puertas tan angostas que no puede uno pasar sino de sesgo. Los zaguanes parecen hechos en terreno dado de limosna, y es preciso haber tenido poca previsión para no pensar en que algún día la familia aumentaría. Yo, cuando me establezca, voy a cavar una vizcachera tan grande que ni en todo un siglo la van a llenar mis descendientes».

Así hizo, y habiéndose casado, empezó a cavar una cueva inmensa, con bocas muy grandes por todos lados, zaguanes anchos como para pasar tres vizcachas de frente, cuartos enormes, y en tal cantidad que hubieran cabido diez familias de vizcachas, con todos sus trastos y los mil cachivaches inútiles que suele amontonar ese animal.

Y lo bueno fue que nuestra vizcacha no tuvo hijos, de modo que parecía cementerio ese gran caserón vacío. Nada más que para tenerlo limpio, se hubiera necesitado una multitud de sirvientes, y pronto se cansó de tanto trabajo. Se tuvo que limitar a vivir en cuatro de las piezas más reducidas y abandonó el resto de la cueva. No faltaron entonces alimañas de todas clases para apoderarse de lo que quedaba desocupado; atorrantes y vagos, gente de dudosas costumbres, bullangueros y ladrones, sucios y de mal vivir, que eran un peligro constante para la dueña de la cueva.

No prever ciertas necesidades del porvenir es malo, sin duda; pero anticiparse a ellas sin cordura, es peor.

Amor sincero

La nutria, con incontrastable emoción, se había fijado en que el terú-terú, cada vez que ella salía del agua y empezaba a cavar en la orilla del cañadón, para buscar raíces o por cualquier otro motivo, se venía disparando para estar a su lado. Le hacía mil saludos, estirando el pescuezo y moviendo la cabeza como títere, gritando de alegría y no dejándola ni un rato, mientras quedaba ella en tierra firme.

No tenía ni la menor duda de ser dueña absoluta del corazón del terú-terú, y pensaba que si él no se había todavía declarado, sólo debía de ser por timidez.

Cuando la nutria volvía a zambullirse, el terú volaba hasta la loma más próxima, donde vivía otra gran amiga de él, que era la vizcacha. Y allí se quedaba, cerca de la cueva, esperando la oración, hora en que salía la vizcacha a tomar el fresco, a comer y a cavar la tierra. Cuando empezaba ella su trabajo, la rodeaba de atenciones, rascando también el suelo, como para ayudarla, diciéndole mil cosas, haciéndole la corte.

Pero un día, la nutria lo sorprendió; no pudo dejar de manifestarle su despecho; y requirió de él declarase de una vez a cuál de ellas prefería.

El terú tuvo que confesar que a ninguna de ellas, y que sólo apreciaba como era debido la fineza que para con él tenían ambas de proporcionarle gusanos de todas clases, con escarbar la tierra, la nutria en los bajos húmedos y la vizcacha en la loma.

La boca da besos a la cuchara, pero no son de amor.

Pelea de gallos

Dos gallos peleaban: alrededor de ellos, las gallinas, en rueda, seguían las peripecias del combate, ignorantes del motivo que podrían haber tenido para andar tan enojados.

Y cuando, ensangrentados, ambos dejaron de combatir y se retiraron, rodeado cada uno de las gallinas que más quería, éstas, tímidas, les preguntaron por qué habían peleado con tanto encarnizamiento.

Y cada uno por su lado, erguido, contestó: «porque tenemos púas».

De la cintura a la mano salta solo el cuchillo; mejor dejarlo en casa.

El hornero y la palma

Una paloma doméstica alababa su habitación, tan cómoda y tan abrigada y hasta con nidos hechos de antemano. El agua, la comida abundante y variada, allí nada le faltaba, y sin trabajo casi, podía pasar en su casa la vida más feliz y más tranquila.

Entre los que la escuchaban estaba el hornero, ese pájaro tan modesto en el vestir, tan hábil y tan asiduo en el trabajo, de costumbres tan sencillas y tan francas, que nunca pide nada a nadie y todo lo espera de sí mismo, y cuya risa sonora tan lindamente celebra sus

alegrías, cuán abiertamente se burla de las necedades del prójimo. Y con riesgo de escandalizar a los que con los ojos, redondos de admiración, quedaban considerando a la paloma como un ser digno de envidia, se rió a carcajadas de lo que ella decía. Él, dijo, no tenía más que una casita de barro, edificada con mucho trabajo en un poste del telégrafo, y que siempre necesitaba composturas; a veces tenía que ir lejos a buscar los materiales; nadie, por supuesto, pensaba en prepararle la comida y vivía de lo que encontraba por allí. Tenía que formar nido para sus pichones y no podía costear sirvienta, ni cuando su señora estaba empollando; y asimismo no cambiaría, decía, su suerte por la de esta pobre paloma con su vivienda edificada a todo costo y con todas las comodidades de que la rodeaba el hombre. «Mi casa es un rancho, agregó, pero el rancho es mío; no viene el dueño de casa a apoderarse de mis pichones, como si fuesen de él, con el pretexto de que da de comer a los padres.»

«Del palacio ajeno que a tan alto precio arrienda la pobre esclava, la echarán cuando quieran; mientras defenderé yo, dueño, hasta la muerte, mi pobre rancho de barro».

Aun pequeña, la propiedad enaltece.

Las colmenas

No hay peor enemigo que el de tu oficio.

En el fondo de un jardín había tres colmenas, cuyas abejas trabajaban con igual empeño, pero no con igual éxito, sencillamente por estar una de las colmenas un poco más al reparo del sol y del viento que las otras.

Los tres enjambres eran del mismo origen, y todas las abejas parientas; pero no por esto se ayudaban de colmena a colmena, y cada familia trabajaba sola para sí, con guiñadas de envidia, más bien que de cariño, a las vecinas.

Una primavera de muchas flores, la colmena mejor situada se apresuró a desparramar en los alrededores su ejército de obreras y dio tal empuje a los trabajos, que se llenó de miel hasta más no poder, afirmando victoriosamente su ya afamada prosperidad.

No pudo hacer lo mismo la que estaba a su lado, porque, no siendo su exposición tan favorable, no tuvo bastante calor para apresurar el nacimiento de sus obreras; y cuando éstas ya pudieron salir, las flores escaseaban. Apenas se pudo juntar en esa colmena bastante miel para evitar el hambre durante el invierno, y las abejas de la colmena rica, al ver a sus vecinas cabizbajas y flacas, pronto dieron a conocer su indiscreta alegría que no tanto su propia prosperidad, como la desgracia ajena, las llenaba de gozo.

Y quizá se mueren de tristeza las abejas pobres a no ver al otro lado, completamente arruinada, la tercera colmena, con sus habitantes muriéndose de necesidad, lo que fue para ellas el gran consuelo que les permitió sobrellevar su propia pobreza.

El escarabajo y el picaflor

Cada uno, en este mundo, tiene su modo de ser, sus cualidades y sus defectos. El escarabajo es útil, el picaflor es bonito.

Pero el escarabajo no se contentaba con ser útil, y que se tuviera consideración por su trabajo; envidiaba al picaflor, de quien todos ponderaban la gracia y la gentileza, la hermosura y el brillante plumaje; no perdía ocasión de rebajar sus méritos, creyendo seguramente así ensalzar los propios. Todo lo que hacía el picaflor era criticado por el escarabajo, y hasta sus buenas acciones eran dictadas, al oírle, por la vanidad o por el interés.

-Es un haragán presumido; incapaz de trabajar; saquea a las flores, pero no sabe hacer miel. Bien mirado, no sirve para nada; dicen que es bonito; será, pero no piensa sino en lucirse y acaba por dar rabia el ver a ese atolondrado andar de flor en flor, festejándolas a todas y haciéndose el delicado hasta no tocarlas sino con la punta del pico. Yo no soy así, señor -agregaba-; siempre trabajo calladito, sin tratar de lucirme más que por mis esfuerzos en llevar a cabo mi ruda tarea de estercolero. Pero también todo el mundo sabe cuánto más vale un escarabajo que un picaflor.

Y así lo creía él.

La lechuza y el zorro

Durante una ausencia de la lechuza, el zorro le comió los huevos. Al volver ella a la cueva donde tenía el nido, hizo mil conjeturas sobre quién podría haber sido. El lagarto le era sospechoso y también la comadreja; el zorrino era muy capaz y el hurón bastante aficionado; varios otros bichos había a cual más ladrón y para quienes especialmente los huevos eran un manjar predilecto, y la pobre lechuza, deplorando su descuido, no sabía a quién echar la culpa.

No dejó de cruzar por su mente dolorida como una fugitiva idea que bien podía ser el zorro, pero la rechazó casi con indignación contra sí misma, al acordarse que el zorro era su propio compadre, y aunque algunos le aseguraron que era un gran cachafaz, no lo quiso creer capaz de semejante fechoría.

Y lo consultó, al contrario, sobre las medidas más conducentes a evitar en el porvenir la misma desgracia.

El zorro, muy comedido, se prestó a ello con la mejor voluntad, indicó mil medios, precauciones complicadas combinaciones de puertas y de cerraduras, y de estas últimas se guardó, sin decir nada, las llaves duplicadas.

El zorrino manso

Amanzado desde cachorrito, un zorrino vivía en una casa, en medio de la familia y de los animales domésticos, causando la admiración de todos por la decencia con que se portaba, sin dejar escapar jamás el mínimo olor a... zorrino.

Dedicaba su mayor amistad a los niños de la casa y a un cusquito que siempre andaba con ellos.

Y con la cabecita levantada como si buscara algo, olfateando, corría el zorrino por todas partes, se dejaba acariciar, comía carne en la mano del amo, entraba en el rancho, todo sin dejar sospechar siquiera que fuese capaz de hacer lo que tan bien hacen sus semejantes.

Pero un día, mientras estaban jugando los niños, el cusco y él, revolcándose en un montón en la tierra del patio, los vio un perro grande de afuera, que había venido con una visita; y se quiso entrometer y jugar él también.

Toscamente se abalanzó y ladró. El cusco, creyendo que lo quería morder, se asustó, los niños echaron el grito al cielo y quisieron disparar, y el zorrino, olvidándose de su esmerada educación para acordarse sólo del peligro inminente, soltó por todas partes su chorro hediondo, perfumando con él lo mismo al intruso que a los niños y al cusco; y el amo, que estaba en la cocina tomando mate con la visita, frunció la nariz y dijo: «¡Qué olor a zorrino!» sin acordarse en el primer momento de que al zorrino mejor amansado le puede volver la maña el día menos pensado.

La rosa, el picaflor y la mariposa

El ruiseñor, cansado de pasar hambre, había llevado a otros pagos su guitarra y sus cantos; la rosa, el picaflor y la mariposa, no teniendo los medios de seguirlo, habían pensado en sacar de sus dotes naturales la fortuna que tanta gente sin talento saca de oficios deslucidos y sin arte. Pensaron en ofrecer a los seres desprovistos de los adornos que embellecen, las pedrerías y el esmalte, los perfumes y la gracia que con prodigalidad les había deparado la Naturaleza.

No dudaban del éxito y calculaban de antemano los montones de dinero que les iba a valer esa luminosa idea. Pensaban desquitarse pronto del desprecio que les manifestaban todos los insectos que fabrican o producen algo de lo que se vende, y los que saben aprovechar el trabajo ajeno.

Abrieron un bazar de artículos de lujo, y la mariposa ofreció polvos de oro al gusano de seda. Éste, buen obrero, pero de toscos modales, contestó con una mueca: «¿Para qué quiero yo polvos de oro?»

La rosa les ofreció algo de su perfume a las flores del repollo, buenas campesinas ignorantes y groseras, que se taparon las narices como escandalizadas.

El picaflor recorrió las calles con una caja llena de pedrerías hermosas, ofreciéndoselas a los chingolos que encontraba. Pero los chingolos, muchachos locos y sin instrucción, les preguntaban si eran para comer; y al saber que no eran granos, alzaban el vuelo mofándose del importuno.

Pronto se fundió el boliche; se tiraron en remate por menos que nada las preciosas obras de arte de los socios; y los tres estuvieron en la miseria.

Muchos años después, comprendió la gente lo que se les debía y consagró su memoria.

Consuelo desconsolador para los artistas hambrientos.

El gato montés y la nutria

La nutria aseguró un día al gato montés que podría ella pescar muchos más peces de lo que hacía, y que, si se contentaba con pescar sólo los que necesitaba para su consumo, era porque no sabía dónde guardarlos. Confesó, que le daba lástima tener que desperdiciar tanta riqueza, pero todavía le parecía mejor dejar vivos los peces que tirarlos sin provecho para nadie. Asimismo suspiró, «¡cuánto siento no poder guardar algo de lo que hoy podría economizar para cuando la vejez me impida trabajar!»

El gato, a quien tanto gusta el pescado y que casi nunca puede lograrlo, al momento comprendió qué horizontes se abrían ante él, y dijo: «¿Podría usted cazar los peces sin matarlos?» -¡Cómo no! -contestó la nutria; casi sin lastimarlos. -Bien; entonces, dijo el gato; hagamos un negocio. Conozco yo un vivero natural, escondido entre las rocas, inaccesible para los pescadores, a donde me comprometo a llevar los pescados que usted me entregue; y allá se reproducirán de tal modo, que cuando la vejez le impida trabajar, usted tendrá a mano pescado para toda la vida.

-¿De veras se reproducirán tanto?

-¡Quién lo duda! -contestó el gato con el entusiasmo arrebatador de un cuentero del tío-. ¡Ciento por ciento! y garantido por mil exclamó, no sin orgullo.

La nutria quedó convencida; la ilusión embriaga, y contentándose con esa garantía que tan generosa como verbalmente le daba el gato, empezó a entregarle con regularidad cada día el más lindo pescado de los que había tomado. El gato se lo llevaba; se internaba en el monte, y ¡quién, entonces, lo hubiera visto almorzar!

Cuando asomó la vejez, la nutria quiso conocer el vivero y empezar a aprovechar su reserva de pescados, que el gato siempre le ponderaba.

Pero, un día con un pretexto, otro día con otro el gato siempre prorrogaba la inauguración, y cuando ya no le fue más posible echarse atrás, desapareció.

La nutria se convenció, algo tarde, de que cuanto más fuerte es el interés, menos seguro está el capital.

Los gatitos en la escuela

Una gata vieja, experimentada profesora, con los anteojos bien asentados sobre la ñata, explicaba a toda una aula de gatitos que era muy feo el mentir; que un gatito bien educado nunca debía robar la leche; que era un gran pecado el ser goloso, y que si era muy bien el cazar lauchas y aun comerlas, se debía evitar en lo posible hacerlas sufrir inútilmente, como lo solían hacer tantos gatos chicos y grandes.

Y la maestra agregó: «Bien segura estoy de que nunca en casa de sus padres, ninguno de ustedes ha visto tan malos ejemplos...» -¡Nunca, jamás! señorita -exclamaron a la vez todos los gatitos-. Bien -dijo la maestra-; pero puede ser que por casualidad los hayan visto en otras partes... -¡Sí, señorita, los hemos visto! -gritaron-. ¡Oh! ¿y dónde? -preguntó la gata, con una sonrisa-. En casa de Fulano, señorita-. Y cada gatito nombró la familia de algún otro alumno.

Los ojos a la casa del vecino, las espaldas a la propia.

El toro y la argolla

Un toro, de abolengo regular no más, había nacido con un genio temible; desde chico todo lo volteaba en el tambo y en el pesebre: nadie se le podía acercar, y el amo, al verlo tan indomable, desesperaba de poderlo jamás preparar para la venta.

Pero se le ocurrió, un día, hacerle ver que todos los toros más finos del rodeo tenían de adorno una argolla en la nariz; y hasta le dejó entender, mintiendo, que era de oro y que era la señal para distinguir a la torada decente de la de medio pelo.

El toro, que ya se disponía a cornear, se contuvo, miró, observó y vio que era cierto, y se quedó quieto durante un rato para permitir que el amo le colocase a él también la argolla. Cuando la tuvo puesta, quiso seguir embromando, pero sintió que de la argolla, a cada gesto, lo tironeaban y tanto le dolía que pronto tuvo que aflojar y someterse.

La lisonja es un gran domador.

Los dos carneros

Los carneros, en una majada, celosos y peleadores, habían criado uno para con el otro un odio tremendo. No se podían ver; hablaban pestes uno de otro y no se podían encontrar sin soltarse alguna grosería o por lo menos una ojeada de esas que morderían si los ojos tuvieran dientes.

Asimismo nunca se habían atrevido a pelear uno con otro, y quizá por no haberse descargado la tormenta, era por lo que andaba tan pesada la atmósfera.

Un día por fin reventó. Una palabra más fuerte, una mirada más insultante, o quizá sencillamente el viento norte, y se desplomó una tempestad de topadas.

¡Y fuertes!, no de esas topaditas de carnero mocho que son de pura parada, sino topadas de carneros aspudos, que suenan y duelen. Al fin ambos se cansaron sin haber cedido ninguno; y desde entonces mantuvieron entre sí una amistad inviolable y hasta edificante por lo desinteresada que era.

De la topada, la amistad.

El capón flaco

En el chiquero disparaban por todos lados los capones, sintiéndose amenazados por el ojo certero y la mano vigorosa del resero; y tanto más gordos se sentían, más asustados andaban.

Entre ellos estaba un capón bastante viejo, que los compañeros se admiraban de ver tan tranquilo en semejante trance.

¿Por qué privilegio singular había llegado a su edad sin haber caído jamás en la volteada? Su lana era linda, su tamaño regular; sólo su estado de gordura quizá dejaría que desear; y efectivamente parecía más bien delgado.

El resero ni lo revisó siquiera; a la simple vista se dio cuenta de que no valía la pena mirarlo de más cerca, y lo dejó tranquilo.

Un caponcito de los a quienes todavía no podía tocar la suerte, oyó entonces que el dueño de la majada decía al resero, señalando al capón viejo: «A ese animal le voy a poner cencerro, pues nunca lo podré vender; nunca lo he visto gordo; apenas a veces ha llegado a ser regular. No sé lo que tendrá, pues no parece enfermo».

Y preguntó el caponcito al capón viejo cuál era su secreto para haber evitado la suerte de todos los demás.

El viejo le contestó que, habiéndose fijado en que cuanto más llamaban la atención sus compañeros por su estado de prosperidad, más expuestos estaban a ser apartados por gente desconocida que no podía tener buenas intenciones, había formado desde chico la resolución de no lucirse nunca demasiado, de comer solamente para sostenerse en buena salud y quedar en un estado modesto, casi humilde, para no atraerse desgracias. «Y ya ves el resultado; he pasado la vida muy tranquila, sin sobresaltos de ningún género, y hasta honores me van a conceder, ya que está el amo por ponerme campanilla.»

La araña

La araña había tendido su tela en lugar muy propicio para cazar moscas. Al cabo de un rato cayó en la tela, no una mosca, sino un soberbio moscón, y la araña, alegremente ansiosa, lo miraba con toda su atención, estirando los hilos de la tela, esperando el momento oportuno para abalanzarse sobre el cautivo y despedazarlo.

Pero el moscón era bravo y fuerte; empezó a sacudir toda la tela, como Sansón el templo de Baal, y pronto vio la araña que para conservar la presa era de toda necesidad tender sin demora otros dos hilos principales, de la orilla de la tela hasta la rama en que estaba atada.

La araña es mezquina; le pareció mucho el gasto. Es cierto que el moscón era lindo y valía la pena; presas así no se agarran todos los días; pero también dos hilos más, y de los gruesos, ¡amigo! es mucha plata, y quiso creer que podía pasarlo sin ellos.

No esperó mucho rato el resultado; el moscón se fue con tela y todo, y la araña quedó colgando de un hilo, por suerte.

Ni voraz, ni mezquino: ni loco, ni tonto; sólo es juicioso el que sabe medir el gasto con el provecho.

La víbora y el zorro

En medio de una majada en parición andaba la víbora buscando cómo colgarse de la teta de alguna oveja para llenarse de leche, dando de chupar al cordero, como suele hacer, la punta de la cola para engañarlo, cuando oyó el balido de un cordero que se acababa de despertar; y al ratito, la voz de la madre que le contestaba.

No veía a la oveja; estaría detrás de una mata de paja que allí había, y la víbora se deslizó despacio para mirar y topó con el zorro, quien, imitando a las mil maravillas el balido de la oveja parida, trataba de hacerse seguir por el corderito hasta alguna cueva de donde éste no saldría más.

Al ver la cara atónita de la víbora, soltó la risa el zorro: «¿Qué le parece la ovejita, comadre?...»

«¡Eh! ¿Qué quiere?, cada uno se las compone como puede».

Algunos días después, el zorro, en ayunas, oyó el canto de un pájaro entre el matorral: «más vale, pensó, chingolo que nada» y fue despacito hasta donde oía el canto. Y topó con la víbora, quien, imitando a las mil maravillas el silbido de los pajaritos, trataba de indicarles el camino de su garganta.

Al ver la cara atónita del zorro, la víbora soltó la risa: «¿Qué le parece la calandria, compadre?... ¡Eh! ¿qué quiere? cada uno se las compone como puede».

-¿De qué vive Fulano? -De trampas. -¿Y tú? -También.

Hasta el pícaro tiene que vivir en este mundo.

El perro y el zorro

El zorro, viendo que se hacía cada día más difícil penetrar en los gallineros por lo bien que los perros los guardaban, trató de utilizar los recursos de su diplomacia para conseguir por astucia lo que la violencia ya no le podía dar. Se acercó con mil zalamerías al guardián de un gallinero, que lo era un gran perro danés con cara de pocos amigos. Gruñó el perro al verle; no se levantó, pero le indicó, mostrándole sus soberbios colmillos, que tenía muy poco gusto en recibir su visita. El zorro se hizo tan humilde, tan pequeño, lo saludó con tanta urbanidad, pidiéndole con insistencia que le permitiese una palabra, que el perro al fin le dijo que hablara. Y después de muchas circunlocuciones, el zorro le insinuó que podrían hacer juntos un brillante negocio; que lo único que tendría que hacer el perro sería fingir el sueño, mientras él sacaría del gallinero las gallinas y los pavos, dándole después al perro su parte en dinero o de cualquier otro modo.

El perro se hubiera podido levantar indignado y pegarle algo más que un susto al zorro; pero, como sabía que el abrojo no produce rosas, la propuesta no lo tomaba de sorpresa; se contentó con decirle que no era pan para él y le enseñó el campo.

El zorro se mandó mudar, más bien un poco ligero, por lo que podía suceder; y una vez en la cueva, pensó que un perro de tanta honradez debía de ser de poca viveza.

Con esta idea en la cabeza, lo fue a ver otro día. Se acercó a él arrastrando una bolsa bien cerrada y bastante pesada, y le dijo: «Señor perro, aquí traigo un pavo gordo que me acaban de regalar; como mi cueva está algo retirada y tengo que hacer una diligencia, le pido por favor que me lo guarde; si no lo vengo a reclamar mañana, será suyo sin más trámite. Lo que sí, como garantía, le pediré que me entregue un pollo que le devolveré cuando le venga a pedir el pavo».

El perro olfateó un momento la bolsa y tomándole olor a osamenta vieja, se levantó enojado: «¡So pícaro!» le gritó.

El zorro ya estaba lejos. Una vez en la cueva, pensé que debía de ser un caso raro el de ese perro danés, honrado bastante para no engañar a nadie, y bastante vivo para no dejarse engañar.

El cuis y la lechuza

Un cuis, bien incapaz por cierto de hacer a nadie ningún perjuicio, había establecido su domicilio en una modesta cuevita vecina de una vizcachera abandonada, en la cual vivía la lechuza con su numerosa familia.

El cuis, apenas amanecía, iba a sus quehaceres, sin ruido, sin llamar para nada la atención, yendo de mata en mata con asombrosa rapidez, tratando de evitar que algún mal intencionado, perro, hombre o gavián, lo viera a la pasada. Se mantenía con los brotes nuevos del pasto del campo, viviendo asimismo en los mejores términos con la oveja, que es de genio muy sociable. Ni siquiera probaba carne, ni comía insectos, y por consiguiente la lechuza no se podía quejar de que le hiciera competencia. Pues, asimismo, y a pesar de que cuando la veía, soñando en la puerta de su casa, acurrucada e inmóvil, la saludaba siempre con la mayor urbanidad, esa señora atrabiliaria, gritona, irascible y molesta, se despertaba por un largo rato de sus fúnebres pensamientos, movía la cabeza como si se le fuese a destornillar, abría sus ojos redondos, amarillos y escudriñadores, y mirándolo con rabia, lo

perseguía con sus gritos fatídicos, insultándolo como si hubiera sido un criminal, un sinvergüenza, un cachafaz, un ladrón, un asesino, en vez de ser el pobre, como en realidad era, un buen padre de familia, modesto, trabajador e inofensivo. Tanto que el terú-terú le preguntó un día a la lechuza qué diablos le había hecho el cuis para que le tuviera tanta rabia.

-Nada -contestó ella-; pero ¿no basta que sea mi vecino.

Los dos gallos y la polla

Un gallo hermoso y amable, comedido y de buenos modos, festejaba a una polla; no desperdiciaba ocasión de probarle su cariño, escarbando el suelo para ella, dejándole las mejores presas de las que podía lograr, todo con el solo anhelo de conseguir en recompensa de sus atenciones una mirada de aprecio.

Ni siquiera le hacía caso la polla; si, por casualidad, le prestaba atención, era para burlarse de él con sus compañeras.

Otro gallo que las frecuentaba, grosero, feo y mal educado, incapaz de prestar un servicio, brutal en sus modos, también festejaba a la polla, si festejo se puede llamar el trato que le daba, humillándola, haciéndola llorar de vergüenza y de rabia, burlándose de ella, hasta atropellándola.

¡Misterios del corazón de las pollas!, con éste fue con quien se casó.

El oso hormiguero

Tendido al sol, inmóvil entre los yuyos, bien envuelto en su espeso traje negro listado de blanco, luciendo magnífica cola del mismo género, el oso hormiguero gozaba de la vida. Su mayor placer era, siendo él muy haragán, observar el trabajo de las hormigas afanosas. Pasaba las horas enteras mirándolas; admiraba su ingenio, su constancia, su actividad, su destreza, su fuerza, sus cualidades de administración y de economía; pero, aunque sinceramente las admirase, nunca le había venido a la mente la idea de imitarlas. Le parecía tan natural que otros trabajasen y él no; la ley del trabajo no existía, según él, más que para cierta gente, predestinada probablemente por la Naturaleza a penar en este mundo para la mayor satisfacción de unos pocos privilegiados de la suerte.

Los hormigueros, de esto no cabía duda, no habían sido creados para trabajar. Sus uñas largas, su pesadez natural para caminar, claramente lo indicaban, y también, aseguraba él, su instintiva falta de ganas.

Pero hay que vivir, y aunque no trabaje uno, tiene que comer. No lo ignoraba el hormiguero, y bien sabía que el que no produce tiene que vivir del productor; que sólo se precisa encontrar para ello un medio que cuaje: y no se había quedado atrás.

Habiendo oído decir que a otros les bastaba vestir traje, lo mismo que él, negro con algo de blanco, y tener, también como él, la lengua melosa, para vivir bien sin hacer nada, tomó la costumbre, cuando tenía apetito, de estirar la lengua entre las hormigas; y éstas, creyendo que era azúcar, se le pegaban en tropel y las tragaba con toda tranquilidad.

Jerarquía

En este mundo, amigo, tiene que haber poderosos y débiles, ricos y pobres, gordos y flacos, hermosos y feos, amos y sirvientes, mandones y mandados. Ha sido, es así y será así siempre y en todas partes del mundo.

Así le decía un cerdo cebado, gordo y lustroso, a un pobre cerdo de campo, puro huesos y cuero peludo, para infundirle el respeto que consideraba serle merecido, por el permiso generosamente otorgado de tomar de su comedera una que otra espiga de maíz. Y el cerdo flaco, haciéndose el convencido, miraba con inmensas ganas de reírse a ese ser informe, incapaz de moverse; y pensaba entre sí: «¡Si será posible que ese fenómeno críe orgullo! ¡No te hinches, que vas a reventar!» Pero quedaba muy serio, y el cerdo cebado no podía leer semejante pensamiento en sus ojos humildes.

Mientras tanto, en el patio, un perro grande miraba desdeñosamente a un cusquito que pasaba cerca de él, la cola entre las piernas y los ojos suplicantes para que no le pegase. Y una vez evitado el peligro, el cusquito se fue algo lejos a echarse, y miraba de reojo al otro, diciendo entre sí: «¡Qué lástima que seas tan tonto como sois de grande, de grueso y de fuerte!» Y en el fondo de sus ojos brillaba una lucecita burlona y alegre que por la distancia no podía ver el perro grande, no siendo tampoco bastante perspicaz para adivinarla...

En los montes, el tigre llamó al gato de servicio para darle una orden, que más que orden, por el tono parecía reprensión, y respetuosamente se cuadró el gato, escuchando con atención lo que le gritaba el superior; y éste ni nadie hubiera podido ver, ni siquiera, sospechar, que detrás de esos ojos inmóviles y fríos había todo un poema de burla íntima, impenetrable y penetrante.

El gusano, al esconderse en el leño se mofa del bien-te-veo y de su grito amenazador; y la lombriz, humilde y fea, se burla de la mariposa, joya de la naturaleza; y la lechuza, del águila; el enano, del gigante; el jorobado, del Adonis.

Demasiado desgraciados serían los pequeños, los débiles, los humildes, los pobres, los feos, los que siempre obedecen y nunca mandan, si no tuvieran el inocente consuelo de poderse reír a su gusto, solos o entre sí, de los grandes y de los fuertes, de los orgullosos y de los que lucen su belleza, de los que siempre mandan y siempre son obedecidos.

-¡Ríanse, ríanse...! ¡Pero que no los vayan a ver!

El mono y la cinta elástica

Un mono entró por una ventana abierta en casa ajena y encontró colgada de un clavo una cinta elástica. La tomó de la punta, la estiró, y al soltarla sin pensar, vio que pegaba fuerte en la pared. Le gustó el juego; la estiró más y más, pegando así cada vez más fuerte en la pared.

Entonces pensó en estirla con toda su fuerza para ver hasta dónde podría alcanzar y quién sería más fuerte, si él o la cinta. Estiró, estiró; la cinta se iba poniendo larga y más larga, pero se adelgazaba y también empezaba a resistir. El mono tiraba siempre, pero algo como un recelo íntimo le aconsejaba la prudencia, y parecía decirle no abusar, no tirar hasta el último límite. La cinta ya casi no daba; el mono se sentía a la vez, y no sin cierto deleite, tentado de seguir y con cuidado; daba tirones todavía, pero pequeños, y el instintivo temor de algo que, sin que supiera bien qué, le parecía poder ocurrir, exacerbaba su gozo.

Al fin, y cediendo a ganas casi enfermizas de tentar la suerte, dio una sacudida más y ¡zas! recibió en un ojo, con una fuerza bárbara, el clavo sacado de la pared por la cinta elástica.

Quedó tuerto, pero un poco más juicioso... dicen. ¿Quién sabe?

La hormiga y su fortuna

La hormiga, después de haber trabajado muchos años, con constancia y empeño sin igual, ella y toda la familia, se encontró con una gran fortuna. En los primeros tiempos, a medida que iba levantándose su posición, iba también creciendo el clamor de los fieles amigos, de estos que no pudiendo jamás alcanzar el éxito, siempre le ladran por detrás; encontrando bien culpables por cierto los medios que tenía de enriquecerse, ya que no sabían ellos emplearlos.

Cuando de rica se hizo poderosa, los clamores hubieran podido ser peligrosos y se volvieron simples cuchicheos; pues, si bien hay que rebajar siempre un poco lo que no se puede igualar, es preciso hacerlo con prudencia. Y cuando se hubo cansado la gente de machacar sin cesar las mismas maledicencias se le ocurrió a la lombriz exclamar una vez en una reunión: «¡Cuando pienso que a mí me debe la hormiga todo lo que tiene!» Los circunstantes la miraron con cierto asombro, y ella prosiguió: «¡Y cómo no! ¿no se acuerdan ustedes que cuando llegó aquí, pobre, sin nada, desamparada, le facilité para que descansara, un agujero que yo misma acababa de hacer?»

-Es cierto, dijeron todos, y pronto se acordaron de lo que habían hecho para la hormiga, en otros tiempos, cundiendo en la mente de cada uno la idea de que a él le debía, si no toda su fortuna, por lo menos gran parte de ella. Hasta la misma araña se alabó de haberla dejado trabajar en paz, cuando muy bien la hubiera podido prender en su tela; y no hubo mosca, moscón o mosquito, gusano ni escarabajo, que no se atreviese a afirmar que sin él la hormiga todavía sería pobre.

Los dos perros y el ladrón

Los perros habían sido encargados de cuidar una casa durante la ausencia de los amos. Uno de ellos, creyendo así hacerse valer, no perdía ocasión de ladrar furiosamente. Cualquier pretexto le era bueno. Si alguno pasaba por la calle, agachaba la cabeza hasta el suelo, metía el hocico contra la rendija de la puerta y se desgañitaba ladrando.

El otro perro, después de comer su ración, se había pacíficamente arrollado en un rincón del patio, de donde podía, de una ojeada, ver todo lo que pasaba en la casa y se quedaba dormitando, sin hacerle caso al compañero, ni a sus gritos.

De repente apareció en el patio un hombre con un palo en la mano; era un ladrón, que sabiendo que los amos no estaban en la casa, había saltado por la pared del fondo y venía a ejercer sus talentos.

El perro gritón, al verlo, corrió hacia él, ladrando más fuerte que nunca; pero el ladrón levantó el palo y antes que lo hubiera dejado caer, el perro había disparado hasta el fondo del jardín, no con ladridos de guapo ya, sino con gritos agudos y despavoridos, como si estuviera herido de muerte.

Se sonrió el intruso y se dirigió hacia el otro perro que, parado y gruñendo, mostraba los colmillos. Éste no caviló mucho tiempo; al ver al hombre cerca, con el palo levantado, se abalanzó sobre él, y agarrándolo de la garganta, lo volteó enseñándole que más muerde el perro callado que el que mucho ladra.

La comadreja y el zorro

La comadreja vivía muy tranquila en una cueva donde había establecido su comercio de huevos; siempre tenía buen surtido, completo y variado de huevos frescos. No faltaban malas lenguas para asegurar que iba al mercado... de noche, y que todo lo que vendía era robado; pero nadie lo podía probar, y por fin el comercio es comercio. Lo cierto es que con todos se entendía muy bien, sabiendo evitar disputas y pleitos hasta con sus competidores: el zorrino, el hurón, el lagarto y demás negociantes en huevos. Buena madre, por lo demás, criaba con esmero a su numerosa prole, dando así el más alto ejemplo de moralidad.

Un día cundió la noticia entre el vecindario de que el zorro, de oficio procurador, muy versado en leyes, más aún, avezado en trampas, iba a honrar la población con fijar en ella su domicilio; famoso era el zorro por los pleitos que había ganado, algunos contra toda justicia; y los vecinos, alborotados, contaban maravillas de su astucia y de sus vivezas, y de su ciencia de jurisconsulto, capaz de enredar al juez más recto.

La comadreja no aplaudía con los demás. Se puso los cachorros en la panza y se mandó mudar a otra parte. «Buen abogado, mal vecino», contestó a los que le preguntaban por qué se iba.

El triunfo del zorro

Volvían de una guerra sangrienta todos los animales de pelea y se dirigían al sitio donde se debía hacer la distribución de medallas. Al frente del ejército marchaba el tigre rodeado de su brillante estado mayor; pero muchos de los más valientes guerreros faltaban de las filas, habiendo muerto en rudos combates.

Muy cerca del tigre caminaba el zorro, tomando aires de conquistador que poco concordaban con la fama de... prudente que tenía, y todos, al ver pasar la comitiva, se admiraban de verlo tan erguido y dándose tanto corte como los animales de más reconocido valor.

¿Habría realmente peleado mucho? se preguntaban todos. Y hasta se atrevió a preguntarle a él mismo el zorrino si de veras era candidato a la medalla, y en qué hechos de guerra se había distinguido.

-Amigo -le contestó el zorro-, la guerra ya pasó; cada cual ha cumplido con su deber. Decirle los hechos sería largo y molestaría mi natural modestia. Bástele saber que aquí estoy entre los sobrevivientes, y que sólo los muertos no caben en la lista de ascensos.

La gallina y la perdiz

Fuera del cerco de la quinta, como para tomarle, siquiera una vez por casualidad, el olor a la libertad del campo abierto, andaba la gallina. No sin un pequeño recelo al zorro, lo justito para aguzar el gusto, escarbaba la tierra virgen, gozando el raro placer, en medio de su vida abundante, de arrancar con mucho trabajo el escaso alimento que puede proporcionar el suelo sin cultivo: algún pequeño grano de hierba silvestre y amarga, algún insecto flaco, de más cáscara que carne.

No muy lejos del palenque, atreviéndose casi en el dominio del hombre cruel y de los perros sin piedad, en la esperanza de lograr algunos de esos productos ricos del trabajo humano, un grano de maíz, trigo o cebada, o algunos de estos insectos gordos y repletos, de pura carne blanda y sabrosa que sólo se crían en tierra bien abonada y que el arado saca al sol, andaba la perdiz, temerosa, sabiendo que al dejarse llevar así por el hambre, arriesgaba la vida en medio de mil peligros.

Ambas se encontraron, y después de pasado el período de las miradas filiadoras y más bien malévolas, que nunca faltan entre gente desconocida, empezaron a conversar, haciéndose primero preguntas y bien pronto confidencias.

La gallina le contó a la perdiz como desgracia sin igual, que una comadreja le había llevado un pollo; pero la perdiz le dijo que esto era poca cosa, pues ella más de una vez había perdido, robados por el zorro y demás bandidos de la misma laya, no un pichón, sino todos; y esto sin contar los huevos que desaparecían del nido a cada rato.

La gallina insistió en que su desgracia era mayor, ya que el mismo hombre le quitaba los huevos, los pollos y hasta la vida, a veces; pero la perdiz le contestó que siquiera le daba algo en cambio, y no la mataba sin necesidad mientras que de ella hacía hecatombes, por puro gusto.

La gallina se quejó amargamente de que en el gallinero donde la encerraban de noche, faltaba un vidrio; pero la perdiz le dijo que por allí no entraría más que un chiflón, mientras que en el campo raso donde vivía ella, no era nada el viento mientras no alcanzaba a huracán. -«Es cierto, dijo riéndose, que por mucho que sople, nunca podrá voltear el techo de mi casa».

Algo enfadada, la gallina le declaró a la perdiz que un chiflón era más peligroso para la salud que cualquier viento fuerte y la prueba es, agregó, que este invierno estuve a punto de morir de una pulmonía.

-Pero la cuidaron, ¿no? -contestó la perdiz-, y la curaron. Pues nosotras cuando caemos enfermas, nos tenemos que cuidar solas y a la de Dios es grande.

-Tengo hambre -interrumpió la gallina, deseosa ya de cortar la conversación-; y me voy para la casa a ver en qué piensa esa gente, pues han dejado pasar ya la hora del almuerzo.

-No se queje, señora -le dijo la perdiz-, no se queje por tan poca cosa; mire que sin sufrir un poco en este mundo, no hay gozo; sin el hambre, la sed y el cansancio, ¿qué valdrían el comer, el beber y el dormir?

El pato

Las gallinas y los pavos se burlaban del pato, porque no sabía correr; animal más lerdo, más pesado y menos elegante para caminar, aseguraban todos no haber visto jamás; y hasta de volar y quizá de nadar opinaban que se había vuelto incapaz, desde que se había acostumbrado a la buena vida del corral. El pato benévolamente se sonreía, sin decir nada en contra, y casi dejaba entender que la misma opinión tenía él de sus facultades locomotoras.

De repente cruzó un perro disparando por entre las aves y la fuga fue general; los pavos y las gallinas, corriendo y volando lo mejor que podían, se desparramaron, y cuando se acordaron de mirar lo que había sido del pato con asombro vieron que, de un vuelo poderoso, había ido a dar a una laguna bastante retirada y que la estaba atravesando a nado con gran rapidez, habiendo hecho por lo menos dos veces más camino que el más liviano de ellos.

Con el susto, no hay gente lerda, y el que no corre vuela.

El nido del carancho

Un carancho, cansado de oír tratar con el consiguiente desprecio de «nido de carancho» todo lo que en este mundo anda desordenado, resolvió quitar de encima de su raza esta vergüenza; y se desveló, cavilando, calculando, combinando, gastando tiempo y dinero en inventar y perfeccionar modelos de nido, a cual más cómodo, más higiénico, más bien arreglado bajo todo concepto, hasta conseguir uno que llenase todas las condiciones deseables.

Cuando le pareció haber completado su obra, resolvió presentarla a la gran asamblea anual de los caranchos que se suele juntar en la primavera alrededor de una laguna, en la Pampa del Sur.

Empezó por preparar los ánimos con un discurso bien pensado, sensato y ponderoso, deplorando que una rutina secular en la confección absurda de los nidos destinados a alojar

el fruto de sus amores, hubiera condenado a los caranchos a servir de lema al desorden y al barullo. Y enseñó a la concurrencia el modelo de nido perfeccionado, de su invención, que tantos desvelos le había costado. Explicó cómo se debía construir, acomodar y cuidar, asegurando que el uso de este nido por todos los caranchos los pondría a la cabeza de la civilización pajarera. Creía el pobre que lo iban a aclamar; que todos iban a celebrar entusiasmados su genio inmortal y su gloria sin par.

Primero, no hubo más que un murmullo de satisfacción cuando terminó el discurso, que había sido algo largo; y algunos tímidos elogios escasos y con restricciones, por el mucho trabajo que le había de haber costado la construcción del modelo, muy bien ideado, por cierto, pero... y empezaron las críticas, y no faltaron, entre la gente joven y poco seria algunas risas, porque siempre lo que es nuevo parece algo ridículo.

Uno encontró absurdo el tener un reparo contra la intemperie; los antepasados habían empollado al aire libre y no había más que hacer lo mismo que ellos. Por lo de tener una especie de canasto bien tejido con mimbre en vez del manojito de brusquillas mal arregladas que hasta hoy habían usado, les parecía, en general, una idea temeraria; pues no todos los caranchos sabrían tejer, y esto traería forzosamente complicaciones en los hogares y quizá en toda la república.

En cuanto a forrar con lana, cerda, pluma y hojas secas, el fondo del nido para tener mejor los huevos, y sobre todo, los pichones al nacer, ni pensarlo. Los caranchos, acostumbrados desde miles de generaciones a tener cuando empollan, palitos y espinas que les entran en las carnes por todos lados, comodidad que completan la lluvia y el sol en el lomo y las corrientes de aire por debajo, no podían, sin cometer una locura y hasta un crimen, repudiar las costumbres heredadas de los antepasados. Un orador fogoso habló de atentado a la constitución, y los ánimos se fueron sobreexcitando poco a poco de tal modo que por poco escapó el malhadado reformador de ser muerto a picotazos.

El cisne y la garza mora

Sin pedir nada a nadie, una garza mora, gris y flaca, tiesa en una pata, con las plumas erizadas y el pescuezo entre los hombros, miraba indiferente desde la ribera del lago las graciosas evoluciones del cisne. Éste andaba dándose corte y presumiendo alrededor de la hermosa casilla que en un islote le servía de morada.

Vio a la garza, solitaria, pobre y mal vestida, y para darse tono, más que por caridad, se aproximó a ella con aires protectores.

El cisne pensaba que la garza lo iba a saludar con el respeto que la pobreza parece deber a la fortuna, y quizá a pedirle alguna limosna: pero, a pesar de que despacio y dando vueltas se iba acercando, veía que la garza no se movía y lo seguía mirando con la mayor indiferencia.

Se le acercó del todo, y para entablar la conversación, enteró a la garza mora de quién era, de cuál era su situación en el mundo, brillante por cierto, y hasta envidiable, asegurándole que sus medios y sus relaciones le permitían ayudarle, sí como era de presumir, lo podía necesitar, con alguna concesión de pesca o cualquier otra cosa que le pudiera ser útil.

La garza no contestaba y parecía no oír o no entender estos amables ofrecimientos, por espontáneos que pareciesen. Ella no necesitaba más de lo que tenía; no quería mayor riqueza; vivía como podía sin deber a nadie obligación alguna, ni la quería contraer, sabiendo demasiado que nadie da nada sin condición; y de ahí su silencio desdeñoso.

Y el cisne no tuvo más remedio que volver a su casilla suntuosa, sin haber logrado comprar lo que siempre había creído de tan poco valor: un orgullo de pobre.

El pato y las gallinas,

Dos gallinas se disputaban a picotazos una espiga de maíz; como si no fuera bastante el trabajo de desgranarla.

Un pato, después de considerarlas y de reflexionar un rato, expresó su opinión con su voz melodiosa, y tomando por su cuenta la espiga, empezó a golpearla con tanta fuerza que por todos lados rodaron los granos.

Las dos gallinas dejaron de pelear, para comer apuradas lo poco que pudieron agarrar, pues el pato devoraba, revolcando sin cesar la espiga en el lodo; y sintieron no haber hecho las paces antes, conociendo algo tarde que evitar un pleito es ganarlo.

El perro y el cabrón

El perro ovejero, viendo que, por haberse aumentado mucho la majada ya no la podía cuidar como era debido, resolvió pedir al pastor que le nombrase un ayudante. Pero antes, le participó al cabrón su intención de designarlo como candidato. Agradecido éste, le aseguró que haría todo lo posible para hacerse digno de tanta confianza y corresponder a la protección que se le dignaba conceder; y lleno de alegría, se fue a contarle todo a las cabras, que lo contaron a las ovejas, contándolo éstas a los carneros.

Todos vinieron a felicitar a su futuro jefe, a ofrecérsele y a recomendársele.

El cabrón es de poca cabeza; empezó a creerse un personaje; escuchaba las menores confidencias del menor borrego como si fueran secretos de estado, tomando aires de profunda atención, sacudiendo la cabeza y moviendo los párpados, llegando a darse con sus astas torcidas y su luenga barba blanca toda la apariencia de un sabio reverendo.

Pronto algunos animales de la majada le insinuaron que, una vez nombrado él por el pastor, le sería fácil con un poco de diplomacia suplantar al perro; y que, si había que acudir a la fuerza, allí estaban ellos.

Y el cabrón no dejó de escucharlos con cierto placer.

Pero lo supo el perro, y sencillamente desistió de pedir ayudante al amo.

Como pasaba el tiempo sin que viniese el nombramiento, empezaron los futuros protegidos a preguntar al cabrón para cuándo sería.

-¡Ah! ¿Ese puesto -dijo-, sí, que me lo querían dar? ¡hombre! todo bien pensado, no quise.

Mucho ruido, pocas nueces

Acordándose de su grandeza pasada, cuando eran gliptodontes, las mulitas, peludos y matacos, indignados de que ya todos los despreciaran, convinieron en formar un gran partido, que mimando por la base el edificio político, acabaría por derrumbarlo.

De construir otro no hablaron todavía, pensando que destruir ya era mucha ocupación, y empezaron a cavar tantos pozos, que no pudo menos el gobierno que fijar en ellos su atención.

El programa de los revolucionarios era muy sencillo y claramente anunciaba su intención: voltear al gobierno y ponerse en su lugar. Reformarían entonces las leyes, dando al país otros rumbos, naturalmente mucho mejores, y más dignos de sus grandes destinos, y de ese noble ejemplo nacerían reformas tan profundas que renovarían, no sólo al país, sino a muchos otros, a la humanidad entera, abriendo a la civilización otros horizontes, nuevos, inmensos.

El gobierno pensó que, en presencia de un movimiento de tan amplias proyecciones, debía tomar medidas inmediatas, enérgicas y adecuadas. No vaciló: nombró al peludo más comprometido en el movimiento revolucionario, comisario en un pueblito de doscientas almas, con condición expresa de que primero se empeñara en calmar los ánimos, lo que hizo en seguida con espléndido resultado.

¿Qué más revolución hubiera querido, ya que tenía sueldo?

El zorro y el puma

Siempre debería rebosar la fiambarrera del puma; pero mata sólo por matar, sin saber conservar nada; teniéndose a menudo que contentar con cualquier cosa para no morir de hambre.

El zorro, que también aunque no sea por tonto, conoce las duras leyes de la necesidad, un día, vio que el puma se encontraba sin nada que comer; él tenía dos perdices, y haciéndose el generoso, con todo desprendimiento le ofreció una.

Pero, el día siguiente, como su amigo había carneado varias ovejas, le pidió que le cediera por favor un cuartito para almorzar.

-¿Qué va a hacer con un cuarto, amigo? -contestó el puma-; tome, no más; sirvase, coma y llévese lo que quiera para su casa.

El zorro bien sabía que así sería y no se hizo rogar; se llenó hasta más no poder, y en pago de su perdiz tuvo de comer por ocho días.

Es preciso saber dar en este mundo. Pero también es preciso saber prometer; y cuando se le presentó la ocasión, no la desperdició.

Los ovejeros empezaban a cuidar mucho sus corrales y la vida se hacía difícil. El zorro andaba flaco como pulga de pobre, y en ayunas, encontró a su amigo el puma con una perdiz que por suerte acababa éste de cazar.

-¿Y va a comer usted esta porquería? -le dijo el zorro al puma-; cuando allí, cerquita, tiene una majada rodeada y sin perros.

-¿Dónde? -dijo el puma.

Véngase conmigo: lo llevo.

-Bueno; entonces tiro la perdiz; es flaca, de todos modos.

-No la tire; démela: la voy a comer; a mí me gustan más las aves.

Y el zorro se comió la perdiz con pico, patas y pluma, y le dijo al otro: «Venga, no más».

Agarró por entre las pajas, dio vueltas y vueltas, hasta que en un descuido del puma, lo dejó buscar sólo las ovejas del cuento.

La armadura del peludo

Uno de sus vecinos tenía fastidiado al peludo con siempre querer invadir la loma de su propiedad, valiéndose de pretextos siempre nuevos y siempre ruines; y el peludo, pensando que sería prudente precaverse por si acaso, mandó hacer una armadura; pero tan pesada se la hicieron, que casi no se podía mover, y el vecino no hubiera precisado romperla para vencerlo, pues con ella encima pronto se muere.

La desechó y cambió de armero. Éste le hizo otra, fuerte y liviana, de peso tan bien repartido en todas las partes del cuerpo, tan fácil de llevar, de aliviar o de reforzar, según los casos, y al mismo tiempo de tan poco costo, que podía con ella ir, venir y trabajar sin la menor dificultad; y lo mejor era que se la había fabricado con la misma materia de las uñas con que el peludo trabaja la tierra. De por sí, el vecino dejó de embromar.

La espada de un pueblo siempre debe ser del mismo acero que las rejas del arado.

La sequía

Los cañadones y las lagunas estaban resecos; los arroyos se cortaban y las vertientes habían bajado tanto que ya difícilmente se podía sacar agua de los jagüeyes. Era de toda necesidad que algo se hiciera para salvar la situación: establecer represas, cavar pozos

surgentes, regularizar el curso de los arroyos, poner en práctica por fin todas las buenas ideas que inspiran las apremiantes necesidades; de otro modo, se morirían todas las haciendas de la región.

Hubo un *meeting* y se decidió que una diputación fuera a interpelar al gobierno para increparle su desidia e impelerlo a que tomase inmediatamente las medidas que el caso requería. Pero mientras aprontaban sus discursos los comisionados, empezó a llover, y llovió a cántaros; ¡llovió! pero ¡qué llover!... Y, cuando se presentó la comisión, la recibió el ministro de Lagunas y Jagüeyes, entre burlón y orgulloso. Habló con elocuencia de las medidas enérgicas que hubiera tomado si la sequía hubiese seguido; casi habló de la lluvia como de una de ellas; y con derramar flores de retórica sobre las campiñas verdes, cubiertas ya de pasto renaciente, logró una ovación triunfante. Todos quedaron conformes y ni siquiera se acordaron de que pudiese volver la sequía.

El mono y el perro

Un mono, después de haberse primero asustado bastante, al oír sonar en el yunque el pesado martillo manejado por el herrero en medio de torbellinos de chispas, había quedado observando con admiración el trabajo, y poco a poco había entrado en su cabeza de buen mono el deseo loco de hacer lo mismo.

Lo que hace el hombre, ¿por qué no lo va a hacer el mono?

Y un día que el herrero estaba durmiendo la siesta, agarró un mazo de palo por haberle salido muy pesados los de hierro, y llamando la atención de un perro que guardaba la casa, le dijo: «mirá, ¡vas a ver!»

El perro miró: las pruebas del mono siempre le interesaban, pues, aunque a veces salieran pésimas, nunca dejaban de ser graciosas y de causarle risa.

Mientras se preparaba el mono, una mosca vino a fastidiar al perro, y para cazarla, éste abrió una boca enorme, pegando mandibulazos como para reventar no una mosca, sino un buey, tanto que el mono se interrumpió para decirle: «Pero amigo, no abras tamaña boca para una mosca; se debe proporcionar el esfuerzo y la herramienta al trabajo. Aprende del herrero, como aprendí yo. «¡Mirá!» Y alzando con las dos manos el martillo de palo pegó en el yunque un tremendo golpe. Ni sonó siquiera el yunque, pero se quebró el cabo, y el martillo le vino a dar en el hocico un porrazo bárbaro; lo que hizo que el perro se desternillara de risa, por el modo tan lindo con que ponía en práctica el mono sus propias lecciones.

Las voraceadas del tigre

Por muchos que sean los recursos de que uno se pueda valer, nunca debe voracear: al que no sabe medirse todo le es poco y todo se le concluye. Así le pasó al tigre.

Creyó que las ovejas nunca se acabarían, pues el hombre las cuidaba bastante bien para que siguieran aumentando, a pesar de las muchas que él se comía. Y con esta creencia, empezó a hacer matanzas tales que pronto mermaron las majadas. Daba festines a sus amigos y más era lo que se desperdiciaba que lo que se consumía.

Cuando no hubo más ovejas en los alrededores, por haberse llevado el hombre las pocas que el tigre le había dejado, hizo éste con las vacas, las yeguas y los cerdos, lo mismo que con las majadas, y fue tal la mortandad que pronto los que quedaban se mandaron mudar a otra parte.

El tigre conoció días amargos: los bichos silvestres son más vivos que los animales domésticos, aun ayudados por el hombre, y no fue ya sin trabajo como pudo satisfacer su terrible apetito. Asimismo, les hizo una guerra tan encarnizada, que pronto ni cuadrúpedos, ni siquiera avechuchos, quedaron en la llanura, y no sabiendo el tigre comer pasto, se murió de hambre.

El vizcachón previsor

A los viejos les gusta amontonar. Será que no pudiendo ya producir, tienen miedo de quedarse de repente desamparados, y al fin, hacen muy bien.

Un vizcachón viejo, viudo, sin hijos, sin familia, amontonaba en su cueva todo lo que podía encontrar. Unos jóvenes sin experiencia creían que lo hacía por avaricia y se burlaban de él, haciéndole ver que cuando se muriese, lo que no podía tardar, por su edad avanzada, todo iba a caer en manos de indiferentes, parientes lejanos, o quién sabe quién, y que haría mucho mejor en gastarlo todo desde luego.

-¿De qué le sirve -decían- cuidarse del día de mañana, cuando probablemente no lo alcanzará usted a ver?

-Es que más me gusta, muchachos -contestó el viejo-, correr el riesgo de enriquecer por mi muerte aún a mi peor enemigo, que el de quedar, en vida, a cargo de mi mejor amigo.

El pavo y el gallo

Un pavo estaba pegando una tremenda soba a su pobre compañera; y un gallo le preguntó el por qué de tanto furor.

Resolló un tanto el pavo, y secándose el sudor:

-¿No ve -dijo-, que fue esa pava a contar por todas partes un secreto que yo le había confiado?

-¿Y por esto le pegas? -dijo el gallo-. Pues, amigo, otra vez no la maltrates, que será más decente: ni le confíes tus secretos, que será más prudente.

Las vizcachas

Hubo un momento de gran alboroto entre las vizcachas, cuando cundió la voz de que el dueño del campo había resuelto hacer destruir a pala las vizcacheras: y debía de ser cierta la noticia, pues una noche que el capataz de la estancia volvía de la pulpería bastante alegre, rodó su caballo en una cueva, y las vizcachas, que estaban todas pasteando alrededor, clarito le oyeron que rezongaba: «La suerte que mañana llega la cuadrilla de napolitanos que nos va a librar de esa plaga».

Las vizcachas se juntaron en asamblea, y después de decidir ésta que por ser la lucha por demás desigual, no había más remedio que emigrar en masa, el presidente dijo: «La mudanza empezará mañana», y levantó la sesión.

El día siguiente llegó la cuadrilla, pero tarde, y se lo pasaron los napolitanos reconociendo el campo, dejando el trabajo para el día siguiente. Y las vizcachas, siguiendo el ejemplo, dijeron otra vez: «Mañana».

Los hombres no hicieron más, el día siguiente, que contar con prolijidad las vizcacheras que había; y las vizcachas pensaron que la mudanza lo mismo se podría hacer «mañana».

Empezó el trabajo; pero, justamente en la otra punta del campo, de modo que los jefes de las vizcachas que se habían juntado, volvieron a decir: «Mañana».

Comenzaron a llegar vizcachas escapadas de la matanza, muchas de ellas heridas por los perros, sembrando el espanto en las vizcacheras indemnes aún. Asimismo, como todavía antes de muchos días, no estaría la cuadrilla en esta loma, parecía inútil mudarse este mismo día. ¿Para qué tanto apuro? «Mañana será lo mismo», dijeron y se quedaron así días y días, hablando siempre de mañana, acostumbándose a oír noticias amenazadoras, a ver acercarse el día del peligro, sin por esto moverse, pensando que siempre habría tiempo: *mañana*.

Y cuando llegó por fin ese terrible *mañana*, era tarde ya para mudarse, porque no habían preparado donde; era tarde ya hasta para huir, y todas perecieron.

A veces tarda un año, pero siempre viene *mañana*.

El pavo real, la urraca y el hornero

¡Pero, mire, ¡qué lindo está el pavo real! -decía el hornero sin envidia a su comadre la urraca.

Es un gusto verle abrir su magnífica cola, y gozo al ver llevada tanta riqueza con tanta elegancia. Debe de ser feliz el pavo real: hermoso, elegante, rico, amado, no hay duda; y el espectáculo de la felicidad siempre me ha dado placer.

-Pues a mí me revienta -contestó la urraca-; y lo encuentro a su pavo real, un orgulloso, chocante y tilingo.

-De envidiosa, no más, comadre; por no saber apreciar sino las cualidades que también puede usted tener. Mal hecho; no sienta a cualquiera cualquier adorno. Míreme a mí, por ejemplo. ¿Cree usted por un momento que quisiera tener la riqueza del pavo real? ¡Dios me libre!, pues no la sabría aprovechar; si la escondiese por timidez, renegarían todos de mí; me tratarían de avaro, y si la quisiera lucir, ¡pobre de mí!, en qué ridículo caería, y como se burlarían todos del medrado orgulloso.

La hermosura y la riqueza, efímeras ambas, juntas, están bien y se completan; mientras que el que no nació para rico siempre vive, cuando adquirió fortuna, sin poderla gozar, entre el deseo de aumentarla y el miedo de perderla.

La araña y el sapo

Un sapo andaba en desgracia. Ninguna mosca se le acercaba y empezaba a tener una de esas hambres que quitan la vergüenza al más honrado. Al levantar los ojos, vio que en la tela de la araña, su vecina, estaban presas tantas moscas de todos tamaños, que en dos o tres días no las iba a poder comer todas.

Con un grito o dos de su voz simpática llamó a la araña y le pidió prestadas algunas moscas, prometiéndole que pronto se las devolvería.

La araña, sabedora de que el que presta pierde el dinero y las amistades, primero hizo la que no oía.

Después hizo la que no entendía.

Contestó en fin que tenía pocas.

Dijo que no eran todas de ella.

Agregó que no podía despegarlas.

También afirmó que, habiéndose ya negado a prestar a la rana, no podía, sin crear conflictos, prestar al sapo.

Y cuando éste ya se dio vuelta, enojado, diciéndole que todo esto no eran más que malos pretextos: «Serán malos pretextos, dijo entre sí, la araña; pero las moscas son buenas.»

Caridad

Sucedió un horrible accidente; se desplomó el techo de una casa abandonada, hiriendo de gravedad a muchas ratas; y entre todos los animales inscriptos en la sociedad de socorros mutuos se inició una subscripción, para proveer camas que era lo más urgente; y todos se apresuraron a dar pruebas efectivas de solidaridad.

El mismo hurón que, días antes, se había comido todos los hijos de una de las ratas heridas, no vaciló en traer su óbolo, y para ello se sacó de la espesa cola un puñado de pelos. Y todos, enternecidos por este rasgo de generosidad, susurraron con los ojos llenos de lágrimas: «¡Qué bien! ¡mire que con las ratas andaba algo distanciado. Y asimismo, ya ve!»

La oveja se lució. Era unos días antes de la esquila; llevaba cinco libras de lana, los calores empezaban, y su poncho la tenía molesta. Se arrancó un gran mechón de lana y lo entregó al comité. Todos los presentes echaron el grito al cielo: «¡Qué generosidad! ¡qué desprendimiento!»

Y como Damián, el venado, que sin tener mayor relación con las ratas, pero llevado por su buen corazón, traía en aquel momento un puñadito de pelos cortos, que sólo con pelarse casi toda la paleta había podido conseguir, lo miraron con bastante desprecio.

Sólo Cristo supo valorar el óbolo de la viuda.

El hurón y el zorro en sociedad

El zorro hizo, una vez, sociedad con el hurón. Éste entraba en las conejeras; el zorro se quedaba afuera, espiando, y con diente ligero, cazaba a los conejos asustados que asomaban a la puerta.

Al hurón le daba parte de la presa, lo menos posible y de los peores pedazos: el cogote, la cabeza, las patas.

Pero el hurón quedaba muy conforme así; y el zorro no tenía boca para ponderar a su socio, su compañero y su amigo. Ciertamente le mezquinaba un tanto la carne, pero los elogios llovían: era fuerte, valiente, sin pereza, dócil, fiel, honrado, franco, sin orgullo... un tesoro.

Un día, asimismo, ¿quién sabe por qué sería? tuvieron un disgusto y el hurón pidió la cuenta. El zorro se la arregló: y después de contar, no se sabe bien qué, con las uñas, le hizo ver al hurón que él era quien quedaba debiendo, y lo despidió, perdonándole la deuda, pero tratándolo de desagradecido.

El hurón se fue y empezó a trabajar por su cuenta; le fue bien, no más: engordó, mientras que el zorro, que ya casi no podía cazar, enflaquecía a ojos vistas.

Un día el zorrino le preguntaba al zorro por qué no trabajaban ya juntos con el hurón: «¿Qué quieres, amigo? Contestó don Juan, ¡si no sirve para nada!»

¡Es un flojo, un cobarde, un haragán, un vanidoso, un desobediente, un sin palabra... un cachafaz!».

Las cualidades ajenas fácilmente se vuelven odiosas para el que ha dejado de aprovecharlas.

El rruiseñor y los gansos

Un ganso se había enriquecido vendiendo plumas, y todos sus hijos seguían con el mismo oficio, enriqueciéndose más y más. Una tarde que, después de comer hasta más no poder, tomaban el fresco, cambiando de vez en cuando graznidos insulsos sobre los negocios del día, oyeron los simpáticos trinos del rruiseñor.

El padre ganso lo llamó y le declaró que, deseoso de proteger el arte, lo que le permitía hacer su gran fortuna, había resuelto ofrecerle el puesto de maestro de música de sus hijos, remunerándolo generosamente con la casa y la comida.

El rruiseñor no necesita mucha casa, ni mucha comida; pero, artista incipiente, era tan pobre que aceptó.

Empezaron las lecciones: pero por mucho que hiciera, nunca pudo conseguir de sus discípulos otra cosa que el estridente grito: «¡Juan, Juan!» y desanimado, se retiró diciéndole al padre: «Mire» señor; mejor es renunciar; sus hijos han nacido sólo para ganar plata, no trate de hacer de ellos artistas».

El burro

EL burro había nacido bueno, alegre, sumiso, lleno de buena voluntad. Era feo, es cierto, pero se reía con tan buena gana, que a pesar de su voz horrenda, su rebuzno parecía canto. Se burlaban de él y de su facha: él sacudía las orejas y se reía, bonachón.

Pero, porque era bueno, empezaron a abusar de él. Era fuerte, por ser tan chico, lo cargaron demasiado; era sobrio, casi no le dieron de comer; era resistente, le hicieron trabajar más de lo que era posible. Y cuando ya no daba más, lo empezaron a maltratar.

Se le avinagró el genio; sus orejas no se movían ya risueñas, sino que las echaba para atrás, enojado, enseñando los dientes y aprontaba las patas.

Y el amo, desconfiando, a pesar de tener en la mano el palo amenazador, decía: «¡Qué malo es el burro!»

La vizcacha y el zorrino

La vizcacha tendrá sus defectos; pero es afincada, vive con su familia en casa propia; es ordenada, le gustan el ahorro y la limpieza, y todo bien mirado, es persona decente.

Una tarde que iba troteando por el cardal, la saludó con mucha cortesía el zorrino y se le puso a la par, entablando conversación y siguiendo viaje con ella. Aunque la vizcacha sólo lo conociera de vista, no lo quiso desairar y le contestó atentamente. Pero pronto se fijó en que todos los conocidos a quienes saludaba por el camino se hacían los ciegos o los despreocupados y no le contestaban el saludo; primero se resintió y después reflexionó; y pensó que, no pudiendo ser para ella la afrenta, debía de ser por su compañero. Lo miró de reojo, no le vio nada de particular, pero le tomó como un olorcillo raro. Olfateó más fuerte y ya se dio cuenta de que andaba mal acompañada; pronto, con un pretexto cualquiera, dio media vuelta, se paró, saludó al zorrino:

Mucho gusto -le dijo- en conocer a usted. Pero no le ofreció la casa.

El loro muerto

El loro llenaba en la corte tres empleos: anunciaba la visita de los altos personajes, tenía el encargo de recrear a Su Excelencia en sus momentos de ocio con cuentos amenos y de atajar a los solicitantes con el grito consagrado: «¡No hay vacante!» Y como es justo, teniendo tres empleos, cobraba tres sueldos, como quien dice nada.

Murió, y pocas horas después del triste acontecimiento, estaban conversando el chajá, la urraca y el bien-te-veo, ponderando a cual más las cualidades del finado: -¡Pobre señor loro!, decía uno con aflicción. -¡Qué muerte tan repentina-, contestó otro tristemente! -¡Es un gran vacío!, observó el tercero compungido. -¡Y una gran vacante!, murmuró la urraca. Y el chajá se sonrió y también el bien-te-veo, y los tres, mirándose con ojos de candidato: ¡Qué vacante linda, che!, susurraron los tres.

Maniobras militares

El buitre, no pudiendo saciar su hambre en la comarca montañosa y pobre en la cual la naturaleza lo había relegado, resolvió invadir la llanura poblada de hacienda donde tan bien vivían los gavilanes y caranchos. Pero, como eran muchos aquellos y bastante guapos para defenderse, conchabó dos mil chimangos, creyéndolos aves de presa, y formó con ellos un ejército.

Bien mantenidos, aquéllos se prestaban a la prueba, y cuando supieron volar por batallón y compañía, el buitre les hizo hacer maniobras militares. Fueron soberbios los chimangos, de disciplina, de pericia y de valor; pero, cuando al felicitarlos el buitre les anunció que con semejantes tropas ya no vacilaba en invadir los valles apetecidos, volaron todos para sus pagos, graznándole: ¡Adiós, que otra cosa es con guitarra!

El perro, el cimarrón y los guanacos

Los huanacos, amenazados en sus bienes y en su vida por un cimarrón hambriento, pidieron al perro su protección.

Éste, por pereza, para evitar compromisos, se hizo el desentendido y dejó al cimarrón dueño de hacer lo que quisiera.

Atorrante, ladrón, con el cuero todo roto y el pelo haraposos, endeble y flaco, éste no se hubiera metido con el perro, ni por cuatro huanacos; pero, absteniéndose el otro, los atacó, los degolló, y con su carne engordó y crió fuerzas; con sus despojos se enriqueció. Y cuando se sintió poderoso, mostró los colmillos al mismo perro.

Aun por propio interés el fuerte debe ayudar al débil.

La vaca empantanada

Una vaca flaca como un estacón de ñandubay, quiso tomar agua en un charco y quedó empantanada. Debilitada por el hambre, viendo que no podía salir sola del paso, esperaba sin moverse la muerte, cuando por allí pasó el caballo.

Con mugido triste y mirada lánguida lo llamó en su auxilio, y el caballo, servicial por naturaleza, entró en el barro y empezó a ayudarla.

En la loma apareció en aquel momento el zorro. Se sentó, y de aficionado no más, contempló ese espectáculo tan raro de un servicio prestado con todo desinterés.

El caballo se tornó un trabajo bárbaro; levantó, tiró, empujó al animal embarrado. Se ensució de los pies a la cabeza; pero por fin, sacó a la vaca del pantano.

Y apenas estuvo ésta en piso firme, agachó la cabeza y lo quiso cornear.

El caballo, en su noble candidez, quedó estupefacto ante tal ingratitud; mientras que silencioso, con una sonrisa sardónica, se retiraba el zorro.

Las pértigas y la barrica

Dos pértigas, paseando, vieron pasar la barrica, y cimbrándose de risa, las dos juntas exclamaron: ¡Mirá, che, qué barbaridad!

La barrica las miró y con su voz profunda dijo: ¡Menos risa les causaría mi redondez si no fueran ustedes de tan risible flacura!

¡Ya no soy poeta!

Un cabecita negra cansado de cantar gratis, fastidiado de llenar de melodías las frondosidades del monte y de celebrar las bodas de todas las avejillas con sus poéticos gorjeos, sin nunca recibir un peso, resolvió buscar otros medios de vida.

Un día que se le acercó un gorrión con su gorriona, rogándole tuviera la amabilidad de componer su epitalamio, bruscamente les contestó: ¡Ya no soy poeta! El gorrión, incrédulo, se sonrió y también la gorriona.

Era cierto, sin embargo; el cabecita negra se había vuelto vendedor de perfumes, por cuenta de las flores que crecían en las orillas del monte, y para probárselo, ofreció a la gorriona venderle un elegante frasquito de esencia. Pero antes que le dijera el precio, la gorriona coqueta miró al cabecita negra con unos ojos tan tiernos, que éste no pudo resistir al deseo de regalarle el frasco, y de yapa le dedicó un delicioso madrigal.

El gorrión no dijo nada; pero la mueca que con el pico hizo, bien dejaba entender que para él el que nace poeta, poeta muere, y que no tardaría el cantorcito comerciante en pedir moratorias.

La cúspide y el valle

Cuando llegó el sauce a la comarca buscando fortuna, la cúspide y el valle se apresuraron a hacerle sus ofrecimientos. La primera, codiciando tan admirable adorno para su calva cabeza, lo buscó por la vanidad. Le ponderó la gloria que sería para él dominar desde lo alto de tan imperiosa cima todas las tierras encerradas en el horizonte, con todas sus plantas, grandes y pequeñas, y sus habitantes, desde el insecto imperceptible hasta el hombre orgulloso.

Se dejó tentar el sauce y quiso subir hasta la cúspide. Pero cuanto más subía, más iba sufriendo de la sed y de la violencia del viento; se marchitaban sus hojas; sus mejores ramas se quebraban; y cuando vio lo que todavía tenía que arrostrar para llegar, le gritó a la cúspide que no lo esperase, pues encontraba por demás áspera la senda de la gloria.

Bajó hasta el valle. Allí lo saludó discretamente el arroyuelo cantor, propinándole sin reserva las aguas de su curso. El viento, atajado por las montañas vecinas, apenas era un céfiro acariciador que le refrescaba suavemente la melena, y los pájaros, alegres, venían por bandadas a reñir y a gorjear entre su follaje.

El valle le ofreció la hospitalidad: modesta y retirada, sin gloria y sin honores; era la vida que en él se hacía, pero vida tranquila, de paz profunda. El sauce allí se quedó.

En las alturas sólo resiste el árbol inquebrantable o la planta rastrera.

El ñandubay la paja

Un pequeño trozo de ñandubay, entre las cenizas del fogón, lentamente se iba consumiendo. Poca llama salía de sus ascuas, pero cantaba suavemente el agua de la pava, y podría seguir cantando así durante muchas horas, antes de que se apagase el fuego.

No muy lejos estaba un gran montón de paja; y la misma brisa que, al correr por la llanura, de vez en cuando avivaba el resplandor de la brasa, susurró al oído del trozo de leña lo que en tono de desprecio venía diciendo él de la paja:

-No sé cómo se llamará esto -decía-, pero seguramente da más compasión que calor. Casi tengo ganas de ofrecerle mi ayuda para enseñarle lo que es fuego.

De acuerdo con el ñandubay, la brisa, soplando fuerte, echó encima del fogón todo el montón de paja.

Soberbia fue la llamarada, pero tan rápida pasó y se extinguió tan pronto, que dejó apenas una ceniza liviana, sin haber siquiera conseguido hacer hervir el agua. Y con calma se siguió consumiendo el pequeño trozo de leña, haciendo suavemente cantar durante muchas horas todavía el agua en la pava.

Lo que vale en la vida es el esfuerzo que dura.

El picaflor enojado

En un jardín donde acostumbraba merodear un joven picaflor, una tarde, colocaron un gran espejo en forma de globo, para que en él se miraran las flores coquetas y las mariposas presumidas.

Como siempre, el picaflor, el día siguiente, luego que empezó el sol a calentar, entró como flecha en el jardín, en busca de miel, pinchando aquí, pinchando allá, en su vibrante aleteo de arco iris viviente, dando a la flor vencida los crueles besos de su largo pico.

De repente, vio relumbrar en el gran globo de cristal las mil flores coloradas de la misma planta que estaba saqueando, y dejando pasmarse en inútiles deseos las elegantes campanillas que le pedían su amor, fue a dar de picotazos a la sombra de ellas.

Hubiera debido ver que se equivocaba; pero, acostumbrado a no encontrar resistencia, se dejó enceguecer por la ira, y siguió picoteando, enojado, enfurecido, hasta romperse el pico en la dura pared de pintadas ilusiones, y caer moribundo, víctima de su locura.

La reflexión y la ira son enemigas mortales, y siempre una de ellas mata a la otra.

La hormiga alada

Vino la primavera, y con ella le salieron alas a una hormiga negra, acostumbrada hasta entonces a caminar por el suelo, sin que jamás hubiera pensado en mirar hacia el cielo. Al sentirse tan liviana, se creyó dueña del orbe; miró con desprecio a sus compañeras que seguían arrastrándose en la senda del trabajo, con su pesada carga; y tomando su vuelo, partió para conquistar el mundo.

Corto fue el viaje: pasó una nube, cayó un aguacero, y la hormiga alada pronto quedó muerta entre el barro del camino.

Los favores de la suerte suelen traer consigo sus peligros.

Las opiniones del gallo

El gallo canta claro y no disimula lo que piensa.

Dice la verdad, y la dice toda: pondera sin zalamería lo que le parece bien, y critica sin acritud lo que le parece mal.

Así debería tener puros amigos, pues a cada uno le ha de gustar saber que aprecian sus cualidades, y también, por otro lado, le ha de gustar conocer sus defectos, para tratar de corregirlos.

Pues no parece que así sea; y muchos, al contrario, acusan al gallo de ser mala lengua, o injusto, y le tienen rabia.

La oveja, por ejemplo, no lo puede ver: es cierto que en varias ocasiones ponderó el gallo en excelentes términos el gran valor de su vellón y su amor materno; pero también se permitió una vez insinuar que era algo corta de espíritu; miren ¡si será!

La cabra, sin duda, le habría conservado su amistad, si se hubiera contentado con hablar de su sobriedad y de la excelencia de su leche; pero también dijo que ella tenía el genio algo caprichoso: ¡una mentira sin igual!

El chajá había quedado muy conforme al oír que el gallo alababa lo abundante de su pluma, lo discreto de su color gris y el buen gusto de su traje; pero no le pudo perdonar el haber criticado su canto.

El burro también quedó con el gallo en muy buenas relaciones mientras se concretó éste a hacer justicia a su templanza y a su amor al trabajo; pero tuvieron que quebrar, pues un día se atrevió el otro a decirle que sus modales eran toscos: ¡Figúrese!

La vizcacha, ella, no quiere saber nada con el gallo, y lo mantiene a distancia, pues la juzgará este señor de bien poco mérito, cuando ni siquiera se ha dignado acordarse de ella nunca.

Por suave que sea el almíbar de la alabanza, cualquier átomo de crítica lo vuelve amargo; pero más amarga aún que la crítica, es la indiferencia.

Los burros y el eco

Cualquier acontecimiento que en la Pampa ocurriera, era, lo mismo que en todas partes, objeto de los comentarios de cuanto bicho viviente hubiera. Cada uno daba su opinión según su propio temperamento, su posición o sus intereses: y las aves de rapiña, ni las fieras,

podían apreciar un hecho social o un decreto del gobierno con el mismo criterio que las ovejas o las liebres.

Sucedió que unos cuantos burros, habiéndose juntado por casualidad, al pie de unas piedras altas, el eco hacía retumbar de tal modo sus rebuznos, que tapaban éstos el murmullo de las mil voces cuchicheando en la llanura; y aprovechando la coincidencia, exclamaron a un tiempo, para que los oyeran bien todos y repitieron hasta cansarse: «¡Nosotros somos la opinión!»

Acabando por creerlo así ellos mismos, y también muchos otros; pero no todos...

El carnero filósofo

Un carnero, viendo cuánto bien producía a la gente ovejuna su modo de vivir en sociedad, quiso generalizar el sistema y reformar en ese sentido las costumbres de todos los animales. Trató, por una propaganda incansable, de juntarlos en una sola familia, demostrándoles que para todos sería de gran provecho.

Empezó por querer asociar a todos los pájaros con las aves; pero pronto vio cuán difícil le sería casar al avestruz con la gallina.

Y cuando trató de juntar a los cuadrúpedos entre sí, y a éstos con la gente que vuela, fue peor; pues cada uno tenía sus costumbres y sus mañas, andando ligero unos y otros despacio; volando, caminando o nadando; comiendo carne o comiendo pasto; éstos bien vestidos, aquéllos desnudos; unos con dos patas, otros con cuatro; acostumbrados algunos a no llevar cola, y muchos queriéndola conservar; los pájaros queriendo imponer la pluma a todos, y los cuadrúpedos el pelo.

Hasta hubo grandes riñas, por haber nacido vivos, fuertes y bien parecidos unos cuantos, y no querer ellos volverse tontos, débiles y feos, para hacerles el gusto a los demás.

Renunció el carnero a poner en práctica su teoría, y se conformó con haber agregado uno más a los sistemas filosóficos ya fracasados o por fracasar.

La luciérnaga y las arañas

Una luciérnaga, entre los yuyos, brillaba, y esta luz ofuscaba a las arañas escondidas en sus rincones oscuros.

Tácitamente se coaligaron las envidiosas para siquiera tapar, ya que no la podían apagar, esa lámpara molesta; sin ruido, la fueron envolviendo poco a poco con tantas y tan espesas telas, que, aunque siguiese prendida, no podían sus rayos traspasar el velo, y que para todos quedó como si no existiera.

El silencio suele ser a veces arma tan malévolas como la maledicencia.

El cordero negro

En la majada nació un cordero negro; y el pastor lo miraba con desprecio, por ser su vellón de escaso valor. Al repartir entre los corderos la ración de grano, siempre trataba de que no pudiera comer su parte; y una mañana que el negro, quejándose, lo ensordecía con sus balidos: «cállate, le dijo, haraposo, que gritas como si fueras blanco y bien vestido», y el cordero le contestó: «Es que el hambre no hace diferencia, y lo mismo necesita comer el negro haraposo como el blanco bien vestido».

El águila y el gorrión

El gorrión, con imprudencia de cortesano novel, criticaba en voz alta, en un círculo de muchos otros pájaros, el gobierno del águila. Aseguraba que los impuestos eran excesivos y estaban mal repartidos; que se derrochaban los dineros públicos; que la justicia era pésimamente administrada; que las elecciones, falseadas, mandaban al congreso puros politiqueros ignorantes; que todo se volvía negocio; que el verdadero mérito nunca era recompensado, y que sólo conseguían los puestos públicos los que para nada servían.

Y muchas otras cosas se disponía a criticar, Cuando el águila que, sin que hubiera sentido el gorrión, se había aproximado al grupo, le preguntó de qué gobierno estaba haciendo la historia.

El gorrión no se inmutó:

-Del gobierno del abuelo de Vuestra Majestad -contestó sin vacilar, saludando al águila con toda cortesía.

Y el monarca no pidió más, recapacitando que, efectivamente, todo aquello, desde entonces, había mejorado muchísimo.

El tutor y la planta

Una planta delicada recién colocada en un jardín, necesitaba tutor para resistir los asaltos del viento; y el jardinero, no teniendo a mano ninguna rama seca, cortó un gajo de sauce, y lo clavó en la tierra para sostener a la planta débil.

Durante algún tiempo, todo anduvo bien; pero cuando vino la primavera, la rama de sauce se cubrió de hojas, aparentando proteger con ellas a su pupila, quitándole en realidad todo el sol y echando raíces tan grandes que pronto chuparon toda la savia del suelo. A los pocos meses se marchitó la plantita y murió, mientras que el tutor seguía creciendo; ¡como si para crecer él lo hubieran colocado en ese sitio!

No lo hizo por maldad; fue casi sin pensar, y la culpa era del jardinero, por no haber sabido elegir el tutor.

Los patos caseros y los patos silvestres

En un corro de patos caseros se conversaba juzgando con severidad, entre charlas a gritos, la cobarde comportamiento de los mismos patos caseros, en general, y la propia en particular. Con expresiones fuertes castigaban todos la sumisión incondicional de que daban al hombre tantas pruebas, dejando que dispusiera de ellos y de sus familias a su antojo.

-Es una vergüenza -decían- que vivamos en semejante abyección, presos voluntarios de nuestro tirano, contentándonos con ruidosas e inútiles protestas, cuando le vemos matar sin piedad a nuestros hijos, sin que nunca hagamos un gesto de rebelión, sin que campeemos por nuestros fueros, o siquiera emprendamos la fuga, dejándolo plantado y recuperando nuestra independencia.

Sus gritos eran tan fuertes, que un pato silvestre que pasaba por allí volando en libertad, los oyó; y dejándose livianamente caer cerca de ellos, se mezcló en la conversación.

Escuchó con atención todo lo que decían los patos caseros: sus quejas contra el tirano y sus protestas, y aprobó sus amagos de rebelión.

Los patos caseros lo miraron, primero, de rabo de ojo cuando manifestó su conformidad con lo que ellos mismos decían; pero siguieron conversando.

Impugnó uno de ellos su falta de unión para sacudir el yugo que sobre los patos caseros pesaba. Aplaudió el forastero... Le contestó un murmullo rezongón.

Otro pato casero trató a sus compañeros y a sí mismo de cobardes.

-Tiene razón -dijo el forastero.

Un repiqueteo de picos enojados se dejó oír en el corral.

-Somos todos unos sinvergüenzas -gritó un orador; y el pato silvestre, entusiasmado por tanta elocuencia, dejó escapar un: «¡Es cierto!» que si no hubiera tenido buenas alas, le cuesta la vida; pues, una cosa es ser patos caseros y confesárselo entre sí, y otra que un forastero se lo venga a decir.

El chajá y los mensajeros

Para evitar en lo posible a los habitantes de la Pampa los perjuicios que les podría causar su venida repentina, la lluvia siempre, antes de llegar a alguna parte, se hace anunciar por el chajá, cuya voz estentórea y cuyo vuelo poderoso le permiten cumplir muy bien y ligero con su misión.

Un día que el chajá andaba en amores, pensó que, por una vez, podría, sin que lo supiera nadie, hacerse reemplazar. Llamó, pues, al cisne que volaba por los aires, y le pidió que por donde pasara tuviese la bondad de avisar a todos que ya venía la lluvia. El cisne prometió, y siguió viaje.

Para mayor seguridad, el chajá le pidió el mismo servicio a la gaviota, cuya voz gritona se oye de lejos; al flamenco, que viaja mucho; a la paloma, que viaja todavía más; y a la cigüeña, que es persona servicial y conoce a medio mundo.

Todos prometieron, y el chajá, bien tranquilo, volvió a sus amores. Pero el cisne andaba muy apurado, como siempre, y callado; y pasaba sin decir nada a nadie, y sin dar ningún aviso. La gaviota salió llena de buena voluntad; pero encontró a unos hombres que araban, y tantos gusanos se revolcaban en la tierra removida, que allí se detuvo, olvidándose completamente del encargo. El flamenco dio con una laguna tan transparente que no pudo resistir a las ganas de admirar en el agua su hermoso pelaje rosado, y tanto tiempo se quedó allí que no pudo después cumplir su promesa.

La paloma, llevada por su instinto invencible, volvió, a pesar suyo, al palomar, y allí la detuvieron, mientras que la cigüeña se quedaba pescando en cuanto cañadón encontraba a su paso; de modo que cuando la lluvia llegó, nadie había podido tomar sus medidas para evitar perjuicios.

El chajá recibió un terrible reto, casi lo destituyeron, y vio que lo mejor es hacer uno mismo sus cosas, sin contar con nadie; pues, resulta chasco todo lo que a otro se confía.

El águila, el chimango y las urracas

Las urracas, habiéndose reído al pasar el águila, ésta, en un arranque impetuoso, se abalanzó sobre ellas, mató dos o tres y remontó el vuelo, dejándolas para siempre curadas de las ganas de burlarse de ella.

El chimango asistía de lejos a la escena; y también quiso un día imponerles respeto a las urracas. Pretexto no le faltaba, pues siempre de él se mofaban ellas y lo perseguían, riéndose a carcajadas.

Majestuosamente, pues, desplegó sus alas, y dejándose caer sobre el grupo de las más gritonas, las amenazó con las uñas y el pico. ¡Pobre de él!

Las urracas se juntaron en bandadas, y de tal modo lo hostigaron, que tuvo que salir disparando, no sin haber perdido parte del plumaje. Y a doña Chimanga, que le preguntaba por qué se había metido con esa gente:

-Me quise hacer respetar -dijo.

-Y saliste chilado -le contestó la compañera.

El zorro y la vizcacha

EL zorro se aprovechó de que la vizcacha había ido a veranear con la familia en la costa de un cañadón, para apoderarse de su habitación en la loma.

Y cuando volvió la dueña, le declaró con toda desfachatez que, aunque conocía perfectamente que ella tenía para sí todo el derecho, se negaba a entregarle la cueva.

Protestó la vizcacha enérgicamente, y juró que haría valer su derecho.

-Para valer, el derecho necesita ayuda -le dijo el zorro-. Y agregó, riéndose: -¿Por qué no lo ve al perro?

La vizcacha rabió, pataleó; pero acabó por conformarse con hacer otra cueva, pues pronto se dio cuenta de que el zorro tenía razón: que el derecho, sin ayuda, poco vale, y que la ayuda, a veces, puede costar caro.

El perro gritón

El tigre y el puma, con el cimarrón y el zorro, habían entre todos muerto a un buey, y como la presa era grande, no peleaban entre sí, demasiado ocupados por acordarse de impedir que cada cual voracease a su gusto.

Pero la muchedumbre de los animales pequeños que también viven de carne, los rodeaba con envidia, admirando las ganas con que comían.

Más de uno había tratado de agarrar un bocado, pero tan severo había sido el castigo, manotón o mordisco, que ya ninguno se animaba, y se contentaban con rezongar; viendo lo cual un perro, trató, ladrando fuerte y sin cesar, de fomentar una sublevación.

En el mismo momento en que estaba gritando con más ahínco, el zorro con una guiñada al tigre que ya sacaba las uñas, le tiró justito en la boca, con destreza y discreción, un buen pedazo de carne que le hizo callar en seguida.

El que come no grita.

El cisne y la gallareta

Lleno de orgullo, se dignaba aceptar el cisne los homenajes de la gallareta, humilde y pobre, dejándole desdeñosamente los restos de su opulenta mesa.

Sucedió que un día la gallareta, habiéndose comido por error una mojarrita de la reserva del cisne, entró éste en un furor desmedido. La insultó groseramente, ofendiéndola en lo más íntimo de su dignidad de pájaro, injuriándola a ella y a su familia, tratándola de tal modo que la gallareta, indignada, resolvió retirarse a otros pagos.

Pero la miseria al cabo de algún tiempo fue tal, que un pato comedido le ofreció interceder en su favor cerca del cisne, y la pobre aceptó.

Primero el cisne no quiso oír nada. «Se fue, dijo, ¡que se quede donde está!», hasta que, poco a poco, se apaciguó y acabó por consentir en recibir otra vez a la desgraciada, dignándose, generoso, perdonar las injurias... por él mismo inferidas.

Los cimarrones y el tigre

El tigre, cansado de ver que los pumas venían hasta el corral donde encerraba las ovejas para su consumo, a matárselas, resolvió salir en busca de gente para dar a estos ladrones un escarmiento tal, que por toda la vida se acordaran.

Y se fue, dejando encargado al cimarrón de vigilar bien el corral hasta que volviera.

El cimarrón, desconfiando de sí mismo y temeroso de la ira del amo, si sucediese alguna desgracia, no se animó a cuidar solo y fue a buscar a algunos amigos suyos, todos gente de pelea y guapos, para ayudarle.

En la misma noche de haberse ido el tigre los pumas vinieron numerosos a pegar malón, aprovechando la ausencia del temible dueño de casa. Pero los cimarrones estaban ya en sus puestos, y si muchos fueron los pumas que en el corral entraron, bien pocos pudieron salir.

Antes que hubiesen degollado una sola oveja, fueron atropellados, envueltos, deshechos a mordiscones, pereciendo casi todos.

A los pocos días volvió el tigre con todo un ejército de jaguares y de onzas, de gatos monteses y demás felinos, gente sanguinaria y traicionera, parientes pobres de su misma familia.

El cimarrón los fue a recibir, presentando al tigre a los que tan bien le habían ayudado en su hazaña, y le enseñó los cadáveres de los pumas que yacían en el corral.

El tigre elogió su valor, dándoles a todos las gracias por el inestimable servicio prestado, y los cimarrones se retiraron a su aposento, llenos de contento, soñando con las grandes recompensas que no podían menos de serles otorgadas por el magnífico cumplimiento de su deber. Pero durante la noche, y mientras estaban durmiendo, el tigre los hizo degollar a todos, pensando, quizá con razón, que, vencidos ya sus enemigos, podrían a su vez volverse peligrosos los vencedores.

Un servidor poderoso es, más que ayuda, peligro.

El bien-te-veo y la comadreja

El zorro, muy ocupado en cazar perdices, iba deslizándose en un surco, tan despacio y con tanto disimulo, que ni un terrón se movía a su paso. Pero por bien que se confundiese

con el color del suelo el color de su pelaje, el bien-te-veo desde su nido lo vio y no pudo contener las ganas de hacerlo saber a todos.

-¡Bien te veo, bien te veo! -gritó a voz en cuello-. El zorro se paró, y renegando a media voz:

-¡Imbécil, dijo, que se quiere hacer el vivo!

Y se arrasó en una depresión del terreno, esperando que pasase la tormenta.

Mientras tanto, una comadreja overa había oído los gritos del bien-te-veo, fijándose inmediatamente en el sitio de donde salían.

El bien-te-veo dejó el nido y se vino a reír del zorro: -¡Bien te veo, y bien te veo, y bien te veo!

Y la comadreja, haciéndose la zonga, le preguntó con aire inocente a quién gritaba así. El pájaro le enseñó al zorro escondido; pero la comadreja se hacía la ciega y buscaba al zorro sin quererlo ver, persiguiendo a preguntas al bien-te-veo, pidiéndole que se lo señalase mejor; y el bien-te-veo se lo enseñaba, entreteniéndose en burlarse de la comadreja, tan corta de vista o tan tonta, decía.

Hasta que se acordó de los pichones que había dejado abandonados en el nido, y volvió allá con su vuelo de relámpago amarillo, en tres enviones de armoniosas curvas.

No encontró ya a los pichones; se los había llevado la compañera de la comadreja overa, temible trepadora de árboles, mientras su consorte la entretenía con mil preguntas.

¡Pobre del zongo que se quiere hacer el vivo, en vez de cuidarse del vivo que se está haciendo el zongo!

La fiesta del águila

EL águila, rey de los pájaros, resolvió juntar en una gran fiesta a todas las personalidades más distinguidas de su reino en todos los ramos, y todos acudieron, deseosos de figurar en la *Vida Social*, que seguramente publicaría la lista de los concurrentes.

Hubo militares, como el cóndor y el carancho, el halcón y muchos otros; oradores, como el loro y la urraca; viajeros, como la golondrina y el pato; cantores, como el cardenal y la calandria; arquitectos, como el hornero; industriales, como el ganso, y no faltaron los amantes de lo bello, el pavo real, el picaflor y el cisne, ni muchas otras celebridades que anduvieron recorriendo los salones, luciendo cada cual su merecida reputación, el avestruz y la lechuza, y el chajá, y el flamenco, y en fin, todos: el pavo también estaba.

La fiesta fue espléndida; se cambiaron elocuentes brindis, algo largos algunos, pero llenos de palabras entusiastas y de altos conceptos, y todos quedaron al parecer encantados.

Y sin embargo, al tomar su vuelo para sus respectivos pagos, a todos les parecía que algo les había faltado. Y era simplemente que, habiendo venido cada cual únicamente para hacerse admirar por los demás, todos se habían chasqueado, desde el águila hasta el chingolo.

El novillo

Un invernador, ayudado por sus peones, estaba llenando de pasto seco unos grandes pesebres para que de noche los novillos pudiesen comer a su gusto, cuando de repente vino corriendo contra él un novillo con las astas agachadas, enfurecido.

El hacendado apenas tuvo tiempo de esconderse detrás del carro, los peones dispararon hacia los caballos, y el novillo hizo un revoltijo bárbaro con las horquillas, el pasto, las carretillas y un recado que estaba en el suelo.

Y como al patrón que desde el carro lo estaba mirando, le oyera decir: «¡Pues, es como para darte pasto, animal!» se paró, irguió la cabeza, escarbó el suelo y haciendo volar tierra, mugió: «¡Claro! agradecimiento quisieras todavía por el pasto que nos das... con tanto desprendimiento.»

El caballo enriquecido

Cultivando tierra virgen se enriqueció un caballo; y para disfrutar su fortuna como la gente, resolvió proteger a los artistas.

Se rodeó de cantores y los probó con mucha paciencia, acabando por desechar a los que, como la cabecita negra, cantaban tan finito que apenas se oían, para quedarse con una orquesta de urracas y chimangos, que siquiera con sus gritos suplían perfectamente la conversación... y también cobraban menos.

Mandó llamar a los tapiceros para adornar su casa, y después de enojarse con la chinchilla porque le pedía un precio loco por cada metro cuadrado, trató con la vizcacha que, por muchísima menos plata le hizo un trabajo muy bueno, a su parecer.

Hizo venir a la mariposa; y quería que le pintase toda una pared con dibujitos iguales al de sus alas, prometiendo pagarle bien. La mariposa se rió y le hizo un cálculo de lo que podría valer que lo dejó pasmado.

Y nunca pudo comprender que ciertos artistas fueran tan exigentes por obras tan pequeñas, cuando tantos, por mucho menos, hacen trabajos de gran tamaño.

El perro y las pulgas

Un perro muy grande, fortachón y peleador, había conseguido infundir a sus más poderosos contrarios tal temor por sus colmillos, que luego que lo divisaban, se deshacían todos en humildes saludos. Lo aborrecían, pero no se hubieran atrevido a decirlo, ni siquiera a dejarlo ver, y se había vuelto el más orgulloso de los perros.

Una pulga, asimismo, tan poco miedo le tuvo, que se instaló entre su pelo, con su numerosa prole y con una caterva de parientes pobres; convidó a sus amigas y allí mismo dieron fiestas y bailes, sin incomodarse siquiera por los mordiscos del perro. Se reían de sus rabietas, y tanto mayor era su furor mayor alegría les causaba.

Llegó el pobre a tal desesperación que todos, menos ellas, le tenían lástima; y comprendió que más vale tener unos cuantos enemigos fuertes que muchos pequeños, inasibles a menudo, y tenaces siempre.

El chajá

EL chajá es pájaro muy juicioso y muy ponderoso, que si bien tiene sus defectos como cualquier otro, se sabe manejar en la vida como es debido.

Y como llamase la atención al bien-te-veo, que sin trabajar mucho, al parecer, ni darse mucho movimiento, consiguiera estar siempre bastante gordo y vestido, si no con lujo, con mucha decencia, éste le preguntó al hornero su parecer:

-¿Habrá tenido el chajá alguna herencia, o tendrá bienes escondidos, o se habrá sacado la grande, o habrá hecho algún negocio bueno? siempre parece rico, y casi nunca se le ve trabajar. ¿Cómo diablos será esto?

-Y el hornero contestó: -Sencillamente, mi amigo, porque sus necesidades son pocas y siempre resultan superiores a ellas sus pequeños recursos.

La perdiz y la gaviota

La gaviota, un día se burlaba de la perdiz de su traje color de tierra, de su timidez absurda, y parangoneándose con ella, hacía valer a gritos su hermoso traje blanco y su vuelo audaz, acabando por decir que de veras, en este mundo, había gente que para bien poco servía. Hasta que la perdiz, a pesar de su genio pacífico, le contestó, medio enfadada, que menos aun servía cierta otra, pura pluma y puro pico.

Las dos plantas

Dos plantas, iguales, nacieron al mismo tiempo, y a pocos metros de distancia una de otra, de dos semillas hermanas.

Una brotó en la orilla de un camino, siendo a veces cubierta de polvo, otras de lodo, quemada por el sol, en los días de verano, helada por el frío en las noches de invierno, azotada por la lluvia, batida por el viento, y creció bien verde, vivaz y lozana.

La otra brotó al reparo de un techito que allí estaba, al pie de una pared, y no tuvo que luchar contra viento alguno; la lluvia no la mojaba, ni la quemaba el sol, y apenas sentía un poco de frío durante las noches largas de agosto; y por esto mismo, creció delgada endeble y descolorida.

Es que el luchar y sufrir conservan la vida.

El águila

Cuando tuvieron los pájaros que elegir un rey, no pocos fueron los candidatos; y bien desprovisto de méritos se sentiría aquél que no pensó entonces, siquiera por un rato, en solicitar para sí los votos de los demás.

Se juntaron primero para designar candidato los más copetudos con los más inquietos y los más gritones. Pero pronto conocieron que cada cual tendría un solo voto, el propio, y se disolvió la asamblea, dejando que el pueblo eligiese a su gusto y nombrase al que más quisiera.

Y el pueblo, acariciado por muchos candidatos zalameros y prometedores, pero cansado ya de gritos huecos y de agitaciones estériles, no vaciló en confiar sus destinos, a pesar de temblarle, al águila, que vuela en lo alto, solitario y callado, majestuoso y dominador.

Una pequeña liga de temor a veces hace más resistente el blando metal de la popularidad.

El caballo y el burro

Un burro cargado con grandes canastas llenas de verdura, se metió en un pantano. Mientras estaba haciendo mil esfuerzos para salir a la orilla, pasó un caballo tirando con toda facilidad de un carrito vacío. Bien hubiera podido ayudar al burro; pero miró y pasó. El burro siguió penando, callado, resignado, hasta librarse solo del mal paso.

Algún tiempo después, el burro, desensillado, estaba paciando con toda tranquilidad, cuando pasó el caballo atado a una volanta tan llena de gente, que apenas le daban las fuerzas para caminar al tranco. El burro levantó la cabeza, miró y siguió comiendo.

El caballo no pudo contener su indignación y lanzó tres o cuatro relinchos expresivos a ese grosero, egoísta, mal criado, que no era capaz de ayudarle, viéndolo tan mal parado. El burro se hizo el desentendido, acordándose de lo de antes, y pensando, con razón, que al rico que no ayuda al pobre, hay que negarle la cuarta en medio del pantano.

Las abejas en sus comicios

Nunca puede haber dos reinas en una colmena, y si por casualidad así sucede, una de ellas tiene que desaparecer en seguida disparando con algún enjambre o muriendo. Así reza la Constitución, y para cumplir con ese mandato procedieron una vez a votar los habitantes de una colmena.

La lucha fue recia, pues cada una de ambas reinas tenía sus partidarias acérrimas; tanto que una abeja quiso aprovechar el tumulto para votar dos veces. Pero todas al momento se dieron cuenta de lo que había hecho, y sin más trámite la mataron a aguijonazos.

... ¡Pues, amigo,...

El pavo real y sus admiradores

El pavo real, con la cola desplegada, erguido en un delicioso cuadro de prados verdes, de aguas relucientes y de arbustos, parecía sacudir alrededor suyo, bajo los rayos del sol, una lluvia de pedrerías, un rocío de esmeraldas, de zafiros y de oro.

Le rodeaba un espeso círculo de admiradores extasiados, y él gozaba de veras.

Pero se le ocurrió a uno de los que allí estaban decir en voz alta que también era muy lindo el faisán dorado. Por cierto, no le quitaba al pavo real nada de su mérito, y sin embargo se quedó éste tan triste, casi como si le hubieran llamado feo.

Muchos pavos, que no siempre son reales, así piensan que el mérito ajeno rebaja el de ellos.

El gaucho y el potro

Un gaucho iba a domar un potro. No le faltaban huascas y hasta las tenía de sobra, pero se le ocurrió, para compadrear quizá, que lo ensillaría sin manearle las patas. El apadrinador le aconsejó de no hacerse el zonzo, haciéndole observar que el animal era bellaco y que sin manearlo antes, iba a ser muy trabajoso el lidiar con él.

El hombre no quiso entender nada, y como si hubiera sido apuesta, empezó la operación.

Por supuesto que diez veces volaron las bajeras y las caronillas y que para alcanzar a colocarle los bastos fue trabajo sin igual; pero fue peor cuando se trató de apretarle la cincha. El gaucho era vivo, fuerte, ágil; le conocía las mañas al más diablo, pero asimismo no pudo acabar de ensillar al potro y resultó pateado.

No hay duda que a veces bien se llegaría a ensillar sin manear; pero teniendo huascas, es pavada no usarlas.

Zorro viejo

Un zorro entrado en años y medio tullido, que ya no sabía cómo hacer para ganarse la vida, tuvo una inspiración genial, divina.

Colocó en un hoyito tapado con dos hojas de tuna un maslo de maíz, y esperó hincado por delante.

No tardó en pasar un perro cimarrón, y el zorro levantó los ojos al cielo, moviendo los labios y golpeándose el pecho. El cimarrón, admirado de tanta devoción se acercó a las hojas de tuna para ver, y se pinchó el hocico, al mismo tiempo que le gritaba el zorro:

-¡Impío! ¡Desgraciado! ¡Sacrílego! ¡Pobre de ti si no le pides perdón!

-¿A quién? -preguntó el cimarrón todo asustado.

-Al que está ahí encerrado, dueño y señor de nuestras vidas, árbitro de nuestra suerte. Reza y no preguntes más -contestó el zorro.

El cimarrón se hincó y, atemorizado, rezó.

Vinieron después un peludo, un hurón, un gato montés, una comadreja y varios otros bichos, y a todos los convenció el zorro de que si no imploraban al ser misterioso allí escondido, toda clase de males les iban a caer encima, pudiendo al contrario esperar de él mil favores con tal que se los pidieran en buena forma. Y cada cual pronto trajo consigo a otros, viniendo todos en procesión a implorar al ser invisible, encerrado debajo de las hojas de tuna, por miedo a los golpes unos, otros para conseguir bienes.

Un día trajo el zorro y depositó al lado de las hojas, cuidadosamente renovadas por él durante la noche, a una gallina degollada; y cuando hubo bastante gente junta, la ofreció con palabra trémula de emoción al Ser, a la vez terrible y protector, pidiéndole en cambio su ayuda en este mundo de penas y su protección en el otro... para después, retirarse todo compungido.

Y desde el día siguiente ninguno dejó de traer también alguna cosa: un cordero, un cuis, o una perdiz, o huevos, pollos, etc., tanto que ya pudo vivir el zorro opíparamente sin salir de su cueva más que para recoger de noche las ofrendas de los fieles y cambiar las hojas de tuna de vez en cuando.

Al poco tiempo otro zorro quiso saber lo que había en el agujero y aprovechó una corta ausencia del zorro viejo para examinarlo de cerca. Entreabrió, miró, volvió a cerrar, y se fue con una sonrisa de profunda admiración.

Pronto supo el zorro viejo que se le había establecido una competencia, y a pesar de que el negocio daba para dos, no dejó de fulminar a los herejes bastante atrevidos para no dar exclusiva preferencia al único ser divino en quien se pudiera tener fe, decía..., el de las hojas de tuna, por supuesto.

A pesar de lo cual, volviéndose cada vez más lucrativo el oficio, no faltaron zorros para abrir otros boliches parecidos, cambiando sólo el maslo por una piedra o por una astilla de leña, un torniquete viejo de alambrado, algún cráneo de oveja o cualquier otra cosa, y las hojas de tuna por matas de paja, o bien hojas de repollo; y cada cual ponderaba la eficacia de su altar y rebajaba los demás con tan elocuente convicción que parecía verdad.

Las hormigas

Fue la cosa más natural del mundo y nadie se opuso, quedando constituido el gobierno con las cien hormigas más grandes y fuertes que se encontraron en el hormiguero. Pero pronto sucedió que estas señoras ya no quisieron trabajar, dejando que sus compañeras más débiles reventaran bajo el peso abrumador de cargas enormes. Sin cansarse mucho, habrían ellas podido aliviarlas, pero ni un gesto hicieron para ello, y contemplaban con desprecio, no sin fruncir las narices por el olor a sudor que despedían, a estas trabajadoras que peleaban empeñosas.

Y como eran más grandes, también pidieron más comida, obligando a las hormigas pequeñas a traérsela, y tantas fueron al fin las exigencias de estas pocas señoras haraganas y vividoras, que la multitud de las hormigas pequeñas empezó a resistirse.

Se negaron a trabajar, se juntaron amenazadoras, y como eran muchas, pronto consiguieron imponer una justa repartición de las cargas, a cada una según sus fuerzas.

Parentesco póstumo

Hubo en otros tiempos un caballo célebre, como él ninguno corrió jamás, y para que su nombre viviese eternamente en el recuerdo de la gente, decidieron las autoridades erigir a su memoria un grandioso monumento.

Se hizo una subscripción popular entre todos los cuadrúpedos; se llamó a concurso a los mejores artistas, y para el día de la inauguración del monumento se resolvió convidar, además de las autoridades, a todos los descendientes del ilustre prócer.

No alcanzaron las tarjetas, pues no hubo ese día mancarrón inservible que no se diera por pariente de aquel gran caballo. Y cuando ya se iba a cerrar el registro, todavía se presentó el burro, asegurando que él también tenía con el célebre caballo cierto parentesco lejano.

Los tres durazneros

¡Que hermosura! gritaron una mañana de agosto todos los árboles de una huerta al ver cubierto de flores aun duraznero precoz.

Otros dos durazneros estaban allí también, pero sin flores todavía; y creyendo el peral que por envidia no aplaudían, se lo reprochó.

-¿Cómo quiere usted que celebremos la desgracia de este desdichado? -contestaron ellos.

Y efectivamente, pocos días después vino una helada que hizo caer al suelo, quemadas, todas las frutitas apenas cuajadas.

Otro de los durazneros floreció entonces y se apuró a dar en la fuerza del verano una enorme cantidad de frutas, pero pequeñas, comunes y de poco valor por su misma abundancia.

El último esperó para florecer que el sol fuera más fuerte y dejó que durante todo el verano crecieran sus frutas, almacenando despacio en ellas todo el calor posible para ostentar en el otoño la admirable cosecha de sus hermosas frutas, grandes, sabrosas y bien sazonadas.

La precocidad es siempre peligrosa.

El bien-te-veo

El bien-te-veo es un tipo singular. No pierde ocasión de burlarse de la gente, y de su pico incansable salen a cada rato, en carcajadas retumbantes, críticas acerbas de cualquier obra ajena.

Los demás pájaros y todos los animales y bichos de la Pampa demasiado lo conocen para hacerle mucho caso, pero poca simpatía le tienen, y si no se lo hacen sentir muy abiertamente, es por el muy legítimo temor de tener que sufrir insultos, callados, o de crearse conflictos si contestan.

Un día, en una numerosa reunión de toda clase de animales y pájaros, el bien-te-veo entabló en voz gritona, para llamar la atención, una gran conversación con algunos de los presentes. Y, cosa rara, en vez de ensañarse en criticarlo todo, como de costumbre, empezó por alabar a varios personajes, celebrando las altas cualidades de algunas personalidades políticas, la inteligencia, así la llamó, de otros, y el desprendimiento de unos cuantos que nombró, no sin cierto discreto asombro de los oyentes y de los mismos favorecidos; y pasó después a elogiar a personas conocidas de la sociedad, ponderando el talento de unas, las virtudes domésticas de otras, llegando a encontrar méritos hasta en los más humildes habitantes del campo.

Todos escuchaban admirados, cambiando guiñadas interrogativas, como preguntándose:

-¿Adónde nos lleva? ¿Qué sucede? ¿Qué le pasa?

Pronto se supo; agotada la lista de los presentes y de algunos más, y la proclamación encomiástica de sus méritos, empezó el bien-te-veo a contar los propios, su gracia para volar, la agudeza de sus gritos, el color hermoso de su plumaje, los servicios que presta, etc.

Pero la asamblea se quedó callada; y el bien-te-veo comprendió que el aplauso de buena ley dispara cuando lo llaman.

El cuis en el entierro del perro

Un magnífico perro, de gran precio, había muerto en la estancia, y su amo, para consagrar su memoria, le hizo edificar un soberbio sepulcro a donde lo llevaron en solemne procesión.

Al ver pasar el acompañamiento, en el cual figuraban todos los animales de la estancia, el cuis, que es pobre y vive como puede, en su miserable cuevita, siguió también, de curioso y no sin sentir cierta envidia hacia esos ricos que, aun muertos, parecen otra cosa que la demás gente.

Pero cuando lo hubo visto encerrar en el monumento aquel, volvió, curado ya de envidia, a su casa, pensando con razón que más vale un pobre cuis en su miserable cueva, que cualquier perro rico en su bóveda de gran lujo.

El ganso

Pocos son los pájaros que no tengan alguna pretensión musical, y no se crean cantores, cuando muchos de ellos no son más que gritones insoportables.

Se le ocurrió al águila, rey progresista y generoso, abrir, entre los de sus súbditos que quisieran disputar el premio, un concurso de música, y eligió él mismo al jurado, compuesto de pájaros de reconocida competencia y de perfecta imparcialidad.

Tomaron parte en el certamen aves de toda laya y tamaño, domésticos y silvestres, y después de haberse cansado los oídos, durante varios días, escuchando cantos... y gritos, los jurados adjudicaron el premio al pájaro que les pareció realmente haberlo merecido... No fue el ganso, lo que nadie extrañará.

Pero éste no quiso acatar el fallo del jurado, y se fue diciendo por todas partes que los jurados eran unos imbéciles o unos tramposos, y que sólo él, y nadie más, había merecido el premio.

Los jurados quedaban así malparados.

-¡Miren! tramposos e imbéciles; y quizá ambas cosas a la vez -decían algunas buenas lenguas; hasta que un amigo de ellos aconsejó al ganso dar una prueba pública de su talento.

No vaciló el muy vanidoso, y después de haber juntado a mucha gente y explicado el caso, cantó... La disparada fue general, y el asunto quedó juzgado.

Justas quejas

Cansado Dios de oír desde su trono de nubes un confuso y continuo rumor de gritos y de rezongos, de reniegos y de quejas, mandó hasta la tierra a un emisario de su confianza, para que estudiara el caso e informara sobre las reformas que le pareciesen más urgentes.

Al llegar, oyó el emisario una disputa entre el zorro y la vizcacha. El zorro era el que gritaba más fuerte, tratando a la vizcacha de toda clase de cosas, y a la vizcachera de cueva inmunda y de infame choza.

Preguntó el emisario a la vizcacha qué perjuicio le había hecho al zorro para que la tratase tan mal.

-¿Perjuicio yo a él? ¡pues, señor, está lindo! -contestó la vizcacha-. Le alquilé una pieza, y como le fuera a cobrar el alquiler, rompió la puerta, y de yapa me insulta.

Estaba tomando sus apuntes el emisario, cuando oyó quejarse del modo más lastimero la rueda de un carro. Chillaba como para rajarle a uno los oídos. Se acercó, y viendo que la otra rueda no decía nada, preguntó al carrero por qué se quejaba aquélla y ésta no.

-Es que la primera -contestó el hombre-, ya no sirve para nada, mientras que la otra anda como es debido.

Y pasó en este momento, montado en un soberbio caballo, un maturrango, quien, lastimado en asentaderas y bamboleándose en el recado, insultaba al animal, tratándolo de mancarrón.

Los miró pasar el emisario y se sonrió con discreción.

A poco andar, encontró a un gaucho muy jinete, que, paciente, galopaba como podía en un animal bichoco. Y se quejaba el mancarrón de que el hombre era pesado y no sabía andar.

Pasaba en este momento el emisario por cerca de un corral donde un ovejero curaba de la sarna su majada, y vio que una oveja, una sola, se había cortado de las demás; y que aunque la persiguiesen todos los perros, por nada quería entrar en el chiquero; tanto que enderezó a los lienzos con tal fuerza que quebró uno por el medio.

Se fijó el emisario en la oveja, y vio que era la más sarnosa de toda la majada.

Agregó en su libreta un apunte más y se fue a dar cuenta de su misión.

La chicharra y la rana

Entre las tupidas hojas de un árbol la chicharra chirriaba. De repente se calló, dejando sordos a todos su mismo silencio; y la rana aprovechó la ocasión para contestarle con su graznido.

Oyendo esto, la chicharra volvió a chirriar. La rana, ella, siguió, como si tal cosa, y durante horas, ambas cantaron así juntas, sin hacerse caso una a otra. Hasta que, cansadas de tanto gritar, se callaron, exclamando ambas a la vez, en son de crítica: «¡Qué lata tiene!»

Gallos y gallinas

Un gallo joven y fuerte se pavoneaba rodeado de su corte de gallinas.

De repente se vino a entrometer un gallito, casi un pollo todavía, y quiso también galantear, escarbando y haciéndose el bonito.

Lo corrió el gallo y le pegó una soba de mi flor, tan bien, que hasta las gallinas le vinieron a ayudar a pelar al intruso.

Hay que ser oportuno para ciertas cosas.

El mal tropero

Un tropero tenía, heredadas de su padre, muchas mulas muy buenas, fuertes y mansas. La clientela era numerosa, y todos acudían a dar su carga al hijo, como siempre la habían dado al padre.

Pero el joven, olvidándose de lo que le había enseñado éste, cargaba mal y sin cuidado. Aplastaba las mulas más chicas con las cargas más pesadas, dejando que las mayores anduvieran casi sin llevar nada; colocaba sin tino las maletas, canastos y cajones, llenando con artículos pesados envases grandes, y envases pequeños con mercaderías livianas, de modo que tan mal estaba repartido el peso, que pataleaban las mulas y se empacaban, caían o se revolcaban, destrozándolo todo, y los clientes pronto llevaron la carga a otra parte.

Sólo a cargas iguales y bien repartidas nadie se resiste.

Decreto moralizador

Entre los hombres, unos tienen mucha tierra y gozan de la vida sin trabajar; otros no tienen ninguna y trabajan sin gozar; bien pocos son los que la tienen justito para gozar trabajando.

Si tuviera cada cual que arar la tierra que tiene, preferirían unos cuantos, sin duda, cederla a otros.

El tigre, al ver que algunos de sus súbditos voraceaban, mientras otros casi se morían de hambre, quiso obligarlos por un edicto a comerse cada cual todo lo que cazara.

El zorro se tuvo que comer enterita la gallina que había robado y quedó repleto; lo mismo el gato con una gran rata y dos lauchas, y así de otros, sufriendo no pocos regular indigestión.

Pero quedaron sin comer muchos perros cimarrones, hambrientos y flacos, que por esto mismo nada habían podido cazar. Y miraban éstos, envidiosos, al puma ocupado por orden superior en devorar las diez ovejas que en la noche había muerto.

Su envidia duró poco: después de la primera oveja, el puma no podía más; y al acabar la segunda, obligado por el decreto, reventó.

Los perros flacos eran tantos que pudieron, sin llenarse, comer las ovejas que quedaban y también el puma muerto.

El avestruz y el ganso

El avestruz y el ganso, teniendo que recorrer juntos cierta distancia, caminaban a la par. Al cabo de muy poco tiempo, el ganso, todo cansado, le dijo al avestruz:

-¡Pero usted anda demasiado ligero, amigo!

-Si voy al tranco -le contestó el avestruz.

Y después de andar algún trecho más, se dio vuelta el ganso, exclamando:

-¡Mire, cuánto hemos andado ya!

-Mire más bien -le dijo el avestruz-, cuánto tenemos que andar todavía.

Para el ave de patas cortas cualquier paso es rápido y cualquier paseo es un viaje. Y para gente de vistas cortas cualquier adelanto también es incomparable progreso.

Los dos tigres y el zorro

Dos tigres cazaban juntos. El zorro, desde lejos, cautelosamente los seguía, para tratar de conseguir, si fuera posible, sin peligro su modesta parte de la presa que cayese.

Al llegar a un pajonal, divisaron los tigres una gama con su cervatillo, dormidos en la orilla. De un brinco estuvieron encima; de un zarpazo los mataron.

El zorro, acurrucado entre los yuyos, seguía con interés la operación, listo para aprovechar los restos, una vez saciados los tigres. Pero pronto vio que estos señores se disputaban la gama grande; ambos la querían, y esta sola, despreciando la otra por ser más pequeña; y tanto pelearon que uno murió allí mismo, teniendo el otro que retirarse mal herido a su guarida con muy pocas ganas de comer.

De modo que con todo sosiego pudo el zorro aprovechar los bocados más sabrosos de las dos gamas muertas y aferrarse en su opinión de que disputar la mejor presa es cosa de poderosos, haciéndole más cuenta al débil contentarse con lo que dejen aquéllos.

El caballo y la mula

Una mula, liviana, nerviosa, ágil y de pie firme, había atravesado sin mayor dificultad un pantano muy pegajoso.

Un caballo percherón, muy pesado, que andaba con ella, también hubiera querido pasar, pero tenía miedo de quedarse empantanado, y estaba en la orilla consultando con la mula.

La mula, criolla vieja, no quería comprometer opinión y se contentaba con decirle:

-Si no puedes, no te metas.

-Pero, ¿podré, amiga? -preguntaba el caballo.

-¿Quién sabe? -contestaba la mula.

Hasta que el caballo pensó que, fuerte como era, de cualquier modo pasaría; y se metió.

Pero después de algunos pasos vio que por su peso entraba en el barro hasta el encuentro, y en vez de moverse ligero y de chapalear para salir, vaciló, se dejó estar, y se atascó del todo.

Y la mula le decía:

-Ya que te metiste, no te hubieras parado.

O no meterse, o tirar fuerte.

El cencerro y la campana

Un cencerro, colgado de un hilo en la puerta de un zaguán, no hacía más, cada vez que se movía la puerta o lo acariciaba el aire, que conversar y charlar, diciendo nimiedades, y riéndose como un loco, con esa boca que tienen los cencerros, abierta hasta las orejas.

Una campana grande, también estaba allí, sosegada en su sitio, hablando muy poco, ella, sólo cuando era necesario, y siempre con importancia y en tono grave.

Por supuesto que se pasaban la vida burlándose el cencerro de la campana, y retando ésta al cencerro.

-¿Sabe que algo de mi alegría no le vendría mal?, señora campana -decía el primero.

Y la otra contestaba diciendo al cencerro que haría muy bien él en tomar algo de su formalidad.

El portero, que todo el día los escuchaba, pensó, como era cierto, que ambos tenían razón. Pero al querer aprovechar para sí el consejo, en vez de aprender a decir con gracia cosas graves, aprendió, el muy zonzoso, a decir nimiedades con aires importantes.

Los pajaritos y la luciérnaga

Cuatro pajaritos recién emancipados del nido dormían en un monte muy tupido, con la madre. A las doce de la noche fueron despertados por una luz y rompieron a gorjear.

La madre, sobresaltada, preguntó lo que les pasaba y contestaron en coro que ya había salido el sol. Y la madre les hizo ver que no era más que una pequeña luciérnaga.

A muchos les pasa lo mismo, que ven genios en todas partes y gritan: «¡Aquí está el sol!», al prenderse cualquier vela.

Ayuda oportuna

Una vizcacha había tenido la desgracia de ver destruida su cueva por el hombre. Por suerte había podido escapar con vida, pero andaba errante, arruinada, sin casa, sin nada. Había acudido a varias vizcacheras, pidiendo ayuda para rehacer su cueva, prometiendo pagar poco a poco el trabajo de las compañeras que vinieran en su auxilio; pero, al verla tan pobre, todas le cerraron la puerta, echándola a pasear, en muchas partes, con palabras de desprecio.

La pobre apeló entonces a su sola energía; trabajó con afán, luchó, peleó, conquistó tierra, volvió a cavar su cueva, la agrandó paulatinamente, se creó una familia que poco a poco se hizo poderosa.

Y vinieron entonces a ofrecerse todas las vizcachas del pago, con mil zalamerías, poniendo a su disposición elementos de todas clases para cualquier cosa que se le ocurriera.

Dio las gracias. Ya no necesitaba nada.

Al pobre que pide ayuda: ¡palos!, que sólo cuando ya no la precise, se la vendrán a ofrecer.

La selva

Una planta recién importada eligió por domicilio la orilla de una selva poblada de magníficos árboles. Como le preguntase una de sus vecinas, humilde criolla, el porqué de su decisión: -Es que, dijo ella, veo que aquí prosperan todos admirablemente. Mire ¡qué lindos árboles! ¡tan grandes y corpulentos! ¡qué troncos enormes! ¡cuán numerosas son sus ramas y cuán extendidas! ¡qué espléndido y tupido follaje! Bien se conoce que todos en esta comarca aprovechan a sus anchas la savia de la tierra, que cada cual recibe su parte de la lluvia que fecunda, y que para todos hay luz y calor.

Algo ciega será usted, le contestó la vecina, ¿o mira sin fijarse? No ve que muy pocos son estos árboles poderosos, si bien alcanzan a taparlo todo, y que quitan, al contrario, en

provecho propio, la luz, el calor y la savia, a la miserable turba de innumerables retoños que tratan en vano de crecer a su sombra.

Por uno que prospera cien mil vegetan, pero sólo el éxito llama la atención y los vencidos no se cuentan.

Invasión de hormigas

Magnífico era el jardín. Cuidadas con cariñoso esmero, crecían las plantas con lozanía, prometiendo una regia cosecha de flores.

Una mañana vio el jardinero un pequeño insecto negro en una de las callecitas, pero no le hizo caso. Pocos días después, vio varios otros de la misma clase. Negros eran, activos, corrían por todas partes, como inspeccionándolo todo, y el jardinero los empezó a mirar con interés. Parecían inofensivos, eran pocos y pequeños, y por lo demás, no hacían daño.

Se acostumbró a verlos y dejó que en paz hicieran una cuevita, apenas visible, de la cual salían en procesión y a la cual volvían cargados de hojas de yuyos que por allí se cortaban, cumpliendo con ciertos ritos fijados de antemano, al parecer.

Primero los creyó inteligentes y parecían en realidad serlo, pero pronto vio que sólo tenían rutina, que nunca salían del caminito trazado por ellos y que su aparente inteligencia tenía límites estrechos que no podían franquear.

Pronto supo también el jardinero que eran dañinos.

Aunque parecieran ser todos del mismo sexo, su multiplicación iba siendo enorme y constante. Un día vio que se llevaban hojas que no eran ya de los yuyos del jardín, sino de una planta fina, nuevita, apenas brotada, y observándolos desde ese día con inquietud, vio que siempre con preferencia se apoderaban de las plantas nuevas, cortándoles las hojas para llevárselas a la cueva, donde amontonaban en secreto sus tesoros.

Y poco a poco se multiplicaron las cuevas; las procesiones se hicieron interminables y las plantas arruinadas fueron muchas y cada día más.

Vinieron otros insectos parecidos, colorados, blancos y amarillos, y todos hacían daño, aunque algo menos quizá que los negros, y se peleaban entre sí.

El jardinero no sabía cómo hacer para ahuyentar esa plaga, y mientras buscaba por qué medio lo haría, aumentaban los enemigos, destruyéndolo ya todo, no dejando una planta intacta, innumerables, insolentes e insaciables, imponiendo su dominación en todo el jardín y arruinándolo todo, cavando cuevas o edificando casillas por todas partes.

Hasta que el jardinero, no pudiendo ya sufrirlos más, resolvió destruirlos. Mucho trabajo le costó, y sólo después de mucho tiempo consiguió hacerles desaparecer de sus dominios, y sintió de veras haberles dejado entrar.

El lagarto

Un lagarto que andaba por entre los yuyos del campo buscando algún nido para comerse los huevos, de repente oyó el ruido de una tropa de jinetes y quiso huir. Pero se encontró, antes de poderlo hacer, rodeado por los gauchos que, habiéndolo visto, lo querían matar; y su mala suerte quiso que al disparar, uno de los caballos le pisara la cola.

Así detenido, aun por un rato corto, si hubiera vacilado, estaba perdido. No vaciló, sacrificó la cola cortándosela y se mandó mudar rabón y feo, pero salvo.

De cualquier modo, mejor es siempre sacrificar algo que perderlo todo.

La burra y el potrillo

Una yegua de carrera dio a luz, hijo de un caballo célebre por sus triunfos, un magnífico potrillo, pero murió antes de haberlo podido criar.

En el mismo stud había una burra criando; le quitaron su pollino y le dieron el potrillo para que lo amamantara.

Lo crió bien y de madre le sirvió. Pero le enseñó desde chiquito tantas mañas y tantas burradas, que toda su vida quedó el potrillo remolón y testarudo, y que poco faltó para que también le saliera una cruz en las espaldas y aprendiera a rebuznar. Tanto que la burra calculaba que si pudiese conseguir que se le confiaran muchos potrillos, pronto dominarían en el stud los burros.

Gobernar a la juventud es gobernar al pueblo.

Los escarabajos

Un escarabajo que debía de ser todo un personaje, pues era muy grueso y todo dorado, escarbaba con ahínco en un montón de estiércol. Lo rodeaban una cantidad de escarabajos pequeños que respetuosamente le ayudaban en su trabajo, recibiendo en pago su parte de tesoro.

Pasó un bien-te-veo volando por encima, e incomodado por el olor que despedían las materias así removidas, interpeló indignado al escarabajo: -¡Si será puerco!, le gritó. ¡Si será puerco!

Pero éste apenas se dio vuelta, siguió su repugnante trabajo, protegido por todos los demás escarabajos entre quienes repartía de sus hallazgos lo que no quería para sí, y el bien-te-veo se fue deplorando que gente altamente colocada y que siquiera debería de ser decente, no tuviera vergüenza de buscar provechos tal mal olientes.

El cimarrón y el zorro

Cada vez que el cimarrón encontraba al zorro, se admiraba de que éste pudiera estar tan gordo, cuando él, que era más fuerte y quizá mejor cazador, andaba siempre tan flaco. Siempre parecía el zorro recién salido de la mesa, mientras él, por lo contrario, siempre andaba buscando dónde tenderla. No se explicaba el porqué de semejante diferencia, hasta que un día se decidió a pedirle al zorro le dijese de dónde, a su parecer, podía provenir.

-¿Quién sabe? -dijo el zorro, meneando la cabeza con aire reflexivo-. Será porque no lo acompaña la suerte, pues sus méritos...

-No hay duda -asintió el otro.

-Pero -agregó el zorro-, si usted consintiese, podríamos ayudarnos uno a otro y poner en sociedad lo que encontrásemos.

-Se lo iba a proponer -interrumpió el cimarrón, y tomando aires de importante, agregó: usted conoce mi fuerza y mi viveza; sabe que no solamente cazo los animales silvestres, sino que también soy muy capaz de llevarme, de vez en cuando, una oveja.

-¡Cómo no! -dijo el zorro-. ¿Cómo no he de conocer sus méritos, si son notorios?

Y quedó en seguida cerrado el trato, con gran contento del hambriento cimarrón, que, sabiendo que el otro era muy diablo para cazar y se llenaba pronto porque era pequeño, ya calculaba cuán ventajosa sería para él la sociedad.

Y el zorro, para dar principio a las operaciones, llevó al cimarrón a un bosquecillo donde había visto colgado un gran trozo de carne fresca. Se lo mostró desde lejos y le dijo que fuese a traerlo para comerlo juntos, con toda tranquilidad, en la orilla del monte. El cimarrón le decía que mejor harían en ir a comerlo allá no más, donde estaba colgado; pero el zorro insistió, asegurando que era prudente poder vigilar la llanura para evitar sorpresas. Y el cimarrón fue, admirando la sagacidad de su nuevo compañero.

-Es muy diablo -repetía, caminando-, es muy diablo.

El zorro seguía con mucha atención los movimientos del cimarrón, no porque temiera que, traicionándolo, se fuese con la presa, sino porque ese trozo de carne, así colgado en medio de un monte solitario, no le inspiraba ninguna confianza.

-Alguna trampa debe de ser -pensaba- o carne envenenada; mejor será que la pruebe primero mi socio.

La espera fue corta. Llegado que hubo el cimarrón, agarró la carne con los dientes y pegó un tirón. No pegó dos, porque en el acto quedó con las costillas tan apretadas entre los arcos de un armadillo, que apenas podía gritar.

El zorro vino corriendo, se apoderó con toda facilidad y sin peligro de la carne, y como seguía quejándose lastimeramente el cimarrón, le dijo, sin reírse:

-Mire, socio, le voy a dejar la mitad de la presa para que la coma cuando vengan a libertarlo, pues seguramente han de venir; mientras tanto, paciencia.

La nutria y la gallareta

Más de una vez la gallareta había indicado a la nutria dónde podría, en la laguna, encontrar con toda seguridad algún pez grande. La nutria iba, paseaba, comía y floreaba con sus compañeras, haciendo admirar su viveza y su suerte, sin hablar siquiera, por supuesto, de la gallareta y de sus avisos.

Un día vino ésta hacia ella, nadando a toda prisa y le indicó un punto en la laguna en el cual estaba un magnífico pejerrey. La nutria se echó a nadar, y momentos después salía a la orilla, apretando entre sus largos dientes de coral el pescado que, retorciéndose, hacía relucir al sol sus escamas de plata.

Lo empezó a comer, y tan glotonamente, que al rato se atoró con una espina y estuvo en grave peligro de morir.

Se le acercó entonces la gallareta, si no a socorrerla, lo que no podía hacer, por lo menos a consolarla.

Pero cuando la nutria volvió en sí y pudo hablar, lo primero que le dijo fue que por culpa de ella casi había muerto asfixiada, por haberle ella indicado ese maldito pejerrey; que sin eso nada hubiera sucedido.

Y la gallareta, humilde y resignada, se volvió a esconder entre los juncos, pensando que si ciertas personas tienen todos los méritos y otras todas las culpas, es que así no más tiene que ser.

Aves de rapiña y mosquitos

Entre el águila y el buitre hubo una cuestión muy grave, y no se oyó más, durante mucho tiempo, que el ruido de cacareos agresivos y graznidos amenazadores. Los corvos picos y las garras feroces se afilaban sin cesar en los peñascos majestuosos y todo hacía presagiar una terrible guerra.

Pero, por fin, todo se arregló y la cordillera, equitativamente repartida, quedó en paz.

Al poco tiempo el mosquito y la mosca pensaron que no debían ellos ser menos que las aves de rapiña, y también empezaron a disputarse la posesión de las orillas de un pantano.

También hubo mucho ruido; por lo menos así lo aseguraban ellos, pues nadie alcanzó a oírlo; y tampoco cuando convinieron en hacer la paz, nadie sabía que hubieran estado a punto de pelear.